Pedro Ugarte nació en Bilbao en 1963. Se licenció en Derecho, pero siempre ha trabajado en el ámbito del periodismo y la literatura. Es autor de una amplia obra narrativa con títulos como *Los traficantes de palabras, Manual para extranjeros, La isla de Komodo, Los cuerpos de las nadadoras* (Finalista del Premio Herralde, Premio Euskadi de Literatura y Premio Papeles de Zabalanda), *Pactos secretos, Guerras privadas* (Premio NH de libros de relatos), *Materiales para una expedición, Casi inocentes* (Premio Lengua de Trapo) y *Mañana será otro día*. También ha publicado una *Historia de Bilbao* y varios volúmenes de poesía. Recientemente ha obtenido el Premio de Periodismo Julio Camba. Las crónicas de este libro aparecieron en la edición vasca del diario *El País,* a lo largo de una década, entre 1998 y 2007.

bbk

ISBN 978-84-8056-278-2
9 788480 562782

El espía invitado. Crónica de las fiestas de Bilbao
Pedro Ugarte

408-409

El espía invitado

Crónica de las fiestas de Bilbao (1998-2007)

Pedro Ugarte

bizkaiko gaiak = temas vizcaínos

Bilboko argia titanioaren gainean aldatu baino asko lehenago, hiriaren bihotzean nagusi zen abuztuko jaietan Bilboko "Aste Nagusia" oraindik nagusiagoa egiteko egun batean bere argi tolerante eta akratarekin agertu zen Mari Jaia "herriko printzesa oies bat". Gauza zaila benetan, esaterako xanpaina bezalako edari frantsesa Bilboko uraren sinonimotzat, erronkarik barik, hartzeko gai diren biztanleak bizi diren herri batean

Liburu honen egilea –Aste Nagusiko elkarren segidako aktak hamarkada batean, klase eta izaera guztietako jendea, bakoitzaren nortasuna adierazteko aginduzko uniformearekin jantzita *(borroka, jatorra,* edo *jet...),* txosnetatik eta terrazetatik desfilatzen duen bitartean idatzi dituen "espioi konbidatua"– bi ikono, Mari Jaia eta Begoñako Ama, osotasun berarekin bereganatzeko gai den Bilborekin maitemindu bat da

Aste Nagusiak Bilbo bere bilbotarkada eta "neskatxa bilbotarrekin" erakartzen du, bere amaren bularrak jaio berria erakartzen duen moduan.

Colección BIZKAIKO GAIAK - TEMAS VIZCAINOS
editado por bbk

www.bbk.es

El espía invitado

Crónica de las fiestas de Bilbao (1998-2007)

Pedro Ugarte

408-409

bizkaiko gaiak = **temas vizcaínos**

Nota: Las imágenes de los carteles de Fiestas de Bilbao que se reproducen en este libro han sido proporcionadas por el Archivo Municipal de Bilbao/AMB-BUA.

Depósito Legal: BI-1531-09
ISBN: 978-84-8056-278-2
Imprime: GESTINGRAF
Cº de Ibarsusi, 3 – 48004 Bilbao

Mucho antes de que la luz de Bilbao mutara sobre el titanio, reinaba en el corazón de la ciudad MariJaia, "una tosca princesa de pueblo" que un día se presentó en las fiestas de agosto, con su luz tolerante y libertaria, para hacer de la 'Semana Grande' bilbaína algo todavía más grande. Cosa difícil, ciertamente, en un lugar cuyos habitantes son capaces de considerar, sin alardes, que, por ejemplo, una bebida francesa como el champán es un simple sinónimo de agua de Bilbao.

El autor de este libro –un "espía invitado" que redactó durante una década sucesivas actas cotidianas de la 'Aste Nagusia'– es un enamorado de ese Bilbao capaz de asumir, con la misma naturalidad, dos iconos: MariJaia y la Virgen de Begoña, mientras por *txosnas* y terrazas desfilan gentes de toda clase y condición, vestidos siempre con el uniforme preceptivo *(borroka, jatorra* o *jet…)* que expresa la identidad de cada cual.

Esta *Crónica* muestra el escenario festivo de una 'Aste Nagusia' llena de paradojas y ritos. Algunos tan anómalos como la existencia de un pregón que ha proscrito la lengua que hablan todos; otros, propios del "poblachón" que es Bilbao, como esa enorme pasión social de 'ver y ser visto' que de forma compulsiva practican todas sus gentes, en calles o plazas, tendidos o teatros, comilonas o concursos, conciertos o festejos, a lo largo de ocho días. Mostrarse ante otros, mostrarse todos con todos, un rito de cortejo bilbaíno que busca el apareamiento social y continuo y, por supuesto, sin sexo; aunque

esto último, se supone que corre a cargo, como siempre, de la juventud, incluso en Bilbao.
Bilbao con sus bilbainadas y "bilbainazas", se engancha a su 'Semana Grande' como el recién nacido a la teta de su madre.
Seguramente si Unamuno se asomase a este *Botxo* al que mira Pedro Ugarte, necesitaría manejar nuevos conceptos para su actual diversidad humana que desborda ampliamente sus bilbainos trisílabos y bilbaínos cuadrisílabos, que de todo ha habido y hay en Bilbao.

PRÓLOGO

A lo largo de diez años escribí en la edición vasca de *El País* unas crónicas sobre las fiestas de Bilbao: Aste Nagusia, Semana Grande. Cuando me propusieron esa tarea pensé en ella como una actividad alimenticia y, aunque cuido todos mis escritos por igual, no dejo de admitir, al mismo tiempo, que el escritor es un artesano. Por eso el oficio lleva a asumir toda clase de empresas y a salvarlas con eficacia. Pero, para mi asombro, comprobé que escribir estas crónicas me agradaba más de lo debido, de modo que acabaron convertidas en una recreación literaria, algo que superaba la naturaleza laboral de un mero encargo.

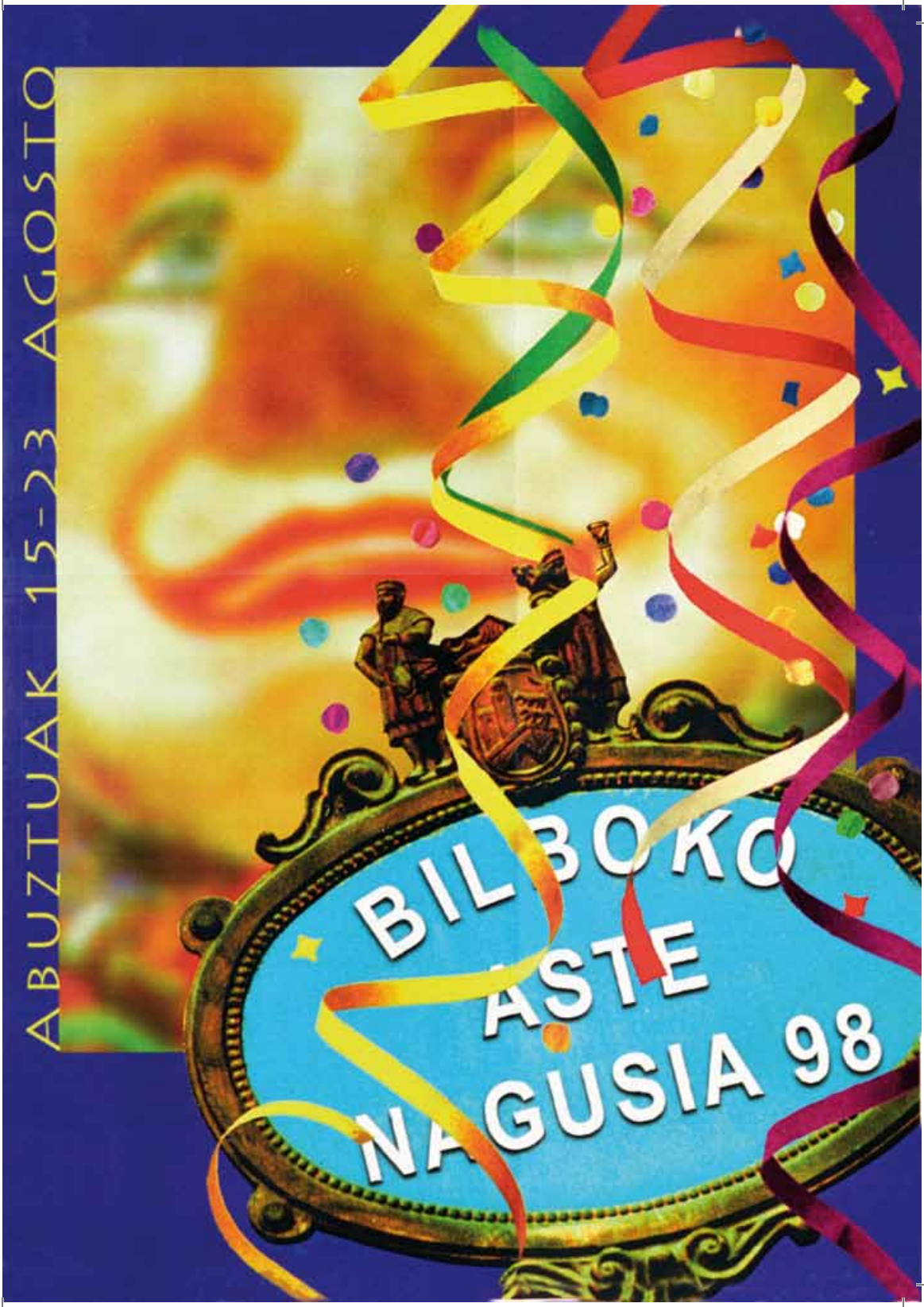
Dejé de escribir estas crónicas porque el periódico, sencillamente, dejó de pedirlas. Pero es mejor así. Las cosas estaban cambiando (las cosas siempre están cambiando) y los cambios tienen que ver con el tiempo. Empecé a escribir estos artículos mediada la treintena, pero una década después la vida, mi vida, era algo muy distinto. Realmente ya no tenía fuerzas para entregarme al trabajo de campo, a la taxonomía de la fiesta. Siempre he sido, como naturalista, un tanto perezoso: me molestan las tiendas de campaña, la negociación con los nativos, la aplicación de ungüentos para espantar mosquitos, la realización de aguas mayores detrás de los arbustos. En mis exploraciones, por muy urbanas que fueran, siempre hubo una parte de esfuerzo y de trabajo. Perseguir a los protagonis-

tas del festejo por su variado catálogo de biotopos empezó a hacérseme gravoso, y había ya biotopos que también se me hacían extranjeros.

He pasado a integrarme en la categoría de los caballeros de mediana edad (lo cual quizás fue mi vocación desde el principio), con todos los extravíos, desdenes y prejuicios que acarrea tal estado biológico y moral. Queda la satisfacción de haber hablado de las fiestas de Bilbao en torno a un cambio de siglo, a un cambio de milenio, y justo cuando la villa cumplía setecientos años de existencia desde su fundación. Nunca hubo en estas crónicas ninguna intención que no fuera literaria, pero ahora se me ocurre que a lo mejor ya han adquirido una naturaleza añadida: la utilitaria condición de documento. Esa faceta documental tiene su mejor expresión en la anual descripción del chupinazo que daba inicio a la fiesta: comentar el célebre petardo se convirtió, dentro de mis crónicas, en todo un clásico.

Por otra parte, este es el segundo libro que dedico a Bilbao. En el primero hice un recorrido a lo largo de siete siglos de historia. Ahora describo la parcela más pequeña de sus fiestas, circunscrita a los últimos años. No deja de ser un curioso contrapunto. Por lo demás, para este libro sólo he seleccionado seis de los artículos publicados cada año, porque de otro modo serían casi un centenar. Y sorprende un poco que en el último de todos ellos, del 27 de agosto de 2007, ya asomaba el presentimiento del final.

Bilbao, enero de 2009


ABUZTUAK 15-23 AGOSTO
BILBOKO
ASTE
NAGUSIA 98

1998

LA SUMA DE FIESTAS

La Semana Grande bilbaína, tal como hoy la conocemos, es uno de esos extraños fenómenos festivos que a pesar de su reciente nacimiento parecen predicar siglos de historia. Se ha instalado con solera costumbrista y Marijaia, más que una contemporánea creación de Mari Puri Herrero, se nos antoja guiñapo centenario. Y es que, a pesar de que la Semana Grande antes ya existía, sólo en los últimos veinte años ha resuelto convertirse en auténtica fiesta, en verdaderamente grande. Hasta entonces era una semana raquítica. De ella uno sabía en los tiempos del tardofranquismo: a pesar de su grandioso nombre, no se la veía demasiado porque la fiesta se centraba en el ruedo y las plateas.

La Semana Grande era por aquel entonces una cosa distinta, que acaso recordarán (presumo que sin nostalgia) sus escasos beneficiarios. Digo sin nostalgia porque la nostalgia, que es una sensación repleta de sabores extraviados, necesita de la pérdida para hacerse notar. Y a esos efectos la Semana Grande no ha perdido el provinciano *glamour* de entonces, con las gradas tribunicias de Vista Alegre repletas de notables locales, como tampoco se ha perdido el abigarrado programa teatral. La mínima elite de nuestro poblachón puede jugar en estas fechas a convertirse en alta sociedad, y en el coso taurino

los primeros espadas siguen pronunciando su andaluz cerrado y seductor. Todo esto está bien, porque hay formas de fiesta recién incorporadas, pero no se ha perdido lo anterior en el camino. Así no hay lugar para la nostalgia. Menos mal. Nostalgia de por medio, la fiesta es imposible.

La Semana Grande, si algo ha hecho, es democratizarse, abrir la caja de los truenos. Estando en Bilbao resulta imposible ignorarla. Todavía más, resulta incómodo declarar que uno no se dio una vuelta por ella. Quien no está en Semana Grande ya es un seta. Se ha transformado en una especie de vasto sumatorio al que se incorpora toda la ciudad. La *txosna* y la terraza, por una vez, respiran al mismo tiempo.

De pronto la Semana Grande se transforma en algo plural, donde tienen su sitio los altos directivos, las animosas sexagenarias enjoyadas, la tumultuosa chiquillería matutina, la juventud alternativa, las comparsas, la representación municipal, los fotógrafos que exponen y los actores que declaman. Todos buceando en un caudaloso revoltillo que, efectivamente, parece tener siglos de historia. Me veo satisfaciendo la curiosidad de cualquier americano cuando inquiera por Marijaia. "Sí, es un muñeco tradicional. Data de la Edad Media". Lo único que envidian los americanos es la historia, así que no hay por qué decepcionarles.

Sospecho que hasta en eso estarían de acuerdo los aguerridos comparseros y los usuarios de las terrazas más escogidas. Hasta en eso hay una especie de acuerdo general. La Semana Grande se ha convertido en una amalgama festiva que se desarrolla de forma extrañamente simultánea y que incluso posee el resabio de las cosas de siempre. Por una vez, todos de acuerdo en algo, ya brindemos con champán o *kalimotxo*. Casi se trata de una metáfora política.

PREGÓN Y CHUPÍN

La inauguración de las fiestas viene determinada por el pregón y el chupinazo. A su alrededor se desarrolla un obsceno derrame de líquidos achampanados, cifrado en metros cúbicos. El pregón y el chupinazo, en la Plaza Nueva, sirven para meternos en harina. La expresión no es del todo figurada. En la Plaza Nueva, de hecho, la gente se mete en harina de verdad. Claro que el físico de los asistentes soporta tales usos y costumbres: al margen de la representación municipal, la edad media de los oficiantes del follón del chupinazo no les permitiría ser ni electores ni elegibles en su propio ayuntamiento.

La atronadora alegría rompió a partir de las palabras pregoneras de José María Arrate, presidente del Athletic. Pronunció un voluntarioso discurso, escrito en euskera vizcaíno, que los euskaldunes recibimos con oídos resquebrajados. Fue una pasión, en el sentido penitencial del término. Estamos seguros de que la gestión del presidente al frente del venerable club supera con mucho su dominio del euskera. Llegué a enrojecer, porque soy demasiado vergonzoso, o quizás porque amo demasiado la lengua vasca. Qué más da, después de todo, si concluyó en *erdera* intimidando: "Hacedme el favor de ser felices", palabras que merecen obediencia, sin duda, y también agradecimiento en la intención.

En una entrevista a Euskal Telebista, el alcalde Josu Ortuondo arengó a las huestes bilbaínas y habló de la ciudad

con ese optimismo que a todos nos recorre últimamente, embriagados de titanio y terracota china. En sus declaraciones, la proyección de Bilbao hacia el futuro alcanzaba incluso a convertir a la ciudad en una promisoria "fábrica de ideas". Pensé que el proyecto era bueno. Pensé en "La factoría" de Andy Warhol. Pensé en un Berlín inquieto y burbujeante. Pensé en Bilbao, al fin, como epicentro de un volcánico esfuerzo filosófico. Ojalá seamos, alguna vez, una verdadera fábrica de ideas. Yo estoy con el alcalde, y dispuesto a aportar al proyecto no sé si mis ideas, pero al menos mis dudas, mis sólidas dudas, tan necesarias para que otros, mejor dotados, las fertilicen con pensamientos de fuste.

Seguí el acto desde lejos, desde la lejanía televisiva. La pantalla se entretuvo luego en reproducir un par de horas de bilbainadas, a cuenta de grupos musicales de la villa. Poco ha habido siempre, en la televisión autonómica, de la entrañable y peculiar identidad de Bilbao. Quizás antes nos merecimos algo más, pero compensar tantos años de ausencia en un solo día puede resultar francamente indigesto. Me conmoví escuchando las tonadas de siempre de Bilbao, pero pensé luego en los televidentes de Tolosaldea, del Goierri, de la Rioja Alavesa. Dios mío, aquella programación se parecía a una venganza, y a uno las venganzas no le gustan.

Las bilbainadas causaron su efecto: antes de alcanzar la sobredosis, el que escribe abandonó, y fue a cumplir de nuevo con su oficio. Relacionó estas impresiones sobre el papel. Y después salió a la calle. Como todos. A ver qué hay.

LA CARNE EXPUESTA

El que escribe, que ejerce de observador, contempla la Semana Grande con expectación impropia de persona educada: de pronto la ciudad se convierte en un laboratorio y él empieza a desplegar sus malas artes. Hay algo en la climatología que impacta sobre nuestras costumbres: se trata de la ropa. La ropa no tendría mayor importancia si no fuera porque allí, justo al otro lado, los que vamos somos nosotros.

El invierno es pudoroso, calvinista y protestante. Nos reprime bajo una compacta felpa. El verano, por contra, resulta plural, salvajemente democrático. No hay modo de zafarse de su dictadura: son los pechos delatados bajo las camisetas, las caderas más o menos gloriosas, el premeditado bronce conquistado en la playa, o la clamorosa palidez de los oficinistas, que viven como topos bajo tierra, incluso a lo largo de esta semana.

Ni hombres ni mujeres se zafan de semejante exposición. Afloran las barrigas cerveceras y la arcilla celulítica. Los bíceps denuncian con su sola presencia el brazo famélico más próximo. Cruel, irremisiblemente, el verano nos desnuda. Si el invierno es para el alma, el verano representa la carne. Porque el verano son los involuntarios desnudos que surcan la Aste Nagusia, aunque, en opinión del que escribe, lo que en la playa no sólo es perdonable, sino verdaderamente obligatorio, en el centro de las ciudades resulta casi blasfemo.

Enternece tanto cuerpo al aire, la valerosa exposición de las blancas tetillas varoniles, por más que un niki de marca intente dignificarlas. Enternecen las piernas femeninas cuando son excesivas, y no se asemejan a las de las estatuas, ni tampoco a las que surcan las pasarelas. El verano está ahí para delatarnos, e incluso para que algunos, los amantes del deporte, sacrificados monjes del gimnasio, puedan vengarse a tiempo de todos los demás.

Recuerdo un glorioso artículo de Néstor Luján en que daba cuenta de los cambios de las modas estivales. Hacía un vago retrato de costumbres, y al final se sorprendía a sí mismo, sentado a una terraza, como el único caballero aún provisto de chaqueta y corbata. Aquellos que le parecían tan excéntricos constituían ya la norma, y era él, amarrado aún a su corbata, un ejemplar de museo antropológico.

El que escribe se presiente en una situación parecida. Procura vestir cómodamente al andar por Bilbao, pero jamás aceptaría la última y rabiosa desinhibición que su sexo practica con furor: ahora los hombres vagan por la ciudad en pantalones cortos (en auténticos calzones), muestran con desparpajo sus peludas pantorrillas, sus ariscas rodillas. Acuden con ellas no sólo a los centros festivos más ruidosos, sino incluso a los restaurantes. A uno se le atragantan las gambas a la plancha cada vez que debe devorarlas ante la contemplación de esas vellosas pantorrillas, que exponen sin pudor una geografía de granos bermellones, venas azuladas y varices en bajorrelieve.

El que escribe se teme lo peor. Quizás la próxima Semana Grande, los pudorosos caballeros como él, los que aún llevan tela hasta los tobillos, parecerán seres de otro planeta.

EL AMBIENTE

Su búsqueda es norte y final de muchos esfuerzos recreativos a lo largo del año, pero durante las fiestas es imposible pasar sin él. Se busca ambiente, se trata de encontrar lugares con ambiente. Las fiestas o tienen ambiente o fracasan. Unas fiestas podrían pasar sin alegría (quién demonios sabe qué es lo que habita en el corazón de los participantes), pero si no hay ambiente literalmente no existen.

En verano no tiene sentido la intimidad de un salón de té, ni la prolongación de una velada en casa de esos queridos amigos. Hay que sumirse en el barullo y extraviarse dentro de él. Del mismo modo que dinero llama a dinero, ambiente llama a ambiente: cuanta más gente haya en un lugar tanta más querrá sumarse. Nos arracimamos en la barra como piara de cochinos ante las ubres de la cerda. De nada vale divisar de lejos otra barra intacta, una vasta terraza cuyas mesas vacías nos esperen con gesto hospitalario. Desorientados, el norte de la brújula lo marca la multitud.

Hay algo en el ambiente parecido a la envidia. En el fondo, sentirnos rodeados de gente tan distinta a nosotros es compartir de algún modo sus vidas. Por eso el ambiente resulta decisivo a lo largo de las fiestas: porque la ciudad se transforma en una mezcla de biografías divergentes a las que, de pronto, les da por converger. Uno va y lleva encima su mochila de recuer-

dos, esperanzas y fracasos, y no es extraordinario rozarse con actores, toreros, gente guapa, mujeres fascinantes, aguerridos periodistas. La olla bulle y algo de la experiencia ajena parece transmitirse por ósmosis al oscuro ciudadano de la villa.

La sofisticación, en los céntricos hoteles de Bilbao, obra por contagio. Del mismo modo, esa destartalada forma de bohemia que representan los chicos encrestados, en la parte vieja, se contagia a los sencillos muchachotes (tan sanos, tan de aquí) que comparten el fragor de la fiesta. Por arriba y por abajo, el común de los mortales se emparienta con los héroes de la vida, ya sean millonarios ociosos o vagabundos de verano. Todos los tipos extraños tienen algo extraordinario y, del mismo modo, todos los habitantes permanentes de una ciudad tienen algo de aburrida burguesía, así que en las fiestas jugamos a vivir en un Bilbao más diverso, más excitante. Al final es improbable que uno alcance a cambiar su vida pero, claro, al menos cambió de ambiente.

Uno pretende que el ambiente de las fiestas le separe de la monotonía que gobierna durante el resto del año. El ambiente también se ve, se huele, se toca. La gente sale a ver el ambiente Al final nos ambientamos, si bien hay que reconocer que en el fenómeno tiene buena responsabilidad el alcohol (esa sustancia tóxica, ese néctar divino, según distintos especialistas) que siempre obra milagros. Queremos meternos en el ambiente, pero a lo mejor es el ambiente el que se mete dentro de nosotros (premeditadamente, sin disimulo alguno) a base de indiscriminados lingotazos.

TXIKITEO

Cada día de fiestas el grupo Bilbotarrak potea y entona bilbainadas por el Casco Viejo. La crónica habla de recuperar la tradición, revivirla y renovarla. Cuando se habla de recuperar viejas tradiciones es que éstas ya han entrado en estado catatónico. Basta que se quiera revivir algo para suponer que está en las últimas. Ése es el fundamento de los primeros auxilios y del milagro de la resurrección.

Muy posiblemente el *txikiteo*, el poteo tradicional, se encontraba necesitado de un boca a boca. Al que escribe le inspiran cierta melancolía esas cuadrillas de hombrachones (cuyas quintas militares se pierden en el tiempo de preguerra) obstinadas en perpetuar el rito por los bares y tabernas de su barrio del Ensanche.

Lo más triste de la pérdida del *txikiteo*, para el que escribe (un enfermo del lenguaje), es la pérdida de la misma palabra. Los jóvenes ni *txikitean*, ni toman *txikitos*, ni saben lo que son. Como mucho potean, y aún así también poteo es expresión en retroceso. Hay diferencias aún más notables: para empezar, casi no existen los *txikitos*, esos vasos compactos y pesados, rellenos de cristal, que el que escribe nunca ha visto, aunque quizás los Bilbotarrak aún conocen esos tres o cuatro bares que los ponen. Aquí ya no es la desidia de la juventud sino la avaricia de los taberneros lo que cambió la costumbre: los

txikitos eran caros y propendían a romperse. Si bien también es cierto que, después de ocho o diez ingestiones de vino, todo artilugio de cristal dispuesto entre los dedos tiende siempre a romperse.

La juventud ha acabado con otros elementos de la componenda *txikitera:* ya no es una práctica diaria ni tampoco es una práctica exclusivamente masculina. Ahora los jóvenes de ambos sexos beben juntos, y desisten del ejercicio durante los días de labor: prefieren ingerir la misma cantidad total pero en el reducido margen de un fin de semana. Pocas rondas, pero contundentes. Uno sospecha incluso que entre los quinceañeros son ellas las que más beben.

Lo más beneficioso de la extinción del *txikiteo* ha sido la desaparición del canto. Hay que reconocer las virtudes melódicas de Bilbotarrak, pero el *txikitero* que espontáneamente se arrancaba con sus tonadas en la taberna resultaba, en general, un ser siniestro, un perfecto indeseable. Casi siempre cantar era verbo que le quedaba grande y como uno, a lo mejor, estaba con su chica (con aquella que quería que fuera su chica), la magia del encuentro, las palabras seductoras, la declaración final, solían ser literalmente dinamitadas por ese terrorista que a traición la emprendía con una bilbainada, a voz en grito, trayendo a los enamorados la terca realidad de esta oscura provincia.

Esperamos muy sinceramente que el *txikiteo* sobreviva, eso sí, en sepulcral silencio, y por supuesto que nadie elucubre sobre el mismo como llegó a hacer hace tiempo cierto concejal bilbaíno, que hablaba de él como la mejor expresión cultural de esta ciudad. Sólo faltaba que aquel *txikitero* que torturó nuestras noches tabernarias con su voz aguardentosa se creyera, a más inri, mejor que Blas de Otero, del que acaso nunca supo.

EL RESPETABLE

A los toros en Bilbao se va para mirar y ser mirado, pedir agua milagrosa (bajo un sol de justicia) a los prestos repartidores, confundirse al embocar la puerta y dar vueltas al ruedo (por fuera, nerviosamente) hasta encontrar el acceso adecuado. A los toros, entre otras cosas, se va a pasar calor. No hay lugar donde el binomio sol y sombra sea más importante: se refleja en el precio del espectáculo, cosa inexplicable en cualquier otro.

Quien no tiene una entrada de los toros no es nadie en la villa. Y la villa, que se lo sabe, pone a sus más altos prebostes a regalar localidades a esos otros prebostes que durante el año se han hecho acreedores del obsequio. Las entradas de los toros han estado circulando durante estas últimas semanas como preciosísimos títulos-valores, implícitos reconocimientos a un favor o a una amistad. Las entradas de los toros se han movido por los bancos, las cajas de ahorro, las compañías eléctricas, las gerencias de las más altas empresas, las concejalías del ayuntamiento y los despachos de la Diputación Foral. Por fin llega el momento de lucirlas.

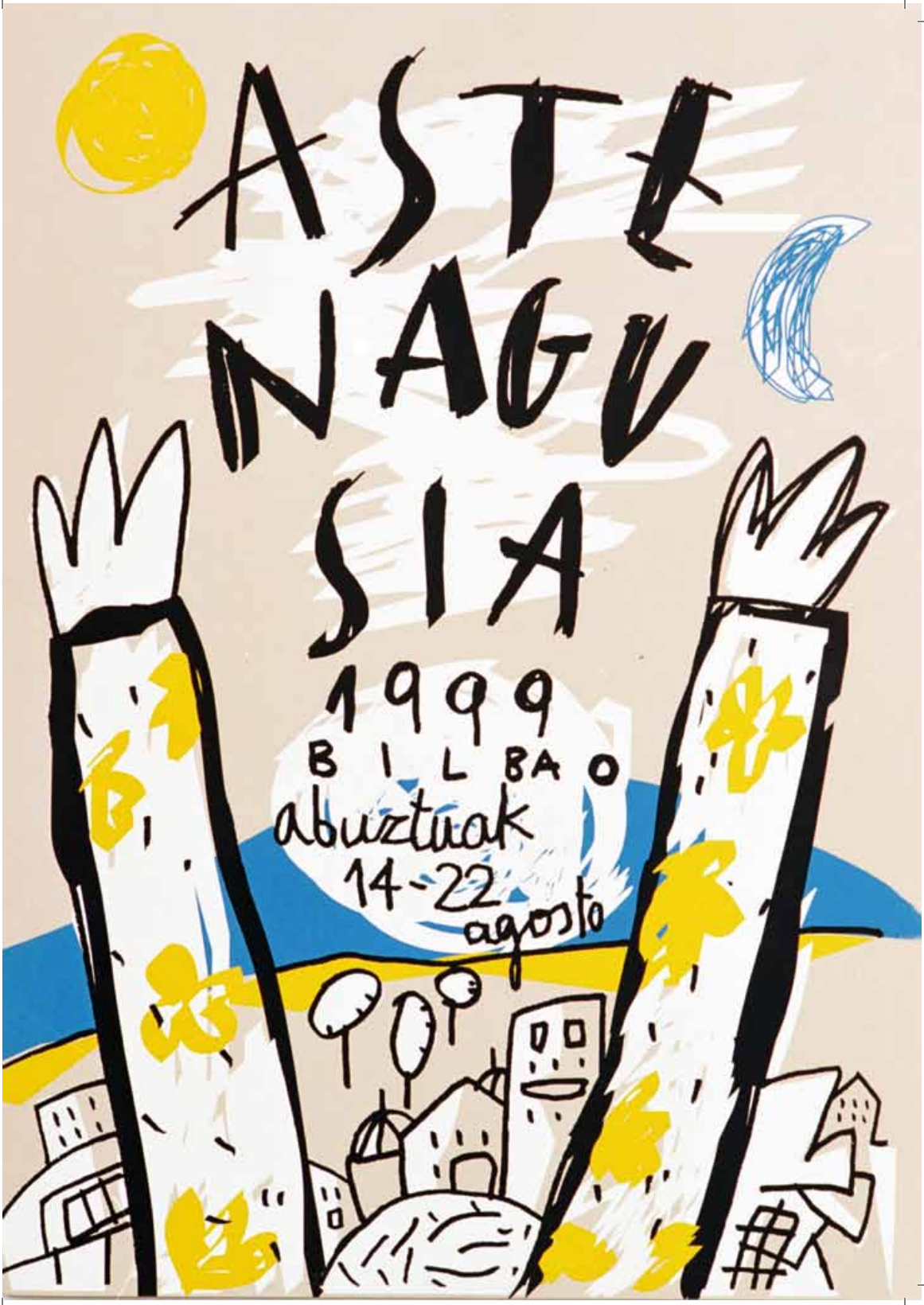
Lucir las entradas supone lucir en barrera ese bronceado arduamente aquilatado por cuarentonas de buen ver (Son las mejores: siempre prefieren mostrar los elevados atributos. El muslo parece privativo de las adolescentes). También es una nueva oportunidad para la vestimenta deportiva de los antaño

ejecutivos gris marengo. En el tendido florecen los rólex, los brillantes, los abanicos, las rodillas, los nikis de Lacoste.

Vivir la Semana Grande en los toros no es asunto de ricos o de pobres: pero de los ausentes puede decirse que son unos estrictos desclasados. No es que vayan los mejores. Lo que está claro es que tampoco va cualquiera. En Bilbao el toro es ganado sometido a cierta costumbre centenaria, pero uno siempre tiene la impresión de que lo mejor no ocurre sobre la arena: la fauna de la plaza es variopinta, más curiosa de lo que prevé la zoología.

La villa ha sido taurina, predican los castizos. Y quizás tengan razón. Uno vive en otro planeta. Uno ya ha hecho su trabajo de campo un par de veces y analizado el ejercicio general de observación que se produce en Vista Alegre. "Mira quién está allí", dicen unos y otros, dice incluso uno mismo. A lo mejor hasta se hacen otras listas, las que relacionan a aquellos que no están.

Aparte de esto, en el ruedo se desarrolla un extraño espectáculo. Al indocto periodista sólo han llegado los dolorosos bramidos de la bestia y el violento surtidor de sangre que explosiona tras la pica. Tanta carne dolorida contrasta perversamente con la otra carne, esa carne avariciosa, expuesta al sol, que quizás se estremece gozosamente mientras el animal agoniza. Doctores tendrá el Arte para dar cuenta de la faena que ofrecen los espadas cada día. De todos modos, es más arriba donde se cuece lo importante, donde la pirámide social sigue desarrollando su juego de vanidad explícita y banal. En ellas hay asistentes que no han caído en la cuenta de las habilidades del maestro. "Tendríamos que venir más a menudo", repiten los neófitos, "Por cierto, ¿quién toreaba?".


ASTE
NAGUSIA
1999
BILBAO
abuztuak
14-22
agosto

1999

OFICINA DE TURISMO

Un solo elemento ha empañado (y sigue empañando hasta hoy) la euforia colectiva que experimenta Bilbao desde la apertura de su inmarcesible museo de arte contemporáneo. De hecho, las crónicas extranjeras más aceradas habían subrayado el fenómeno con preocupante reiteración: el Guggenheim era una especie de magno templo del arte emplazado en una ciudad de tercera, o, por decirlo de otro modo, el Guggenheim quizás quedaba demasiado grande para una ciudad pequeña, de escasa vida nocturna y escasa vida interior.

A uno le da cierta pena contemplar a lo largo del año a los turistas (esos guiris encantadores, con sus pantalones cortos, sus sandalias, pero también sus gruesos e incomprensibles calcetines de lana) vagando por la Gran Vía, desorientados, confundidos, como si después del paseíto por el museo se vieran atrapados en una ciudad provinciana donde ellos (recién llegados de Seattle, Los Ángeles o Manhattan) no encontraran nada pintoresco ni excitante.

Ese es el punto débil de la infraestructura turística bilbaína: que, como gran ciudad, da para poco, y que sin embargo es lo suficientemente grande para que en ella se diluya lo folclórico, lo pintoresco, lo característico del país. Presiento que muchos guiris se habrán ido decepcionados de Bilbao, hartos de tantas

tabernas irlandesas como las que hemos abierto últimamente, hartos del escaso color local de un Ensanche monótono, monocorde y monocromo.

Pero la Aste Nagusia viene a salvarnos. Los guiris despistados que seguirán hoy mismo transitando por Bilbao se verán de pronto envueltos en una marea humana. Durante algunos días la aburrida ciudad que alberga el último edificio emblemático del siglo XX ofrecerá también la nocturnidad continua, el baile callejero, los toros, las terrazas, la ebullición humana. Después de tantos meses aburriéndose en los bancos de los parques, o pidiendo sin éxito *txakoli* en las cafeterías más convencionales, después de tanto pan sin sal, vamos a aturdirles a base de fuegos artificiales y pachanga. La ciudad recobrará el color de las fiestas populares, el modesto *glamour* de su burguesía provinciana, la leyenda de los toros, de las norias y los fuegos artificiales: todo preparado para que el museo sea tan sólo uno de tantos atractivos que reúne, de repente, una ciudad por la que hace apenas una década nadie habría apostado un dólar.

Cuando regresen a sus países de origen esos viajeros que llegan ahora mismo a Bilbao, en medio de la Semana Grande, hablarán de una ciudad alegre y despierta, donde (¡era increíble!) nadie parecía trabajar de firme y la gente vivía en una fiesta permanente. Puede que la Aste Nagusia sea al final la mejor oficina de turismo que podríamos haber inventado, y cada uno de nosotros unos inconscientes pero eficaces empleados de la misma.

CHUPINAZO BILINGÜE

Una de las aficiones secretas del que escribe es seguir al detalle el acto inaugural de nuestras fiestas: el pregón y el chupinazo. La palma se la ha llevado este año nuestra televisión autonómica, por sus estéticas imágenes de las brigadillas municipales, después de la batalla, trasegando contenedores de basura, reuniendo vidrios rotos, nadando entre vomitonas. ¿No había ninguna otra cosa que ofrecer de una Semana Grande apenas iniciada? ¿Era periodismo documental? Misterios de un programa especial cuya tertulia, repleta de modelos estatuarios, fue bastante apática, a pesar de las ganas que puso en la faena el conductor Juanjo Romano. Inconvenientes de fiarlo todo a la belleza y nada a la anatómica azotea del cerebro.

Por otra parte, lleva traza de convertirse en una de las tradiciones de la Aste Nagusia que en el acto inaugural, pregón y chupinazo de por medio, el castellano brille por su ausencia. El año pasado, a los *bertsos* de Unai Iturriaga se unió la pedestre intervención de José María Arrate, que después se apresuró a pedir perdón por querer también extenderse en castellano. El animoso público presente no le dejó hacerlo. Este año, el pregonero Robles se ha explayado igualmente en euskera, y su tímido intento de reunir tres o cuatro palabras en romance ha sido contestado de inmediato por una sonora pitada del gentío convocado en una enharinada Plaza Nueva.

Uno duda que el presidente del Athletic o el señor Robles pidan perdón en su vida privada por hablar en castellano, cosa que harán largo y tendido. A pesar de nuestra abigarrada simbología, el trabajo de las instituciones públicas, los clubs deportivos, las empresas y los sindicatos se desarrolla con naturalidad en castellano, pero cuando uno se encuentra en público parece que algo se transmuta y el euskera se hace imprescindible, cuando no, como en nuestros célebres pregones, exclusivo.

Así como le ocurre a Aznar con el catalán, nosotros practicamos el castellano en privado, y sólo en público cambian las tornas. Esa es también la causa de la maldición que acompaña a los escritores vascos que trabajan en castellano: su actividad pública se desarrolla en una lengua, a efectos simbólicos, totalmente proscrita. Aquí se puede legislar, despedir, discutir, fornicar o defecar en castellano, pero públicamente somos euskaldunes. Por eso, escribir en castellano es un estigma. Un libro, al fin y al cabo, es algo público. Un libro es como un pregón, una especie de pregón alargado. Al menos el alcalde Azkuna volvió a dar muestras por la mañana de su legendaria ilustración, no olvidándose de citar en su discurso a Unamuno y Blas de Otero. Esta vez ha sido el alcalde el que ha dado una lección al pueblo, aunque afortunadamente el pueblo que se reúne en la Plaza Nueva para el chupinazo no representa ni de lejos a todo el pueblo de Bilbao.

La muchedumbre reunida en la plaza ha oficiado el extraño rito monolingüe. Y a uno, que también habla euskera en privado, le fastidia la consumación de semejante tontería. A uno le fastidia la apropiación demagógica de un idioma por parte de quienes pueden ignorarlo sin complejos durante el resto del año.

Qué país más complicado. Sólo la petardada del chupín puede considerarse bilingüe. De momento.

NO ESTAR ALLÍ PARA CONTARLO

Habla la prensa bilbaína de la manifestación convocada por Grupos de Defensa Animal, a las puertas de Vista Alegre, el día del primer festejo taurino de la Aste Nagusia. Refieren las crónicas que varios centenares de amigos de los toros corearon lindezas como la que ahora sigue: "Si algún día el toro te engancha, sólo sentiré no estar allí para contarlo".

Y es que, decididamente, la radicalidad no deja de amargarnos el paisito. A uno le estremecen argumentos de semejante calado, y sobre todo la obstinación por hacerlos valer en fiestas, cuando se presume que uno está por la labor de dejar en paz a los demás, para que disfruten como puedan o quieran. Los conversos, como todo el mundo sabe, son una especie peligrosa, y en esto de los derechos de los animales, que no reconoce ninguna constitución, todos sus apasionados defensores son conversos, tan intratables como los fundamentalistas religiosos o políticos. Ya ha ocurrido en Europa y Norteamérica: a cuenta de las corridas de toros o de las granjas industriales de pollos y codornices, surgen grupos terroristas dispuestos a poner bombas bajo el trasero de sus semejantes.

A uno, personalmente, no le gustan los toros, ni el espectáculo de la sangre manando a chorro, ni la obstinación de apuntillar al animal cuando un torero inepto le ha endilgado ya tres o cuatro estocadas sin lograr una muerte piadosa. A uno no le gustan los toros, como seguramente a muchos auténticos tauri-

nos no les gustará el ambiente frívolo de Vista Alegre, donde la gente va más a lucirse que a gozar con un arte que entienda y admire. A uno no le gustan los toros por íntima solidaridad con un animal acosado, y lo ha dicho por escrito muchas veces.

Pero que la animosidad de esos heroicos defensores de la bestia presuma de desear la muerte a sus congéneres humanos es de una bajeza moral mucho mayor que la de ese primer espada que lleva a sus espaldas, en todo caso, menos animales muertos que el más modesto matarife de cualquier matadero municipal.

Y a la bajeza moral de esas expresiones podría añadirse otra cosa: que en el fondo los animalistas ejercitan una profunda hipocresía. De ser verdaderamente consecuentes no denigrarían sólo la muerte animal como espectáculo. Deberían organizar comandos dispuestos a sabotear todas esas *txosnas* donde se sirve chorizo o codillo de cerdo, a voltear las mesas de las terrazas donde la gente devora unas chuletas, a emprenderla con esa cuadrilla de amiguetes que afrontan unas alubias reforzadas con morcillas, tocinos y costillas. Deberían, de hecho, emprenderla con esa septuagenaria que espanta una mosca de su mesa con peligro de dañarla seriamente. Pero quizás cuentan con que el público de Vista Alegre es más señorito y se le puede increpar impunemente, mientras que en El Arenal, puestos en la misma, sus eslóganes despertarían la ira de la multitud y podrían salir malparados, quizás aún peor parados que en un encuentro a campo abierto con el morlaco.

Es decir, no sólo confusión moral. No sólo explícita bajeza en la consideración del género humano. No sólo desproporción entre fines y medios. También cobardía personal. No hay más comentarios.

UNA CUESTIÓN DE PRINCIPIOS

Desde hace algunos años, el verano en Bilbao es otra cosa. Si antes vagar por esta ciudad en agosto podía destruir para siempre el prestigio de cualquier notable de la villa (porque, como se sabe, las vacaciones ya no son una oportunidad para el descanso, sino una exigencia más en la guerra sorda del estatus), ahora la visita al Botxo, en la tórrida Aste Nagusia, se revela ineludible por las mismas razones.

La gente planifica sus vacaciones de otro modo y siempre deja un apartado para acudir a la ciudad. Nada sería lo mismo si uno omitiera el trámite. Son los toros y las terrazas una nueva oportunidad para cumplir con el magno objetivo que impone la vida social de nuestra montañosa provincia: estar en cada momento donde se debe estar, dejarse ver, saludar desde lejos a cierto proveedor, a cierto concejal, a cierto director gerente. Si la estancia en Bilbao, a primeros de agosto, es un error, que nadie falte sin embargo en torno a la Semana Grande: todo el trabajo del año en pos de un mejor puesto en la parrilla local podría dilapidarse en una sola semana.

Esta ardua labor, habitual en el mundo privado, involucra ahora a los políticos. Ya se ha hecho tradición que, después de las elecciones locales (que además suelen caer en primavera), la auténtica puesta de largo de nuestros concejales y concejalas se produzca en agosto, cuando por fin aterrizan en medio del tejido social y departen con la prensa, o con las fuerzas vivas,

o incluso tienen una mirada indulgente y comprensiva hacia ese camarero que les trae su vaso de agua con limón. Los corporativos se hacen un hueco a imperceptibles codazos entre la piara de notables y buscan un espacio en las letras negritas. Comienzan a enterarse de quién manda aquí, y sus palcos en el coso taurino certifican que ellos también mandan un poco. Hay que "estar" en Semana Grande para "ser" algo en Bilbao. Se trata de una ley no escrita, que se halla en vigor desde no hace muchos años, pero absolutamente implacable. De hecho, olfatear entre las terrazas, otear de lejos los variopintos chiringuitos y escoger aquel más adecuado a las características de uno, representa todo un desafío para la noche bilbaína a lo largo de esta semana. Se puede alternar la sencillez proletaria con la presunta exquisitez de los céntricos hoteles, se puede incluso profesar la tolerancia visitando las barras al aire libre con que nos obsequian las distintas fuerzas políticas, pero siempre teniendo en cuenta la premisa mayor: Bilbao es muy pequeño y a uno se le ve al final en todas partes. Hay que encontrar el lugar adecuado, con la misma obstinación con que los pivotes del baloncesto pelean bajo el aro.

Como se sabe, en Bilbao sólo hay una buena razón para que el verano no te lleve a las playas de Marbella, de safari por el Serengueti o de compras por Nueva York: tener una casita en Plentzia. Pero la atareada agenda de agosto mantiene siempre un grueso subrayado allá por la tercera semana del mes: Bilbao a toda marcha. Es una cuestión de principios.

PEATONES AL PODER

Bilbao está conquistando, a golpe de ruido y obras polvorientas, nuevos espacios para la ciudadanía, pero ése no es el único avance perceptible en una ciudad que está cambiando rápidamente muchas de sus costumbres. El trabajo de campo a este respecto podría llevarnos de un extremo a otro de la villa.

Ya se ha anunciado a bombo y platillo la construcción de un nuevo barrio sobre los altozanos de la mina de Miribilla: promisoria ampliación de la ciudad, y ampliación ejecutada además en su centro primigenio, bajo la égida (se supone) de una ambicioso programa de regeneración de Bilbao La Vieja y de su entorno. A esa extensión (uno teme que urbanística y en modo alguno demográfica: la población de Bilbao sigue cayendo) se unen ahora parciales revitalizaciones de espacios para el ocio.

Quizás el Palacio Euskalduna haya reproducido, a escala más modesta, los benéficos efectos del otro gran fetiche arquitectónico con que recientemente se ha dotado la ciudad. El extremo final de la Gran Vía, hacia la Plaza del Sagrado Corazón, ha sido durante años un sector de la ciudad que bullía por las mañanas (no en vano concentra numerosos edificios oficiales: desde la delegación del Gobierno Vasco a oficinas de Tráfico y de la Seguridad Social) pero que a partir del mediodía se desertizaba y quedaba en manos de sus escasos habitantes.

Y sin embargo, este verano han hecho aparición también por ahí las terrazas, se han instalado unos cuantos negocios hosteleros y han dado nueva vida a un territorio urbano que antes se clausuraba muy pronto. Las aceras del final de la Gran Vía, antaño fantasmales por la noche, se han convertido en un espacio más para la tertulia veraniega, para la ociosa conversación al calor de unas copas.

La civilizada metamorfosis peatonal sigue operando en la ciudad. La calle Maestro García Rivero se había transformado hace años en una extensión del vasto imperio poteador que siempre ha sido Licenciado Poza. Sólo la estrechez de sus aceras dificultaba en la pequeña calle ese saludable ejercicio que es tomar un vino al aire libre y en cuadrilla. Pero ahora, el Ayuntamiento, implacable, justiciero, ha puesto manos a la obra. A partir de este momento aparcar en García Rivero va a ser literalmente imposible: los únicos coches que podrán detenerse en su seno serán los coches de niño. Este no parece mal a los peatones de la zona, y sin duda tampoco a los numerosos propietarios de negocios hosteleros, que están ya frotándose las manos.

Y, como si de un modo simbólico de redondear la jugada se tratara, la Aste Nagusia clausura definitivamente la calle a todo bicho motorizado viviente, a cuenta de una nueva invasión de terrazas veraniegas. Si Bilbao era en todo Euskadi el ejemplo de ciudad hostil al peatón, ahora eso está cambiando. Los niños, los ancianos, las cuadrillas, los amantes del paseo, llevan camino de hacer suya la ciudad. El poder cambia de manos. No hay mejor forma de conmemorar el cambio de siglo, tras tantas décadas de claustrofobia peatonal.

CON LA MÚSICA A OTRA PARTE

El que escribe, en una de sus incursiones nocturnas por el *txosnerío* de la Aste Nagusia, tuvo hace un par de días un acceso de lucidez. Alzó la vista y contempló las viviendas aledañas: en muchas de ellas se hacía visible, al otro lado de las cortinas, una indecisa luz interior.

La vida de los demás siempre se nos antoja sugestiva. Despierta una curiosidad casi novelística, pero cuando uno la imagina allí, precisamente allí, en una de esas calles que se convierten en epicentro del tumulto, no puede encontrar en ella nada envidiable. La fiesta debe de convertirse para más de un insomne involuntario en una auténtica tortura. Y uno se imagina a vecinos resentidos, con los nervios destrozados, que vagan por el pasillo de casa, en bata o camisón, echando pestes de sus semejantes.

La fiesta se desarrolla a sus pies, prácticamente al otro lado del portal de casa, y ellos en esos momentos parece que no importan demasiado. Sí, uno tiene un acceso de lucidez en su paseo nocturno, pero enseguida le reclama la cuadrilla para acceder a una nueva ronda de copas. Es fácil olvidarse de las víctimas de la Aste Nagusia, de las que apenas sabemos nada. De hecho, la atenta prensa local se ocupa largo y tendido de todo lo que ocurre a pie de calle, pero sólo en los momentos de debilidad se acuerda de esas almas en pena que asisten

atrincheradas a la fiesta y que, sin embargo, no pueden olvidarla como sería su íntimo deseo.

Uno tiene amigos pamploneses que literalmente huyen de su ciudad en sanfermines, e imagina que en Bilbao también habrá esos exiliados temporales: familias con bebés que hacen el hatillo y parten, casi clandestinamente, hacia algún lugar tranquilo. Pero sin duda habrá también personas atrapadas en una particular tragicomedia: el aluvión de altavoces filtrándose por los cuatro puntos cardinales de la casa; los revolcones desesperados sobre una cama donde no encontrar la paz; la visita al cuarto de baño en busca de sedantes, tranquilizantes o antidepresivos; la desgracia, en fin, de estar despierto cuando todo el mundo se divierte.

Posiblemente lo más fácil sería aludir a la necesidad de alguna suerte de equilibrio entre distintos intereses, aludir a la tolerancia del otro, a la necesidad de más reglamentaciones, a nuevas ordenanzas de decibelios y horarios. Pero mucho nos tememos que ese discurso niega la realidad. Quizás sea cierto que en Bilbao, durante nueve días, escapar de la fiesta es imposible y que, del mismo modo que existen calles tranquilas, existen también auténticas cámaras de tortura para sus sufridos habitantes.

Es dudoso que la fiesta, en su extrovertida manifestación mediterránea, llegue a respetar algún día a las ancianas, a los bebés y a los misántropos. Es dudoso que algún día la fiesta transcurra tan ordenadamente que se les haga imperceptible. Porque la fiesta, por definición, *está ahí,* y no hay modo de que se vaya con la música a otra parte. Así que uno prefiere evitar el discurso políticamente correcto y la irreal pretensión de que algún día se resuelvan esos agudos conflictos de intereses. En su modesto homenaje a esas sufrientes víctimas de la fiesta, sólo hay un argumento (lenitivo, resignado) que aún puede ser vagamente eficaz: “Ánimo, ya queda poco”.

bilbao aste nagusia 2000

abuztuak 19-27 agosto

2000

LA *TXOSNA* DE LA DISCORDIA

El carácter habitual de la sociedad vasca (un crónico follón del que nadie puede aspirar a salir indemne) ha salpicado el inicio de las fiestas de Bilbao. El grupo municipal del PP se ha enzarzado en una agria polémica con el equipo de gobierno nacionalista, a cuenta de los criterios seguidos para establecer recintos festivos y autorizaciones de carpas y baretos. Al mismo tiempo, los hosteleros de ciertas zonas se han movilizado ante lo que consideran perjuicio para sus propios negocios y correlativos privilegios de las *txosnas*.

Es decir que, siguiendo lo que suele ser costumbre entre nosotros, problemas políticos y corporativos a mansalva. El que escribe no puede (ni quiere) entrar en disputas concretas, pero lo cierto es que el inicio de las fiestas ha venido acompañado de cierta polémica socio-política, polémica que, por otra parte, no ayuda a despejar el ambiente de nuestros tradicionales fantasmas colectivos. Aún así, muchos vamos a echar de menos esa extensión de la fiesta por el Ensanche, cuando un archipiélago de carpas y terrazas salpicaba las calles de esa parte de Bilbao. Si en los años ochenta se consolidó, vía Casco Viejo, un modelo popular y participativo de vivir la Aste Nagusia, los

años noventa trajeron una segunda innovación, inconcebible en décadas pasadas: la *txosna* pija.

La *txosna* pija, como fenómeno antropológico característico de Bilbao, lleva camino, parece, de extinguirse. Habrá que ver el efecto que esto tendrá en la fiesta, pero mucho nos tememos que el Ensanche (como siempre ha pasado, no hay que olvidarlo, con los barrios de Bilbao) va a permanecer en buena parte al margen del festejo. El delicado equilibrio entre los intereses de unos (la juerga) y de otros (el sueño) siempre alumbrará distintas formas de conflicto, y mucho nos tememos que el año que viene todo esto no cogerá al personal desprevenido, sino que encenderá la polémica antes del inicio de las fiestas.

Por lo demás, en la habitual trifulca política, sin duda muchas manos aspiran a sacar tajada electoral. Algo parecido a las reclamaciones (justas o injustas) de los hosteleros, que ven por debajo de la fiesta una excelente oportunidad de aumentar ingresos. La risueña consideración de la fiesta como un espacio de solaz y esparcimiento hace aguas por todas partes, ya que los políticos no dejan de zaherirse ni los empresarios hosteleros de reclamar su parte del pastel. El poder y el dinero, siempre dando problemas, incluso a los que, modestamente, sólo aspiramos a beber.

Uno, tan ingenuo, en busca de algún lugar donde pasar el rato, y otros sólo pensando en aumentar la caja. Si el Ayuntamiento es un campo de batalla electoral, el bar, incluso en fiestas, es escenario de un auténtico drama literario, como detectó muy bien Charles Bukowsky, aquel talentoso borracho, en cuentos y novelas de obligada lectura.

CHUPINAZO *(REVISITED)*

El chupinazo volvió a ser lo de siempre: un despliegue de verbenero furor en la Plaza Nueva, la harina, los alcoholes infernales, el sudor de los dos sexos, todo amancomunado en una fiebre de juventud, que sabe aguantarlo todo, y está bien que así sea.

Uno teme por la integridad de algunos de esos yanquis octogenarios que visitan Bilbao últimamente y que, acaso engañados por los folletos turísticos, se han acercado a la Plaza Nueva para asistir en persona al egregio evento del chupinazo inaugural. Quizás esperaban presenciar un espectáculo folclórico, pleno de colorido y buen gusto, algo parecido a lo que vieron el año pasado en una isla griega o en un poblado maorí del Pacífico. Pero no: aquí, entre nosotros, las fiestas populares de colorido y buen gusto son una mariconada, un montaje de cartón piedra para extranjeros (por muy bien que se lo monten en aquella isla griega, los muy cucos) y nosotros no organizamos nuestra fiesta para honrar a los foráneos, sino para nuestro propio solaz y esparcimiento. Hago votos, en consecuencia, para que ningún octogenario de Manhattan haya caído al duro suelo de la Plaza Nueva, víctima de una vomitona especialmente resbaladiza, y padecido su tercera rotura de cadera

El chupinazo es como una pedorreta (pirotécnica), y los olores que se mezclan durante la ceremonia no habrán sido,

sin duda, menos fervorosos. Por su parte, el pregón de Loli Astoreka, en impecable vizcaíno de Bernagoitia, nos privó de infaustos recuerdos de otros años: el tenebroso vizcaíno de José María Arrate. La pregonera tuvo valor incluso de recitar (oh, maravilla) alguna copla en castellano y fue evidente que, a pesar de numerosos silbidos, las viejas y sabias piedras de la Plaza Nueva pudieron soportar el embate con entera dignidad. Aunque de forma modesta, se ha confirmado que, aún después de pronunciar en público un par de frases en castellano, la vida sigue siendo posible.

El que escribe se preguntaba por las distintas dimensiones que la juerga adopta según el país de que se trate: hay noticia fidedigna de tiernas mancebas vascas, enharinadas, sudorosas, sobre las que chorreaba el champán o el *kalimotxo* (habría que ver en qué crema hidratante da a parar la confusión de tantos y tan extraños jugos) y no podía evitar cierta comparación con la intensa sensualidad carnavalera de Brasil o, sin ir tan lejos, de las Islas Canarias. Seguimos siendo los vascos (y las vascas) ciertamente pudorosos, y la fiesta no es ocasión de lucimiento, ni de movimientos sugerentes, ni de invitaciones a la movida sexual. Entre nosotros se trata de algo deportivo, arrabalero, donde hombres y mujeres (chicos y chicas, a decir verdad) se unen en una sola masa de harina asexuada.

Como parece que lo llevamos en la sangre, no queda otro remedio que apechugar: hundirse en la gresca y extender la harina con furor. La juventud lo aguanta todo, como bien sabemos los que ya vivimos desterrados de esa edad.

TAMBIÉN VIMOS A...

El día comenzó con la llamada del escritor que acaba de publicar un libro de relatos. Decidimos tomar el aperitivo. De camino recibimos la llamada del poeta y traductor que está a punto de publicar su segundo poemario, de modo que pasamos la mañana entre vermús, hablando de literatura y, al final, discutiendo de política. Tuve la oportunidad de saludar al concejal del ayuntamiento (uno de los mejores concejales de este ayuntamiento) en uno de los bares que configuró el itinerario, y después se unió a nosotros la novia del poeta y traductor (tan guapa como siempre) que trabaja en uno de los renombrados museos de la villa.

Después de comer en casa, hubo cita con el alto cargo académico (por fin emplazado en unos escasos pero merecidos días de descanso) y su esposa (encantadora, elegantísima), con los que mi mujer y yo ("la reina y yo" de los discursos oficiales, ya saben) nos dirigimos a la plaza de toros. Y qué decir de ese centro neurálgico de la fiesta, de ese espeso caldo social donde se arremolinan todo tipo de cargos y gerencias.

Aquí y allá, las sonrisas, los saludos, las manitas agitándose en busca de algo o alguien. Un saludo, como de pasada, al diputado foral cuando todos íbamos poseídos por la agitación de encontrar al fin nuestros asientos. Poco después saludos en el palco que tocaba. En efecto, allí se encontraban la directora de la oficina de turismo (siempre cordial, siempre atenta, siem-

pre elegante), la pregonera del año en curso (un alma blanca y generosa) y el célebre entrenador que acaba de hacerse con las riendas de un equipo de fútbol que nunca gana.

Desde lejos, divisé a mi entrañable prima, ya saben, la cirujano, con un exquisito vestido verde, y a la alta funcionaria del ayuntamiento, siempre atractiva en su madura y serena lozanía. A la salida, nos habíamos citado con el director administrativo de la empresa de ingeniería y con su esposa, también ejecutiva, pero no pudimos encontrarnos, a pesar de tan reiteradas llamadas al móvil. Al menos nos encontramos con la concejala del Ayuntamiento, esposa de uno de nuestros amigos, madre vasta y responsable, una mujer con fundamento, vaya, y nos dirigimos a encontrar a su marido, director administrativo de la empresa financiera. A partir de entonces unas copas aquí y allá, con la noche echándose sobre la ciudad. También oportunidad para saludos varios. Por ejemplo, al célebre notario, recién venido de la costa, a juzgar por su tono bronceado. Claro, uno saludaba de vez en cuando, pero la concejala no daba abasto.

En las corridas de Semana Grande la batidora social se electriza y los cronistas sociales, los rastreadores de apellidos ilustres que insertar en negrita, otean el horizonte, sin descanso, aturdidos, conmovidos, obnubilados ante semejante explosión de excelencia y talento.

EL SONÓMETRO

Implacable se está mostrando la administración local con los ruidos nocturnos: precinto de bafles, medición de decibelios, inspectores provistos de sonómetros, riguroso control del volumen de la música aquí y allá. A pesar de la intensa actividad de policía (en el sentido etimológico de la palabra) parece que sólo cuatro o cinco locales han sido intervenidos. Hay una conclusión obvia en este asunto de moderar el nivel general de la charanga: que los que quieran trasnochar no por ello van a dejar de hacerlo, pero a cambio es muy posible que los que quieran dormir sí tendrán la oportunidad de olvidarse de todos los demás. Es una paradójica consecuencia de considerarnos cada vez más europeos.

La sensación general es que la fiesta no ha perdido enteros debido a la mera bajada de decibelios. Baja el ruido, pero la fiesta sigue por todo lo alto. Sólo ejercita una nota discordante la asociación de hostelería, que se queja de los privilegios que asisten a las *txosnas*. Y no es que uno esté muy al tanto de la polémica, pero parece francamente fastidioso que un buen empresario se pase el año pagando impuestos para que luego, en la semana de caja abundosa, le crezcan los enanos.

Por otra parte, uno está a favor de los enanos (léase *txosnas*) sin los que las fiestas en cualquier punto de Euskadi ya no serían lo mismo. Habría en consecuencia que controlar, y desde luego muy seriamente, qué *txosnas*, liberadas de tantas

obligaciones fiscales, guardan en su seno fines no lucrativos, y qué otras juegan simplemente un papel empresarial. Nos tememos que este delicado deslinde será más complicado que el que realizan los sonómetros con el nivel de ruidos.

Por lo demás se perciben en esta Aste Nagusia unos saludables niveles de convivencia. Claro que decir algo parecido, en este país, es como una invitación al asalto. El nivel de decibelios político-callejeros resulta de momento francamente bajo, aunque aún faltan momentos estelares en que puede armarse follón. En general, conviene no felicitarse por lo bien que van las cosas (unas fiestas o cualquier otra circunstancia) porque eso, en Euskadi, representa una auténtica imprudencia. Crucemos los dedos, que es un ejercicio inútil, pero bienintencionado.

El sonómetro particular del que esto escribe detecta unos niveles aceptables de contaminación político-ambiental. Acorde con la bajada de la música, los tifones callejeros de Euskadi no azotan de momento Bilbao. La gente parece bastante preocupada en pasarlo bien y no están las masas muy predispuestas a ayudar a los políticos a complicarlo todo. Que incluso los inspectores dotados de sonómetro no se perciban como un cuerpo represivo es todo un signo de normalidad en el paisito. Nunca se vio semejante maravilla.

VERSIÓN MATINAL DE LA FIESTA

Incluso después de una noche francamente dura, hay que reunir los arrestos suficientes para sobrellevar con compostura un paseo matinal. Se trata de una de tantas obligaciones que desencadena en el que escribe la paternidad, esa condición natural en otros siglos y que, en nuestro tiempo, adquiere connotaciones de disciplina heroica.

Por las mañanas, el parque de Doña Casilda, como tantos otros parques de la villa, revela una vertiente distinta de la fiesta. Las bilbainadas cantadas desde la pérgola, los niños paseando de la mano de sus padres y ejércitos de personas mayores que toman en los bancos el sol del mediodía. Hay una rara placidez en las versiones matutinas de la Aste Nagusia: niños (muy pequeños) y adultos (muy mayores) conciertan una extraña alianza, un espacio propio en el que escasean las edades intermedias. Las edades intermedias, de existir en esos ámbitos, es cumpliendo funciones de guardia y custodia.

Los que tienen toda una vida por delante y los que ya han tenido lo suyo se encuentran en medio de la luz municipal, pública, serena, que el día les regala con justicia, porque durante la noche ya han dormido lo suficiente. Hay, por otro lado, una notable diferencia económica en esta otra parte de la fiesta. Si las noches festivas son caras y debe sobrellevarse con el continuo recurso a la cartera para financiar teatros, cenas y copas; las mañanas festivas, los espacios reservados

para mayores y pequeños, resultan, por el contrario, de una conmovedora gratuidad.

Las fiestas durante el día son gratuitas (porque la tarde, con sus entradas para los toros, configuran la primera amenaza de gasto y a partir de esa frontera todo cuesta lo suyo), aunque quizás el concepto de lo que es gratis en fiestas está mal aplicado. La administración municipal, después de todo, acostumbra a enfatizar la organización de muchas actividades que no precisan ningún desembolso, pero habría que recordar de dónde sale el presupuesto público, que al fin y al cabo siempre es de nuestros bolsillos. Incluso en eso aún nos hace falta cierta conciencia ciudadana, cierto orgullo de contribuyentes. Todo el agradecimiento que merezcan las instituciones por lo que hagan o hacen por nosotros sólo puede referirse a la gestión, pero no a la munificencia de un dinero que a todos nos pertenece.

Contemplando a los venerables ancianos que toman el sol en el parque y que acaso no gastarán una sola peseta en estas fiestas, habría que recordar sus indudables merecimientos: incluso esos bancos municipales donde descansan, donde charlan, donde dormitan, se los han ganado a base de trabajo, a base de muchos años de esfuerzo. Los bancos municipales son suyos por derecho, pero también por haberlos pagado sobradamente a lo largo de la vida.

CÓMO SE QUEDA EL CUERPO

Si hay algo que diferencia el final de unas fiestas, *strictu sensu,* del final de las vacaciones agosteñas es en cómo se queda el cuerpo. No importa incluso que, trágicamente, ambos sucesos coincidan en el tiempo. Las fiestas siempre dejan resaca, hastío, una cierta sensación de cansancio. Sería bastante duro vivir en una fiesta permanente y seguro que no habría cuerpo ni mente capaz de sobrellevar ese estado de excepción de forma ininterrumpida. La fiesta representa el límite y después del límite llega la convalecencia, el desistimiento, la necesidad de hacer un alto en el camino. Incluso, cuando la Aste Nagusia se ha vivido de un modo especialmente intenso, el fin de la fiesta se revela como una auténtica necesidad biológica.

Yo creo que cuando terminan las fiestas incluso nos invade una cierta sensación de alivio. Al fin y al cabo, la normalidad de la vida cotidiana resulta necesaria. Somos animales de costumbres y la existencia nos exige asideros sencillos, hábitos, íntimos repliegues donde todo sea más o menos previsible. La fiesta rompe con todo eso y precisamente la gracia de la ruptura está en su excepcionalidad.

Pero las vacaciones representan algo muy distinto. La vacación (el desistimiento de las obligaciones) supone por definición la sustitución de unas costumbres por otras. Si las fiestas son trajín, las vacaciones son descanso, y en el descanso es posible arrellanarse *ab aeternum,* dejar que la vida pase a

nuestro lado sin que casi lo notemos. Durante el verano, en un hotel, en un camping, en una finca o, qué demonios, en nuestra propia casa, la realidad adopta nuevos hábitos, pero lo hace con la misma vocación de permanencia que se predica de las costumbres invernales.

Si de la fiesta se desiste, de las vacaciones nos destierran. Estoy seguro de que a nadie le costaría demasiado arrellanarse en un perpetuo agosto y prolongar esa efímera condición de rentista que proporcionan las vacaciones pagadas. La retórica festiva exige que la despedida de Marijaia adopte tonos dolorosos, pero en el fondo la inevitabilidad del fenómeno resulta tan previsible como cualquier otra disposición del programa de fiestas (un programa de fiestas, después de todo, no es más que una diversión reglamentada), de modo que al final unas fiestas no llegarían a cumplirse si no se clausuraran.

El verdadero dramatismo está en la terminación de las vacaciones. Ahí, sí, oh cruel destino, se desarrolla el drama. Se trata de acabar con lo que quisimos estado de permanencia, lanzar por la borda las gozosas costumbres que construimos a lo largo de cuatro o cinco semanas y asumir de nuevo los hábitos laborales, la invernal monotonía de los días que se acortan. La fiesta se termina, pero las vacaciones también, y lo peor está en la segunda parte. Felicidades a los que aún les queden días por disfrutar.

ASTE NAGUSIA

BILBAO 2001 - ABUZTUAK 18 - 26 AGOSTO

2001

LA *JET* LOCAL

Por avatares de su vida privada, el que escribe recaló en Bilbao la semana pasada, en pleno puente (¿realmente existen puentes en agosto?) de la Asunción. Bilbao era un desierto, como si una bomba de neutrones, de esas que disuelven la materia orgánica y dejan intactos los edificios, hubiera caído sobre la ciudad. Había muy poca gente, poquísima, y el que escribe, en su voluntariosa intención de comprar el periódico del día, recorrió medio Bilbao hasta encontrar por fin un kiosco abierto.

Esta es una de las cosas que diferencian a Bilbao de Donostia. En San Sebastián las fiestas agosteñas se engastan con naturalidad en el devenir de la ciudad. Todo es un bullir de gente, en torno a la bahía de La Concha, antes o después del espectáculo festivo. San Sebastián es un prodigio veraniego provisto de playas, cursos de verano, hipódromos, festivales de cine y *jazzaldias*, mientras que Bilbao, al fin y al cabo, no deja de ser en agosto lo que otra ciudad cualquiera: un desierto de asfalto ardiente y persianas echadas.

Por eso la Aste Nagusia supone una gozosa y festiva fractura: de pronto, la ciudad está atestada. Es como si todos regresaran a la tierra prometida tras su exilio costero. Acostumbrados durante varias semanas a la *jet* habitual de las revistas (en términos generales, millonaria y madrileña), durante la Aste

Nagusia recupera su protagonismo la *jet* local. Hemos visto en papel couché los yates de ciertos famosos, sus *jaguars*, sus *mercedes*. La *jet* local es mucho más sobria (digamos que de trainera, o de Audi 100), aunque no hay que descartar que, más que modestia, lo suyo sea (por si acaso) prevenida discreción.

La plaza de toros volverá a convertirse en un multitudinario anfiteatro donde mirar y ser mirado, mientras en la arena se desarrolla el espectáculo de sangre. Si la *jet* de la revistas la configuran actrices, cantantes y honrados constructores como Ciudadano Gil, la *jet* local se ajusta, en cambio, a la modestia de nuestro PIB, donde las estrellas que más brillan son notarios, subdirectores de la BBK o altos cargos de la Diputación Foral. Una muestra más de la parca economía vasca es precisamente el gran peso que el sector público tiene en nuestra *jet* (del lehendakari al alcalde, pasando por diputados, parlamentarios o gerentes de organismos autónomos), en una demostración más de que la economía autonómica está muy socializada, porque en ella tiene más peso la casta funcionarial que el empresariado independiente.

Lamento, un año más, haberme quedado sin abono para los toros. Pero ¿qué se puede hacer cuando uno no está dispuesto a pasar por la taquilla? Sólo esperar lo que tantos otros: que caigan un par de entradas, de esas que se convierten, a lo largo del verano, en la dádiva preferida que circula por administraciones públicas y empresas privadas. Lamentablemente, un escritor siempre llega tarde a todas partes. Incluso a formar parte del famoseo provincial.

PRELIMINARES DE LA FIESTA

Ayer, el día inaugural de la Aste Nagusia, amaneció pasado por agua, cosa que debió de estremecer a los fans de 'Alaitz eta Maider', 'Tapia eta Leturia' y a los melancólicos seguidores de Luis Eduardo Aute, ese viejo filósofo irrompible. Habrá que desear, en todo caso, que las fiestas transcurran con buen tiempo: de otro modo todo se convertirá en un ejercicio de voluntad.

En las jornadas preliminares, el aroma de la fiesta se acercaba entre inquietantes, excitados preparativos. Las *txosnas* iban ocupando el dominio público y todos los vecinos recibían, en el buzón de casa, un utilísimo manual de instrucciones para el ocio. El ayuntamiento realizó su tradicional recepción anual, en un Salón Árabe dotado al fin de aire acondicionado. El alcalde Azkuna se permitió bromear sobre el asunto. Ciertamente, a partir de ahora, el salón será menos "árabe" de lo habitual: todos nos habíamos dejado algún que otro kilo en esa obstinada sauna donde los discursos oficiales, más que escucharse, se padecían, al tiempo que uno sudaba como un paquidermo, sin encontrar el momento adecuado para huir a la fresca.

Los concejales tienen trabajo por delante (Gorordo, Basagoiti, Oleaga y Melero, por ejemplo, ya han subido a las barracas) habida cuenta de que las labores de representación, durante la Aste Nagusia, les ocupan mucho tiempo. Por su parte, Azkuna emitió un bando propio de su legendaria ilustración: nos exhortaba al respeto y a la civilidad, y nos prevenía contra

las actitudes proclives "a la algarabía, al tumulto, al gamberrismo, en definitiva, a expresiones de agresividad y violencia". No se puede por menos de suscribir cada una de esas palabras. No llegué a entender, sin embargo, cierta apostilla final: "comportaos como bilbaínos que sois".

Estoy seguro de que a bilbaíno no me gana nadie (como mucho, algunos podrían empatar), pero eso de que ser bilbaíno determine, *per se,* ciertas elegantes maneras resulta francamente excesivo. Para nuestra desgracia, existen bilbaínos tumultuosos, gamberros, agresivos y violentos, ya que esto de ser de Bilbao no comporta condición nobiliaria. Quiero entender que el alcalde nos invitaba a sacar lo mejor de nosotros mismos, algo que más que con el bilbainismo tiene que ver con nuestra condición de buena gente.

Por otra parte, se han repetido tradiciones agosteñas muy propias de la ciudad. Por ejemplo, el habitual partido "Homenaje al socio" en que el Athletic se mide con algún equipo desconocido, entresacado de la compacta neblina de las ligas europeas o americanas. "El Athletic recompensa a la afición con un triunfo", decía la prensa al día siguiente. Y lo más triste es que tenía razón, que la afición se siente recompensada con estas mentirijillas. A ver cuándo el Athletic se anima a recompensar a la afición con una Copa de Europa.

Perdón, estaba de broma. Esta cabeza mía...

HASTA QUE EL CUERPO AGUANTE

La crónica festiva, según relata la prensa, adquiere con el paso de los días un cierto aire competitivo, atlético, más propio de unas olimpiadas que de una ociosa celebración. La única competición que parece imponer la fiesta es conseguir que el cuerpo aguante.

Uno no sabe cómo se vive la fiesta en las redacciones (quizás con franca abnegación: trabajo obliga) pero los periodistas se hunden psicológicamente en el fervor festivo y consideran esto de la Aste Nagusia como un desafío a nuestra capacidad de resistencia biológica. Aún no han aparecido explícitamente, pero seguro que lo harán. Son esos titulares heroicos, épicos, tenaces, que airean la maratoniana capacidad de la multitud para seguir adelante, para bailar, para beber, para seguir despiertos, más allá de todo límite de resistencia. "Hasta que el cuerpo aguante", "Ni un minuto de descanso", "Resistiendo hasta el último día", "Aún quedan ganas de fiesta", "Hay que llegar al final".

Los cronistas nos invitan al dolor resistente, a vencer la extenuación, a prolongar la vigilia en una orgía de desenfreno. "Seguimos adelante", "Un esfuerzo más", "Rotos, pero contentos", "Hasta el último aliento", "Hacia el impulso final". En la prensa hay algo que trastoca la Aste Nagusia en una especie de Larga Marcha maoísta, donde el esfuerzo por llegar hasta el refugio se ve salpicado por cadáveres, por heridos, por

pusilánimes que desisten o claudican. Se impone la vigilia, el esfuerzo, la prolongación de la fiesta más allá de todo límite humano, y uno lee estas cosas cariacontecido (o acaso verdaderamente intrigado) pensando cuántos verdaderos bilbaínos serán capaces de pasarse una semana de vigilia sin acceder a la tregua del sueño.

El legendario lenguaje de las crónicas se va agravando a medida que pasan los días y concentrará sus titulares más denodados e invencibles para el próximo fin de semana, cuando la fiesta se transforme en una especie de ruidosa y prolongada traca final. De hecho, el viernes es Día Grande, el Día Grande de la Semana Grande. Jamás se conoció mayor apoteosis de enormidad.

Buen ánimo, esfuerzo, capacidad de resistencia. No hay que doblegarse al sueño y al cansancio. Este es el mensaje que va a precipitarse a lo largo de los próximos días. Los titulares marcarán la épica de la fiesta en medio de un rebozo de fotos orgiásticas, que habrán sido testigos de la parafernalia festivalera de la noche anterior. "Hasta que el cuerpo aguante", volverá a escribirse, como en otros años. Hasta que el cuerpo aguante, en efecto, o bien, a la vista de ciertos sacos etílicos que decorarán las calles, habría que decir más bien: "hasta que el cuerpo aguantó".

HOTELES

La empresa High Tech va a invertir 500 millones de pesetas en la renovación del antiguo Hostal Arana, situado en el Casco Viejo, que es como decir en el corazón de Bilbao, y la noticia se hace pública en plena Aste Nagusia, quizás con el ánimo de dar a los guiris que nos visitan alguna razón para volver. Lo cierto es que ahora que en Bilbao, por fin, habían hecho aparición los turistas, un par de cosas estaban claras: primero, que era necesario ampliar la oferta hotelera y, segundo, que había que diversificarla.

Durante algunos años trabajé en una asociación municipal que acostumbraba a concertar reuniones de cargos locales europeos. Los ediles de Europa Occidental no tenían problemas de dinero (antes al contrario, su visita a Bilbao tenía siempre una vertiente lúdica, a veces sospechosamente prioritaria sobre cualquier otra vertiente) y campaban por sus respetos en el Hotel Carlton, en el López de Haro, relajados ante la certidumbre de que los gastos no corrían de su cuenta, sino de la de sus ciudadanos. Pero siempre aparecía por allí algún alcalde checo, algún concejal polaco, tan embriagado de conciencia europeísta como escaso de recursos, al que uno, literalmente, no sabía dónde alojar. Aquellos voluntariosos políticos del Este, que venían con lo puesto, mantenían una dignidad profesional (y una conciencia cívica) completamente ajena a la chupopterología (permítase el palabro) eurofuncionarial.

Pretendían gastar poco, pero ahí venía el problema: era difícil encontrarles un acomodo barato en el centro de la ciudad, y uno rebuscaba entre fondas, pensiones y camastros, a la espera de encontrar algún lugar relativamente digno, donde pudieran pernoctar sin acoger piojos, garrapatas o ladillas en su humilde pelambrera.

Desde hace algunos meses Bilbao es el anuncio sucesivo, recurrente, de nuevas iniciativas hoteleras, pero esta es la primera vez, con el viejo Hostal Arana, en que no hablamos de grandes y lujosos hoteles internacionales donde respirar cueste un par de dólares (por minuto), sino de razonables y cómodos asientos para gente de mediana condición a la que el dinero le sigue imponiendo respeto.

Está bien que el turismo al que aspira esta ciudad sea "de alto poder adquisitivo", pero no estaría mal, siguiendo la jerga económica, que pueda también "ampliar su segmento". Yo frecuenté hace tiempo aquel curioso turismo de servidores públicos que manejaban con soltura tarjetas de crédito pagadas por el pueblo, pero convendría recordar que el turismo, al margen de gerentes y políticos, está compuesto por una variopinta fauna grupal o familiar.

Al fin y al cabo, hasta es posible que los cargos públicos o los ejecutivos de grandes empresas lleguen a nuestra ciudad, alguna vez, en viaje estrictamente privado, y miren las facturas hoteleras con el mismo respeto con que lo hacemos los demás.

LA TRACA FINAL

Este largo fin de semana representa anualmente la apoteosis del ocio en Bilbao. Hoy es Día Grande de la Semana Grande, y hay un fin de semana por delante, y además estamos en agosto. Es el colmo de las razones para desistir de hacer algo productivo. Porque, en cierto modo, la fiesta es a lo largo de estos días una preparación para la apoteosis final. Aumentará el número de visitantes y correrán ríos de alcohol, ríos de orín.

Hace pocos días publicaba este periódico un enternecedor reportaje: eran los damnificados de la fiesta, los exiliados, los fugitivos. A lo largo de los últimos años se ha producido una restricción de los recintos festivos, pero sigue habiendo sectores de Bilbao donde el sueño o la convalecencia son un ejercicio de voluntad durante la Aste Nagusia.

Conmueve la resignación con que los alérgicos a la fiesta se ven obligados a padecerla, por no hablar de esas almas bienintencionadas que no dudan en dejar su casa durante algunos días para dormir en paz. Para ellos este fin de semana será sin duda una auténtica letanía.

Ignoramos hasta qué punto alcanza nuestro famoso hecho diferencial, pero lo cierto es que las nuestras son fiestas de inspiración mediterránea: todos en la calle hasta las tantas. Estar en la calle (esa afección por el aire libre, aunque éste sea de asfalto) es una de nuestras primigenias señas de identidad.

En esas circunstancias, que la fiesta genere algunos exiliados resulta un hecho irremediable.

El discurso políticamente correcto (y la inevitabilidad de los hechos) exigen aludir a la tolerancia, al buen humor, a la animosa resignación con que se deben sobrellevar el ruido general y la alegría ajena. Sin duda la fiesta quiere y debe ser transgresora, y quien propusiera con seriedad que no lo fuera estaría secuestrando su auténtico sentido.

Otra cosa es constatar uno de los paisajes más antipáticos del alma humana: que la alegría de los demás, cuando no es compartida, resulta insoportable. No estamos psicológicamente preparados para que a nuestro mayor enemigo le toque la lotería y, del mismo modo, al que no disfruta de la fiesta le revienta en grado superlativo que disfruten los demás.

Quizás sumarse a la Aste Nagusia sea el único modo de no agriarse el carácter. Ese es el único consejo que podría darse a quienes no soportan estos días. El que escribe, por su parte, siempre se resigna a la fiesta, y tal resignación puede materializarse en devorar un estofado de rabo de vacuno (acompañado de buen vino) en uno de los locales más castizos de la ciudad. Eso ocurrirá después de escribir estas líneas y algo antes de que se publiquen. No es mal plan.

URINARIOS DE CAMPAÑA

Es encomiable el esfuerzo municipal por paliar del mejor modo posible las consecuencias más desagradables de la fiesta. Algo huele mal en la Aste Nagusia (*"Something is rotten in the State of Denmark"*, como dijo Hamlet; se acuerdan, ¿verdad?), cada vez que la noche va avanzando y el alcohol se transforma en todo un desafío a las leyes de la continencia biológica.

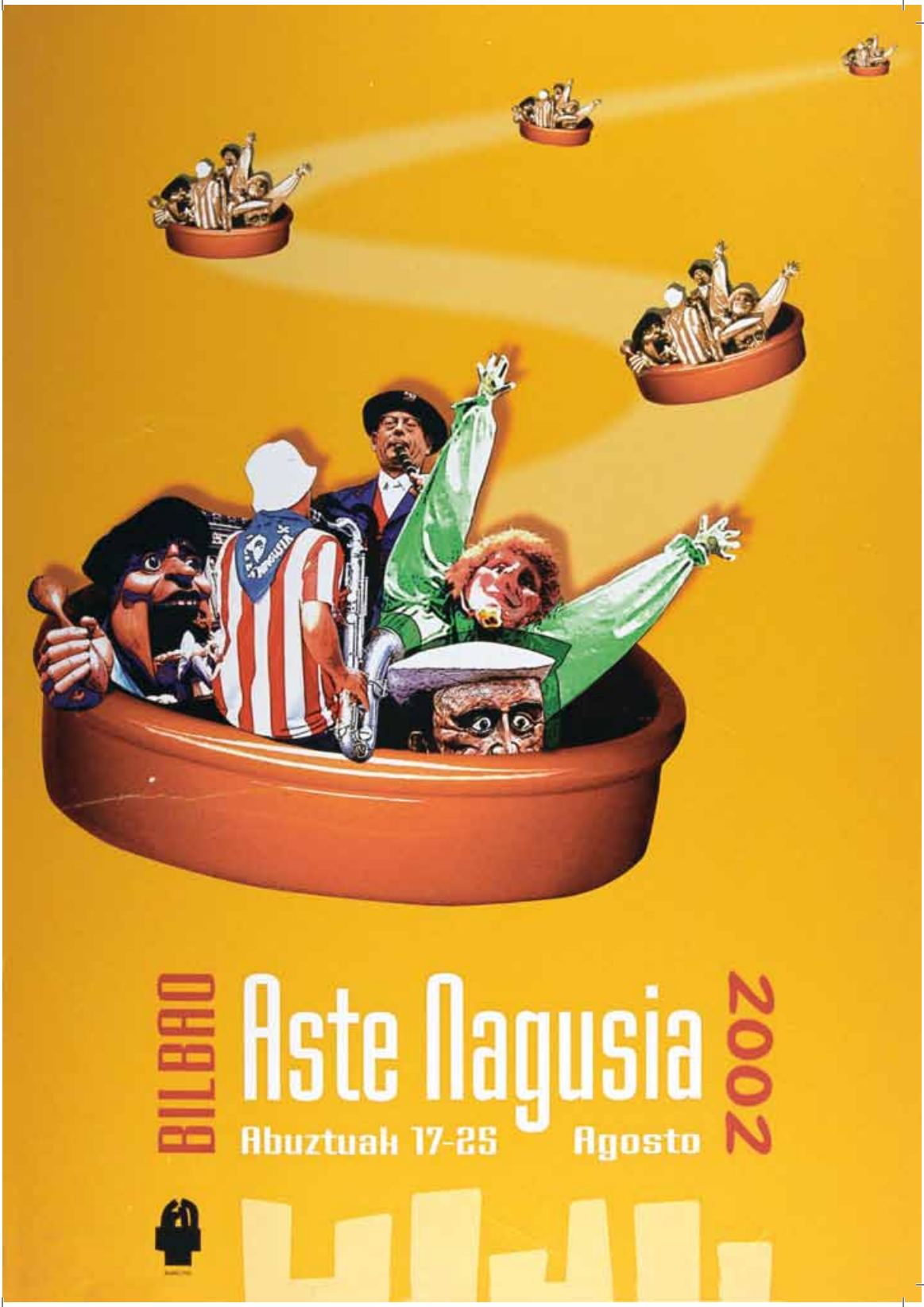
Los urinarios de campaña, instalados en puntos neurálgicos, no representan ninguna novedad, aunque quizás sea apreciable que su número crece año tras año. Es como si las previsiones municipales volaran por los aires ante la constatación de que el personal, a fuer de ser sinceros, orina más de lo previsto.

Las multitudes aglomeradas en el Casco Viejo, en la prolongada hilera de *txosnas* que configura El Arenal, representan, potencialmente, el oceánico caudal de un río amazónico. De hecho, tarde o temprano, se desencadena la crecida. El alcohol fluye por vía extravenosa y miles de aparatos digestivos, de laboriosos mecanismos nefríticos, trabajan sin descanso por liberar el exceso de materia líquida. Ningún chupinazo, de esos que concitan la aglomeración de miles de bisoños ciudadanos en torno a botellas rellenables, se ha visto desde esta perspectiva: la de una potencial marea amarilla. ¿Cuántos hectólitros de agua no potable se evacuarán en las próximas horas? *Allí los ríos caudales, allí los otros medianos, y más chi-*

cos, dijo un poeta. Ríos, en palabras de otro eximio vate, *que no desembocan.*

Una de estas noches, en el tránsito distraído por la ciudad, el que escribe topó con uno de los centros neurálgicos de la fiesta, donde la juventud en pleno disfrutaba de amancomunadas costumbres. Nosotros lo llamábamos "ir al roce". Quizás ahora se rozan más, quién sabe. En varios lugares de la plaza aparecían los peculiares urinarios, denominados, con eufemismo idiota, "WC químicos", junto a los que hacían colas (larguísimas colas de paciencia) un profuso mosaico juvenil de carácter femenino. La incontinencia comenzaba a dibujar en los rostros las primeras muecas de desesperación, la apremiante necesidad de encontrar algún alivio.

En fiestas, una caudalosa lluvia amarilla (más o menos pública o privada en su impetuosa emisión) discurre por las aceras, genera riachuelos, pocillos, o lisa y llanamente inficiona la piedra inaugural de comercios y portales. De algún modo inexplicable, como en una portentosa obra de ingeniería, la ciudad consigue tragárselo todo. No deja de ser un curioso milagro, apuntalado cada mañana por el abnegado trabajo de las brigadas municipales. La Aste Nagusia hace correr ríos de tinta. Y muchos otros ríos. Los más inevitablemente humanos.


BILBAO
Aste Nagusia
2002
Abuztuak 17-25
Agosto

2002

GAUTXORI

Según anuncian los medios de comunicación, las administraciones están echando el resto: entrar o salir de Bilbao en transporte público va a ser fácil esta Aste Nagusia, y lo va a ser incluso a lo largo de la noche, cuando los últimos resistentes de la fiesta decidan retirarse, ya bien iluminados por la llegada del día.

Todos se han unido en la tarea, lo cual no suele ser fácil, en estos curiosos territorios en los que actúan más administraciones públicas que cuerpos policiales. Así, en el entorno metropolitano, Renfe ha aumentado en cuarenta el número de trenes que funcionaron el año pasado. El metro también ha aumentado sus frecuencias. Bizkaibus, por su parte, conecta la capital con otros municipios mediante líneas directas, y el Ayuntamiento ha reforzado el servicio Gautxori para facilitar el tránsito nocturno entre el centro y los barrios periféricos.

Uno ya no tiene el cuerpo para vigilias prolongadas, pero hay que mostrarse satisfecho por la eficacia de estas acciones concertadas, en que los políticos demuestran que, a veces, es posible incluso trabajar en interés de los demás. Se trata de que los jóvenes, sobre todo, eviten desplazarse en coche, y que lo hagan precisamente en esos momentos en que sin duda han modificado su talante espiritual con diversos estimulantes. La íntima tragedia de la juventud siempre ha sido esa: teniendo toda

una vida por delante, no se es consciente al mismo tiempo de su enorme fragilidad. Por eso a muchos jóvenes la vida se les escapa, prematura, absurdamente, en un accidente de coche o de moto, sin que tengan ya oportunidad de arrepentirse por aquel acelerón extemporáneo, aquel adelantamiento impetuoso.

Confortará a los padres y a las madres (esas "madres terribles" de las que habló García Lorca) saber que sus polluelos se mueven al ritmo que marca para ellos un profesional, un conductor que seguramente llevará a mano una imagen de San Cristóbal. Y saber que la posibilidad de ese traslado se extiende por la noche resulta una juiciosa medida, que sin duda saldrá cara (cara a los contribuyentes) pero cuyo efecto final resultará precioso. Nunca llegaremos a saberlo pero, gracias a la vigilia de los transportes públicos, algún joven cuyo nombre jamás sabremos llegará este año pacíficamente hasta su cama después de una larga noche de fiesta, en vez de dejarse la vida en la sempiterna A-8, que hace tiempo se ha convertido en un cementerio de imprudentes.

Supongo que los servicios de transporte para *gautxoris* recalcitrantes tendrán también otras ventajas. Entre ellas, aliviar las calles de Bilbao del insoportable tráfico rodado. Si aparcar en Bilbao era ya un milagro, hacerlo durante la Semana Grande, en hora punta, sería objeto de monográficos en las revistas científicas de psicología de masas. Lo del tráfico y Bilbao es una novela surrealista. El nuevo sistema de estacionamiento diseñado por el Ayuntamiento (que exige el título de ingeniero de caminos, canales y puertos para entenderlo del todo) sólo pudo concebirse desde un punto de vista intimidatorio: se trataba de desanimar a la gente, quitarle las ganas de aparcar, obligarle a tomar el transporte público y renunciar definitivamente a encontrar en Bilbao abrigo para su vehículo.

Cuando las cosas se ponen tan difíciles al menos hay que agradecer que se obre en correspondencia, ofreciendo a la ciudadanía toda clase de facilidades para desplazarse en transporte público. Y eso, en fiestas, exige premeditación y nocturnidad.

AVENTURA EN LA SABANA

El que escribe tuvo que plantarse hace poco en las barracas del parque de Etxebarria, cumpliendo su papel de padre protector que aún cuenta con cachorros tempranos. Cuando los cachorros son demasiado pequeños como para jugar libremente en la sabana, el león macho debe acompañarlos en sus selváticas pesquisas, lo cual pasa, en las barracas de feria, por subirse a toda clase de diabólicos artefactos.

El otro día, el que escribe no pudo zafarse del terrible compromiso. El cachorro se abalanzó ebrio de entusiasmo sobre un armatoste de grandes dimensiones (una novedad ferial en la Aste Nagusia) compuesta por un prolongado itinerario lleno de sorpresas mecánicas, ruedas dentadas, rodillos y cintas transportadoras diseñadas para correr en dirección contraria a la que la víctima desearía. Dejar solo al cachorro en aquella obra maléfica hubiera sido peor que abandonarlo en la sabana al alcance de una jauría de hienas, de modo que al que escribe (un teórico de la existencia, y escaso de recursos para la vida práctica) no le quedó otro remedio que meterse también en las tripas de aquella cosa y asegurar con su presencia tutelar la supervivencia de la prole.

Allí fueron los accidentes, los traspiés, las caídas de todo tipo, una vertiginosa sucesión de desgracias de tercera que el cachorro iba salvando con buen ánimo mientras que el padre protector oraba por lo bajo, inseguro ante su suerte final (la

suya, no la del cachorro). En el último recodo del invento esperaba una especie de barril giratorio que había que salvar sin libro de instrucciones, una trampa en movimiento que el cachorro atravesó a dos manos, ayudado desde una parte por el que escribe y desde la otra por un empleado de la feria emplazado allí a estos salvíficos efectos.

Pero lo peor vino más tarde, cuando el padre se las tuvo que ver también en las entrañas del barril giratorio, y mientras extendía una mano de auxilio hacia el empleado de la cosa, tuvo que oír la siguiente respuesta, terrible en su inflexibilidad: "Oiga, que la ayuda es para los pequeños, no para los padres". Es lo malo de ser un teórico, un analista, un literato: que en los barriles giratorios uno se desploma como un peso muerto y provoca en el distinguido público toda clase de sonrisas y entusiasmos.

Al fin el cachorro salió de la excursión por la sabana completamente indemne, mientras que el que escribe cumplió como pudo con su papel de macho protector, de asegurador de la perpetuación de los genes de la especie. Lo más diabólico de aquel terrible artefacto, que se ha convertido ya en una de las atracciones más exitosas de entre las emplazadas en el parque de Etxebarria, es que la sucesión de accidentes y desplomes se produce a la vista de todos, como si uno se hubiera convertido en un mono de feria consagrado a entretener a los demás.

A veces esto de ser intelectual se las trae, porque uno olvida las más elementales técnicas de supervivencia en la sabana. Afortunadamente este periódico siempre ha tenido la piedad de no reproducir en un cuadrito el rostro de sus articulistas. Como se es una firma (sólo una firma), uno puede atravesar los obstáculos de un artilugio de feria, trompicarse, caer cientos de veces, y entretener así al distinguido público, en medio de un vasto, acogedor y misericordioso anonimato.

EL TELÉFONO EN FIESTAS

Incluso las llamadas telefónicas, durante la Aste Nagusia, tienen un aire distinto, como si una perpetua vigilia permitiera llamar a cualquier hora, en la seguridad de que el receptor de la llamada se encuentra siempre disponible. Claro que la disponibilidad humana no escapa a las leyes biológicas: si uno vive estos días por la noche, no parece piadoso llamarle al mediodía, y si uno a pesar de todo se acuesta a horas razonables, llamar de madrugada es una crueldad.

El que escribe, curiosamente, ha llegado este año a un extraño equilibrio. Quizás porque no se está acostando a las cinco de la madrugada, pero tampoco a las once de la noche. No se trata de un pacto con la realidad, sino de un mero accidente, pero lo cierto es que, al final, uno llega a la extraña conclusión de que sí, de que estar disponible al teléfono, a cualquier hora de la Aste Nagusia, se está convirtiendo en una realidad.

Ayer (por anteayer) sin ir más lejos, una cálida cena en pareja, en un renombrado restaurante de Bilbao concluyó con cafetito y copa en la alta terraza del Museo de Bellas Artes (marco incomparable donde los haya, ya que uno parece habitar en las copas de los árboles del parque), y el que escribe hizo uso de su móvil, con la extraña obstinación de seguir los pasos de amigos y familiares, que habían escogido otros derroteros a la hora de seguir la fiesta. De ese modo, los partes informativos se sucedieron sin parar, desde calles atestadas de gente, o desde no

menos atestados restaurantes donde los informantes declaraban engullir una ración de gambas a la espera de un chuletón. Sólo los asistentes al teatro, como es lógico, no pudieron echar mano a su móvil para confesar dónde estaban. La noche se transformó en una divertida relación de datos, entresacados del conjunto de la ciudad, como si uno contara con una constelación de espías que recorrieran la fiesta para informar sobre la temperatura del jolgorio en cada punto del mapa.

Pero como el que escribe sigue siendo bueno, la noche le atrapó en la cama no más tarde de las dos, de modo que comprobó cómo a la mañana siguiente las llamadas, esta vez de los más madrugadores, se sucedían sin parar, y allí estaba uno también, para contestar lo que hiciera falta. Fue tomar conciencia de que en la Aste Nagusia también se trabaja, y no sólo en el atareado mundo de la hostelería, donde cualquier jornada laboral es un verdadero sacrificio, sino también, y quizás sobre todo, en los medios de comunicación. Los periodistas son también mártires de la fiesta, obligados a narrarla mientras que otros disfrutan de ella.

El prodigio de mi disponibilidad telefónica supuso que dos buenos amigos, Carlos Bacigalupe y Arantza Lezamiz, me involucraran en distintas iniciativas radiofónicas, ambas vinculadas con las fiestas, pero que, irremediablemente, también constituyen una forma de trabajo.

Al final los periodistas trabajan (trabajamos) bastante a lo largo y ancho de la Semana Grande. El que escribe respondió a las llamadas telefónicas pertinentes y no dudó en prestar voz y pluma a las propuestas de sus amigos, ello sin contar con la diaria redacción de esta columna, que mediatiza también la farra de la noche anterior, ante la necesidad de encontrarse bien por la mañana.

Lo cierto es que uno estuvo siempre operativo al teléfono. Y eso, como periodista, se paga largamente durante estos días festivos.

ELOGIO DE LA TORTILLA

El otro día en El Arenal hubo generoso despliegue de tortillas. Se trataba del punto de arranque de los concursos gastronómicos de la Semana Grande. Y, a decir verdad, uno siempre se siente reconfortado ante el fenómeno, y cuando digo fenómeno no hablo tanto de los concursos gastronómicos como de este concurso en concreto, el de tortillas, que en las fiestas se convoca en dos modalidades: de patata y de bacalao. Es una forma de demostrar que la esperanza aún existe y que no debemos dar definitivamente por perdida la guerra contra la hamburguesa.

Un amigo mío siempre dice que el ingenio del ser humano no se mide tanto por hazañas portentosas (digamos, enviar cohetes al espacio) como por la concepción de inventos humildes pero extraordinariamente curiosos (digamos, la cremallera). De la tortilla de patatas puede decirse algo parecido. En vano intentarán los genios de la cocina alumbrar nuevos contrastes de sabores, nuevas combinaciones de calamares con hígados de pato, o lomos de besugo con fuertes salsas de caza. Lo mejor, quiéranlo o no, está inventado. Y lo mejor, en la cocina, pasa también por inventos humildes y sencillos como la tortilla, la benemérita tortilla de patatas.

Mi amigo, el admirador de las cremalleras, también dice que la única patriotería verdaderamente legítima es la gastronómica. "Como aquí no se come en ninguna parte". Esa es una de las fra-

ses que repetimos sin cesar y me temo que siempre con absoluta convicción. Todavía más, me temo que entre los vascos esto de viajar sólo sirve para confirmar su nacionalismo culinario.

Realmente un estómago contemporáneo, abierto, no debe de hacer ascos al germánico codillo asado, al cuscús norteafricano o al colorista arroz tres delicias, pero a pesar de todo es difícil que reneguemos de nuestra propia tradición. Está bien probar de todo, pero quizás nos limitemos a probar. Por el contrario, donde habría que mostrarse virulentamente militantes es en la resistencia a la comida anglosajona, ese batiburrillo de sustancias insalubres.

Antes de la Aste Nagusia, el que escribe ha pasado unos días en un hotel del sur. Allí se metía diariamente, entre pecho y espalda, ese "desayuno internacional" lleno de tajadas de bacon grasiento y huevos fritos, que ha debido de poner sus tasas de colesterol por las nubes. Y junto a ello, al regreso, la sempiterna hamburguesa, a la que uno recurre a veces porque no le queda más remedio, habida cuenta de que ya hay casi tantas hamburgueserías como sucursales de la Bilbao Bizkaia Kutxa.

Por todo eso hay que agradecer el liderazgo culinario que las fiestas de Bilbao reconocen a la tortilla. El concurso, en sí mismo, representa toda una filosofía: nada hay en la tortilla de casual. Su elaboración exige la misma disciplina de los platos más exigentes. Como sabe cualquier aficionado a su ingesta, no hay dos tortillas iguales. Cada una de ellas viene intensamente personalizada por la mano de su creador o creadora. En efecto, la tortilla, concepto platónico, se transfigura en una serie de tortillas particulares cuya serie tiende a infinito. Auténtica cocina de autor. Y degustación de paladares escogidos.

En efecto, nuestra civilización aún no ha muerto. Mientras la tortilla siga plantando cara a la hamburguesa, la cultura europea estará a salvo.

NUBARRONES

Lo que queda de las fiestas de Bilbao empezó ayer con una intensa lluvia matutina, que luego pareció abrir prometedoramente el día y volvió, sin embargo, a cerrarse algo más tarde. El tiempo se había mostrado hasta ahora generoso con la fiesta, comentario que no deja de tener su gracia tratándose del mes de agosto. La lluvia ha formado parte de este verano de forma indisoluble y sólo la llegada de la Semana Grande consiguió que se volviera indulgente con nosotros, aunque en los toros, algunas tardes, el respetable mirara constantemente hacia el cielo, agradeciendo el fresco, pero rogando que no cayera una gota.

Por lo demás las fiestas van consumiendo sus últimos minutos, y cuando se publiquen estas líneas a Marijaia le quedarán ya muy pocas horas de gobierno. El círculo de las fiestas se va cerrando implacablemente, dejando un poso de melancolía anticipada, en la seguridad de que, para nosotros, los bilbaínos, que al mismo tiempo cerramos el ciclo de las fiestas sucesivas de las capitales vascas, el fin de nuestras fiestas reúne muchos otros fines: el de las vacaciones, el de agosto, el de la libertad de movimientos.

Las sociedades modernas son cada vez más complejas, pero al mismo tiempo circunscriben nuestras vidas a unos márgenes estrechos. Un trabajo te ata a una ciudad, a unos trayectos cotidianos, a unas pautas horarias llenas de disciplina y de previsibilidad. Incluso los períodos de descanso se encuen-

tran rigurosamente tasados. Eso los convierte en especialmente valiosos, en islas de descanso que salpican un calendario delimitado por obligaciones laborales, familiares y sociales, que se extienden implacablemente a lo largo del año.

Este verano pasado por agua quizás nos ha evitado las insolaciones, pero no ha afectado a las fiestas urbanas. En ese sentido, la Aste Nagusia ha salido relativamente indemne. Ahora sólo nos falta apurar los minutos que quedan de la fiesta y convertirlos en un atributo más del mes de agosto, ese mes que incluye también, año tras año, la levísima tristeza de que unas fiestas se acaben.

No queda otro consuelo que prever la posibilidad de unas remotas fiestas, la vaga preparación de nuevas cenas en cuadrilla, la expectación ante otros fuegos artificiales que también teñirán de colores la inmensidad oscura de la noche, la excursión anual a las barracas, en compañía de los ojos asombrados de un niño.

El mundo político amenaza con amargarnos la entrada del otoño y no son precisamente días claros y luminosos los que parecen esperarnos a la vuelta del camino. Quizás esa es otra buena razón para agotar las posibilidades de la fiesta: la certidumbre de que el curso que se nos viene encima traerá malos vientos, y aún mayores dificultades para vivir en esta tierra.

Neblinoso verano de cielos grises y días moderadamente frescos. Poco tiempo por delante antes del regreso a la vida de todos los días. Quizás lo único que puede hacer el articulista, en un día como hoy, es invitar a disfrutarlo con buen ánimo. Después de todo, uno siempre ha tenido claro que la fiesta no es algo objetivo, no es un programa municipal ni una parafernalia de *txosnas* y barracas. La fiesta la lleva uno en sus ganas de disfrutarla. La fiesta es la voluntad de pasarlo bien por encima de las mayores o menores facilidades que para ello ponga el exterior. La fiesta, como la procesión, siempre va por dentro.

FINAL DE FIESTA

Todos los fines de fiesta se parecen, pero cada Aste Nagusia acaba siendo distinta; es distinta porque siempre resulta distinto el modo de vivirla. De todos modos, la crónica exige aludir a las opiniones más extendidas acerca de la edición de este año.

Una de las más felices es la agilidad de los servicios de limpieza municipales, su obstinación en inaugurar cada nuevo día en condiciones decentes, a pesar de que ello supusiera iniciar el trabajo de madrugada, precisamente en esa tardía hora en que la fiesta desistía de sí misma. Las fiestas de Bilbao han aumentado su "umbral de tolerancia" y se han convertido, más que nunca, en unas fiestas para todos. Quizás en eso la Aste Nagusia ha ido ganando con los años. Su febril actividad abarca un espectro amplio que abarca a todas las edades y a todas las condiciones sociales. A lo mejor esta edición, la vigésimo cuarta del invento, ha necesitado de todas las ediciones anteriores para alcanzar el equilibrio, un equilibrio inestable, a pesar de todo, porque siempre habrá problemas con la música.

El que escribe hace unos pocos días asistió a (y participó, con mucho tiento, en) la enésima discusión radiofónica acerca del volumen de decibelios en la noche bilbaína. Incluso entre los más recalcitrantes se reconocía una cierta bajada de volumen de la fiesta, aunque este descenso aún no les parecía suficiente. Parece claro, de todos modos, que nadie puede esperar que las fiestas transcurran en medio de un aristocrático silencio

o de un levísimo murmullo. Habrá que seguir demandando paciencia a los más exigentes. Y ciertamente nueve días pueden ser muy largos, pero estos nueve días son al mismo tiempo aquellos en que el ruido debe ser más perdonable.

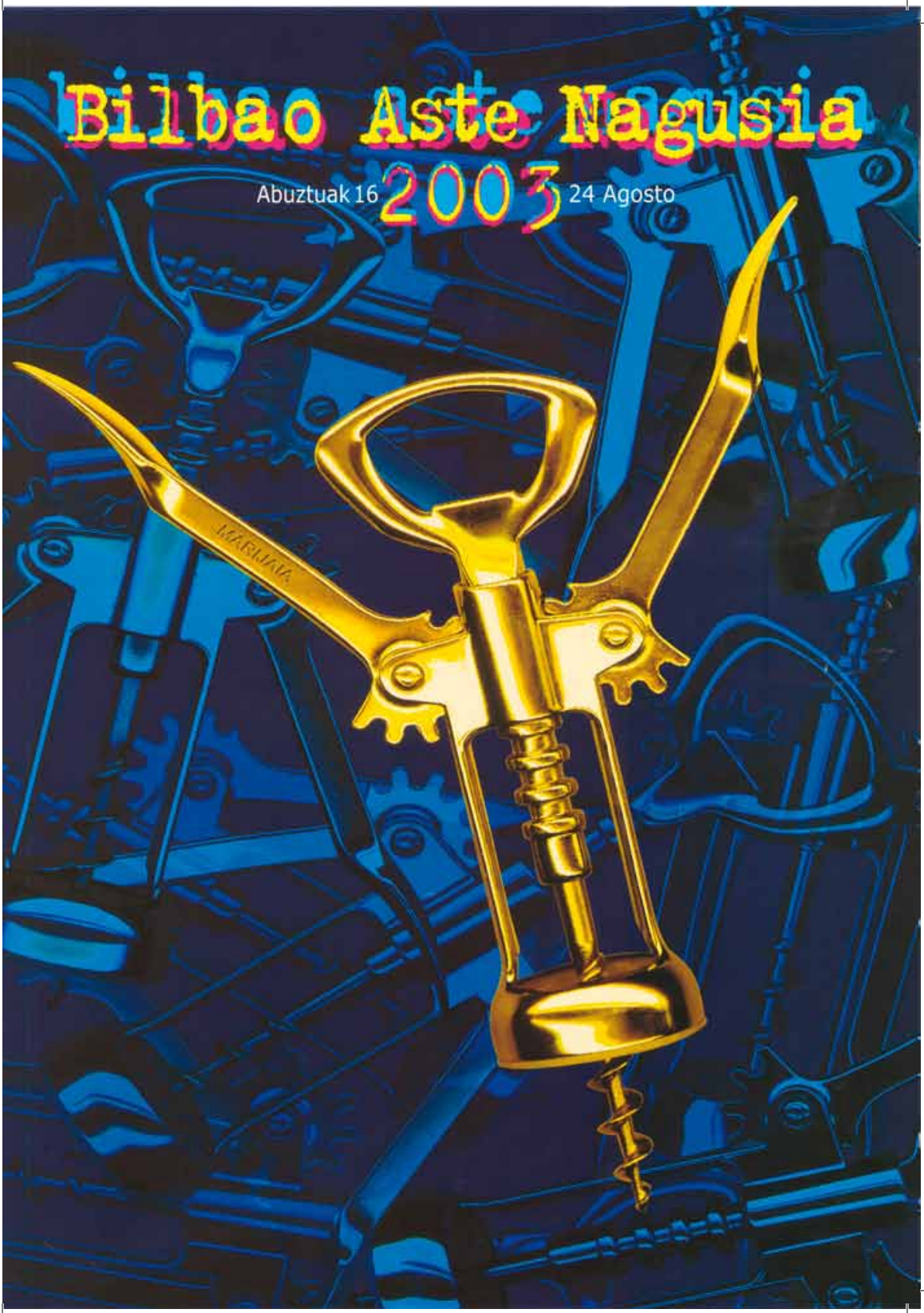
Por lo demás, estas líneas se publican ya al margen de la fiesta y ello las hace siempre complicadas. El saldo final también acabará siendo rigurosamente personal. Introduciendo una mínima variante en el dicho tradicional: todo el mundo habla de la fiesta según le ha ido en ella, de modo que también en esto las versiones serán para todos los gustos.

La fiesta del que escribe ha estado llena de encuentros con parte de esa gente que no vive en Bilbao pero que regresa a su ciudad en vacaciones, y ese es otro buen motivo para saludar la Aste Nagusia. El encuentro, o el reencuentro, es un fenómeno propicio para la fiesta. Quizás el reencuentro se produce en esos días con mayor euforia que en cualquier otro momento del año. Los amigos que dejé de ver, pero que ahora he visto de nuevo: espero tenerlos al alcance de la mano en las próximas fiestas.

Cerrado el ciclo de otro año, sólo queda armarse de valor, quizás recurrir a la lectura de los filósofos estoicos y esperar con templanza inquebrantable la reentrada del otoño. Incluso el toque de magia que las fiestas proporcionan a una ciudad es también magia de cartón piedra: todo vuelve a las maneras de costumbre y no resulta oportuno quejarse, más que nada porque no existe alternativa. El fin de fiesta, por otra parte, nos iguala a los lectores de la edición vasca de este periódico: ninguna irreductible provincia tendrá ya que aguantar el ambiente festivo de cualquiera otra. Después de disfrutar por separado, ahora volveremos a compartir lo de siempre: los habituales problemas del paisito.

Bilbao Aste Nagusia 2003

Abuztuak 16 24 Agosto



2003

EL CALDO INAUGURAL

Por fin comienza la Aste Nagusia del XXV aniversario, y la villa recobra las maneras del Bilbao festivo y zumbón al que ya estamos acostumbrados. Uno llega a Bilbao mañana, pero informadores estratégicamente dispuestos en la villa, a lo largo de los días antecedentes, volvían a dar cuenta del estado desértico, espectral, del territorio. Y esa es la diferencia fundamental con las fraternas fiestas donostiarras: que en San Sebastián, haya o no fiestas, el verano siempre es verano, mientras que en Bilbao hay menos personas por metro cuadrado que en el desierto del Kalahari, salvo en Semana Grande, en que no hay modo de dar un paso sin pisar los pies a alguien. Las fiestas marcarán su tradicional trayecto ascendente hasta el próximo fin de semana, que configura en sí mismo toda una traca final. El viernes que viene es el Día Grande de la Semana Grande, así que ahí ya no cabe mayor grandeza: sencillamente estallaría el calendario.

La crónica festiva arranca con el acontecimiento chupinero. El alcalde dirigió a través de los medios las palabras de rigor, invitando a propios y foráneos a pasarlo bien. Azkuna afronta las fiestas con buen ánimo, y eso a pesar del sinsabor que supuso la caída de la torre, la torre de Abandoibarra, aquel *zigurath* moderno desde el que la Diputación foral iba a controlar nuestros bolsillos. No, ya no habrá torre, quizás porque

Diputación prefiere, puesta a escudriñar el patrimonio popular, repartir los centros de observación por toda la ciudad.

Lo que queda del acto inaugural fue el inaudible (e inaudito, por lo no oído) discurso del pregonero, y el ligero temor de la chupinera a la hora de esgrimir el arma. Yo no sé qué pasa, por otra parte, con las retransmisiones festivas, pero hasta la de San Fermín, prodigio del desenfreno, parecen más limpias que las de Bilbao. Las de Bilbao son un amasijo de harina y espumosos que las cámaras recogen con fidelidad del neorrealismo italiano, o de esa otra tradición denominada realismo sucio. Para sucio, a lo que parece, nada como el chupinazo de Bilbao. Este año hasta se oía como ruido de fondo el crepitar de las botellas de cristal, que los servicios municipales recogían después de la pachanga.

El chupinazo se resume en una explosión festiva gobernada por la harina, harina que emulsiona con líquidos diversos: el champán, el vino, el sudor y la saliva. Al final se genera un caldo rosáceo, digestivo, sobre el que la juventud retoza y se solaza. Desde luego, una de dos: o se trata de una tradición específica o la televisión autonómica refleja el arranque de la Aste Nagusia con una saña que no se permite en otras. Sea lo que sea, en el chupinazo bilbaíno hay algo orgánico, matérico, estomacal. Misterios de la televisión, habida cuenta de que luego, paseando por Bilbao, uno certifica que son fiestas bastante civilizadas.

Este año el caldo inaugural se vio potenciado por la lluvia, una lluvia pertinaz que no dejó de caer en la primera tarde de fiestas. Tras quince días de calor inmisericorde, la lluvia tenía que hacer presencia ahora, precisamente ahora. Ya es mala suerte. La suerte se alió con la harina, con los huevos rotos, con los regueros de champán, de vino y de diversos líquidos orgánicos, todo convertido en un denso caldo alrededor del teatro Arriaga. Claro que la estética digestiva del chupín inaugural vino apuntalada por una animosa reportera de ETB que, mientras iba realizando las entrevistas de rigor entre el gentío, deslizó el siguiente y pavoroso comentario: “Es que en Bilbao eso de ir mono ya no se lleva: hay que ir de guarro”.

Hombre, querida, la frase resulta discutible. Pero en Bilbao más que en ningún otro sitio.

MELTING POT

La Aste Nagusia cumple ahora 25 años, y uno no sabe qué cara poner ante el acontecimiento, porque en Bilbao, ciudad de pocas piedras viejas y menos aún de costumbres memorables, cumplir veinticinco años tiene algo de milenario.

Todos los años, por estas fechas, se realizan comentarios acerca del histórico arranque del evento, aquel espontáneo movimiento de rebeldía ante unas fiestas que casi no existían, unas fiestas imperceptibles, unas fiestas, en el fondo, profundamente aburridas. Era como si, garantizado el pan de todos en el tardofranquismo, y asegurada la continuidad de las corridas generales, el *panem et toros* en que se actualizó la fórmula latina hubiera alcanzado en Bilbao su reflejo más perfecto. Uno, que ya no es joven (pero las actuales fiestas tienen ya 25 años), no recuerda nada de aquellas antiguas fiestas, aunque quizás todo se resuma en que resultaban tan tristes que, sencillamente, no había en ellas nada que recordar.

Es cierto, sin embargo, que la nueva Aste Nagusia nació con ímpetu casi anarquista, un ímpetu que, combinado con la estética punk vigente en el momento y la atávica tendencia hacia lo cutre del pesaroso movimiento radical, hizo de ellas (como las de casi todo Euskadi, por otra parte) el monumento más pavoroso al feísmo que imaginarse pueda. De aquellos años duros (de aquellos años feos) quedan imágenes dantescas, como la de cierta excavadora que unos incontrolados pusieron en funcionamiento, de madrugada, e incrustaron contra

el café Boulevard, o la peregrina permisividad de aquel alcalde que accedió a negociar con las comparsas que ninguna fuerza pública, ni siquiera la municipal, entrara en el recinto festivo, en una asombrosa claudicación de sus atribuciones.

Ahora las fiestas han alcanzado un equilibrio entre la juerga y la mesura. Quizás ello tenga que ver con el cambio urbanístico que ha experimentado BIlbao. Cuesta decirlo, porque no tenemos costumbre, pero Bilbao se ha convertido en una ciudad bonita, una ciudad donde no tiene sentido una estética feísta e industrial de hierro y cemento desordenados. Hoy el Bilbao festivo cuenta con sus recintos estamentales, desde terrazas tranquilas hasta *txosnas* de juvenil agitación, pero la belleza de que se ha provisto la ciudad le ha exigido ampliar su vocabulario estético. Muy posiblemente la afluencia de guiris, fenómeno desconocido antes de la apertura del Guggenheim, nos haya dado una nueva visión de nosotros mismos, o nos haya obligado a mirarnos de otro modo, sin la ostentación tradicional de otros tiempos, pero sí con la relativa humildad de una ciudad que, paradójicamente, por fin ha encontrado su lugar en todos los mapas.

Y junto a los guiris Bilbao ha experimentado una segunda afluencia demográfica mucho más común a las ciudades de Europa: la de la inmigración, huestes de latinoamericanos, orientales y africanos que vienen a mejorar su suerte. Y esto ya no tiene tanto que ver con cómo nos miramos, sino sencillamente con cómo somos, o con cómo vamos a ser en los próximos decenios. Quizás el bilbainismo fanfarrón de décadas pasadas, que hacía de Bilbao una inverosímil capital del mundo, deba ahora extraer del imaginario americano una nueva denominación para seguir asentando en ella su orgullo: la de *Melting Pot*. Sí, Bilbao como una gran mixtura urbana donde se cruzan vitorianos y mozambiqueños, alemanes y alsasuarras. En fin una muestra escogida de Euskadi y de todo el mundo.

Al fin y al cabo, ese es el destino de todas las ciudades, de todas las ciudades que aspiran a ser grandes ciudades, y mucho de eso debe verse ahora, en las fiestas de Bilbao, para mayor gloria de la metrópoli de Euskadi.

LA BALLENA

Me encanta la ballena, lo confieso, esa enorme ballena azul de más de doce metros que ha sobrevolado Bilbao, por tercer año, en la Aste Nagusia. La parafernalia del desfile se hace más compleja cada vez (este año la ballena venía rodeada por una muestra gigante del mundo de los insectos, una muestra que habría hecho feliz a cualquier entomólogo) y los trastos realizan movimientos mecánicos cada vez más sofisticados. Son eso que en euskera se llaman *tramankuluak*: artefactos, cachivaches o cacharros, pero siempre con una connotación mecánica, cuya eficacia, sin embargo, despierta cierto escepticismo en quien así la denomina. Para un pobre peatón como yo, hasta los cohetes de la NASA tienen mucho de *tramankulus*.

Loa cacharros en cuestión eran espectaculares, pero nada quitaba protagonismo a la ballena, una ballena azul coloreada en tonos *naïf*, una ballena alegre y divertida. De las fiestas siempre se dice que desinhiben, apuntando hacia la juerga y el jolgorio, pero quizás lo hacen también de otra manera: nos vuelven niños, nos ilusionan con cosas tontas como una ballena azul de más de doce metros, dotada de una sonrisa sin mancha.

Sólo ese retorno a la infancia explica también que los autos de choque, los tiovivos, los puestos de tiro de las ferias, puedan volvernos locos y que en ellos disfrutemos como auténticos enanos. Otra cosa es que, si uno es padre, o tío complaciente, se provea de su propio enano como excusa para acudir a esos lugares. Y es que a algunos aún nos parece necesaria una coartada para eso. Cuestión de timidez.

Ignoro el origen de esta curiosa costumbre de la ballena azul, y pediría perdón por eso, pero el éxito de la iniciativa merece que se convierta en una tradición más de estas fiestas. Al fin y al cabo, Marijaia apenas tiene 22 años más que la ballena. Hasta podríamos llamarla su hermana menor. Ignoro si la ballena tiene una motivación ecologista, o si cuenta con un nombre propio, o si antes y después de los desfiles, durante el largo año anterior a cada Semana Grande, la ballena descansa en algún lugar concreto. Lo cierto es que me gusta.

Pero es que, además, tratándose de unas fiestas emergentes, cuya iconografía en ningún caso llega más allá del cuarto de siglo, no estaría mal incorporar la ballena, definitivamente, al muestrario festivo, para que los cronistas de las próximas centurias puedan documentar su primera aparición en el año 2001 y cómo han seguido pasando los años, las décadas, los siglos, poniendo en el cielo de Bilbao, a la altura de vuelo rasante, un enorme mamífero marino.

La parte infantil del festejo es una recuperación que suele realizarse con los años. En la juventud las fiestas son siempre algo nocturno y excitante. Pero el tiempo no perdona, y de pronto uno se ve rodeado de seres bajitos que no sólo le llaman *aitatxu*, sino que exigen que juegue con ellos. Se trata de un imperativo moral más fuerte que el célebre imperativo kantiano: los niños están ahí para disfrutar y uno, en tanto en cuanto responsable de su disfrute, o se vuelve como ellos o se acaba amargando la vida. En ese sentido, uno se ha hecho matutino, y uno se ha hecho, al mismo tiempo, más pequeño, revoltoso, capaz de disfrutar de esas otras fiestas que los noctámbulos, a menudo, ni siquiera llegan a sospechar.

El emblema de esas otras fiestas inocentes puede ser la ballena, la enorme ballena azul que surca la Gran Vía, con un vuelo asombroso, embriagante, absolutamente imaginario, tan imaginario como sólo pueden serlo las cosas de los niños. Creo que la ballena se merece que siga volviéndonos niños, cada nuevo agosto, por muchos años que vayamos sumando sobre los hombros.

LA *JET* DISCRETA

Al mundo del corazón (eso que se llama corazón, o periodismo rosa, que es la forma de periodismo más amarilla que imaginarse pueda) ya no le resultan suficientes las revistas de papel couché. El corazón invade ahora las televisiones, acaparando horas y horas de programación matutina y vespertina, e incluso encuentra asiento en la prensa diaria, dando codazos aquí y allá, entre las páginas de Internacional o de Cultura. Lo cierto es que, en este país, el mapa del corazón tiene un ámbito muy concreto: de Madrid para abajo, Canarias y Baleares inclusive; un mapa en el que cobra especial protagonismo Andalucía, con ciudades como Sevilla o Marbella.

A los vascos, el asunto de la prensa rosa nos coge a desmano. No hay reportaje del corazón que derive hacia el Cantábrico. Ni siquiera el glamuroso San Sebastián, la estival capital borbónica de otro tiempo, concita el interés de los cronistas. A todo esto se añade el carácter pudoroso de los vascos, una atávica renuencia al desnudo sentimental. Sin duda seremos aficionados a consumir pornografía interior, pero pocos pueblos habrá más remisos a practicarla.

Con nosotros no se hace información rosa. Otros problemas absorben la atención que suscitamos. Tampoco podemos confiar en las energías internas: no tenemos prensa rosa y las televisiones locales, a pesar de amagar en ocasiones, no consiguen interesarnos por los notables del lugar. La televisión pública vasca, por otra parte, es levítica a estos efectos, si bien

disfruta hablando, como las otras, de los saraos de Marbella, de hijos ilegítimos o de inminentes separaciones, siempre que todo ello no involucre a los naturales del paisito. En este campo, el comportamiento de ETB resulta paradójico: la crisis municipal de Marbella se ha llevado muchas horas de programación. Me pregunto si no hay otras crisis más cercanas que deberían debatirse en esa televisión que pagamos todos, y no la peregrina elucubración sobre si Isabel Pantoja manda mucho o manda poco en el azacanado ayuntamiento marbellí.

Todas estas reflexiones, presuntamente rosas, me las inspira la Aste Nagusia en su vertiente más *chic*, esa acumulación de notables locales que acuden a los toros o se citan en los mejores restaurantes de la villa. Son notables de los que, en general, sabemos poco a lo largo del año. Son gerentes o consejeros delegados, o chicas jóvenes, que están buenísimas y delgadísimas y morenísimas a estas alturas del verano, y que ostentan apellidos madrileños (es decir, apellido vasco con grafía castellana). Es gente que te aparece de pronto en las crónicas de sociedad, sonriendo en el sarao de algún hotel o en los tendidos de Vista Alegre. Uno mira, melancólico, a esas chicas jóvenes, morenas, de apellido madrileño, y que deben de tener tantas acciones del BBVA como el mejor de los Ybarras. ¿No habría ahí caldo de cultivo para una buena prensa rosa? ¿Qué hay de las anulaciones matrimoniales de Neguri, de las separaciones de bienes? ¿No hay aventuras con chicos cubanos por parte de la cuñada madura del presidente de algún consorcio, o por la ex mujer de un afamado cirujano?

Debe haber un Bilbao rosa porque, aunque Bilbao ya no es lo que era, estoy persuadido firmemente de que el dinero no desaparece por ensalmo, y seguro que en nuestra *jet* podrían encontrarse preciosas historias de sexo y de dinero. La *jet* bilbaína es demasiado discreta, y sólo en la Aste Nagusia por fin se hace visible, comiendo ostras o aplaudiendo a los primeros espadas. Es una pena que nadie se dedique a informarnos acerca de si se quieren o no se quieren, si se abandonan o se arrejuntan. Dada nuestra curiosidad irreprimible, sería un buen yacimiento de empleo.

LA LÍNEA VERDE

El pobre tranvía de Bilbao ha tenido que sufrir muchos denuestos desde su inauguración. Quizás colaboró en ello el escaso recorrido de la línea preliminar (aquella que transcurría entre la plaza Pío Baroja y Atxuri, es decir, una línea de escasa eficacia, más simbólica que nada), pero hay que reconocer que la línea completa, recientemente inaugurada, ha cambiado algo las cosas: suma al encanto una indudable eficacia.

Y sin embargo el tranvía no deja de recibir críticas, cuando no padecer acciones de sabotaje. Hace pocos días, un grupo de comparseros de la Aste Nagusia se atrincheró sobre la vía, dispuesto a paralizar el uso de la línea. Los comparseros aducían el peligro que supone en fiestas la llegada del tranvía hasta El Arenal, las molestias que provoca en la multitud y la posibilidad de que se produzcan accidentes.

Uno le tiene tanta simpatía al artefacto que no entiende bien la protesta, aunque sin duda estará bien fundamentada por parte de los que experimentan a jornada completa el recinto festivo. El lema elegido en contra del tranvía "Jaietan Tranvia Kanpora", tiene esa especial contundencia que ha logrado el euskera desde que viene acaparado por cierta formación política de infausto recuerdo. En este país, si alguien te dice *¡Fuera!,* puedes tomarte el asunto un poco a broma, pero si alguien te dice *Kanpora!* sabes que tu salud está en peligro.

A la vista de la contundente protesta nada mejor que realizar una investigación de campo. Volví a subirme al artefacto

y realicé el trayecto completo, a ver cuál era el efecto que causaba. Es cierto que el tranvía resulta meticón por naturaleza. Para el tranvía (no para el nuestro, sino para cualquiera) no existen aceras o calzadas. El tranvía sube y baja con insolente sencillez, con estrecho margen espacial. El tranvía hace y deshace en claro desafío al peatón y al automóvil. No deja de ser este segundo efecto (el de intimidador del automóvil) un buen efecto, un saludable efecto, un efecto profundamente moral.

El tranvía es ahora una espléndida oportunidad para recorrer Bilbao con los ojos. Se trata de una especie de burbuja en movimiento ante el que buena parte de la ciudad se hace visible. Además, transcurre en silencio y no se caracteriza, como el metro, por tener una prisa especial. La vida, en tranvía, transcurre con filosófica quietud. Uno se identifica con el tranvía y lo hace suyo.

Otra cosa es que el tranvía, en la Plaza Circular o El Arenal, se hace complicado y meticón. Pero, como decíamos, todos los tranvías del planeta resultan meticones. Ahora que las fiestas de Bilbao han mejorado tanto, causa cierto estupor esa protesta frente a un medio de transporte modesto y silencioso. En una cuestión sí tienen razón los comparseros: que al tranvía no estamos acostumbrados. Y cierto que los carriles del tranvía, ensamblados sobre el asfalto, no resultan aún lo suficientemente intimidatorios como los semáforos, los coches, los camiones-trailer o los guardias de la circulación. Pero habrá que ir acostumbrándose. Hace años, en Praga, un tranvía estuvo a punto de llevarse mi alma por delante, pero entonces, para mí, un tranvía era algo más exótico que un monasterio budista. La falta de hábito a punto estuvo de costarme la vida.

Ahora que contamos con tranvía, un tranvía que perfora las entrañas de la ciudad, los bilbaínos estamos mucho mejor preparados para visitar esas ciudades europeas que nunca dejaron de tenerlo. Y quizás hasta los comparseros puedan acostumbrarse al transcurrir de la línea verde. Al fin y al cabo, en la Aste Nagusia, muchos bilbaínos se han acostumbrado a algunas otras cosas que no les gustan y, sinceramente, salen vivos de las fiestas.

OLOR DE FIESTAS

Las fiestas, y no sólo los machos de los anuncios de colonia, también tienen su aroma, y muy probablemente el aroma resulta diverso según en qué sector de la ciudad se encuentre uno. El calor pertinaz que nos azota durante los últimos años ha obligado a que, en los hoteles, el personal disfrute de mareas incontrolables de aire acondicionado. Claro que el aire acondicionado disipa los aromas, y todas esas señoras que acuden, generalmente compuestas pero sin novio, a los saraos hoteleros no dejan rastro de perfume: todo se lo lleva el aire, el aire acondicionado. Los aparatos funcionan a tal potencia que el ambiente se torna aséptico. Ni hay al principio rastro de perfume, pero luego ni siquiera el sudor puede hacer de las suyas. Los hoteles de Bilbao son durante las fiestas un prodigio inodoro, aunque quizás el coste se encuentre en algunas pulmonías.

La progresiva asepsia de los hoteles tenía su contrapunto en el aire denso del recinto festivo. De nada valía en él que se contara con el aire acondicionado más potente del mundo: el aire libre. Por mucho que circularan las corrientes matutinas, el entorno de El Arenal siempre ha tenido en fiestas un aroma pastoso, mareante, en el que se entremezclaban todos los recuerdos de la noche anterior: recuerdo de los guisos, las fritangas, los alcoholes, las vomitonas, los orines, los sudores, las lágrimas, el semen.

Todos los líquidos vinculados a la actividad hostelera y a la actividad orgánica se aliaban a la hora de generar una especie

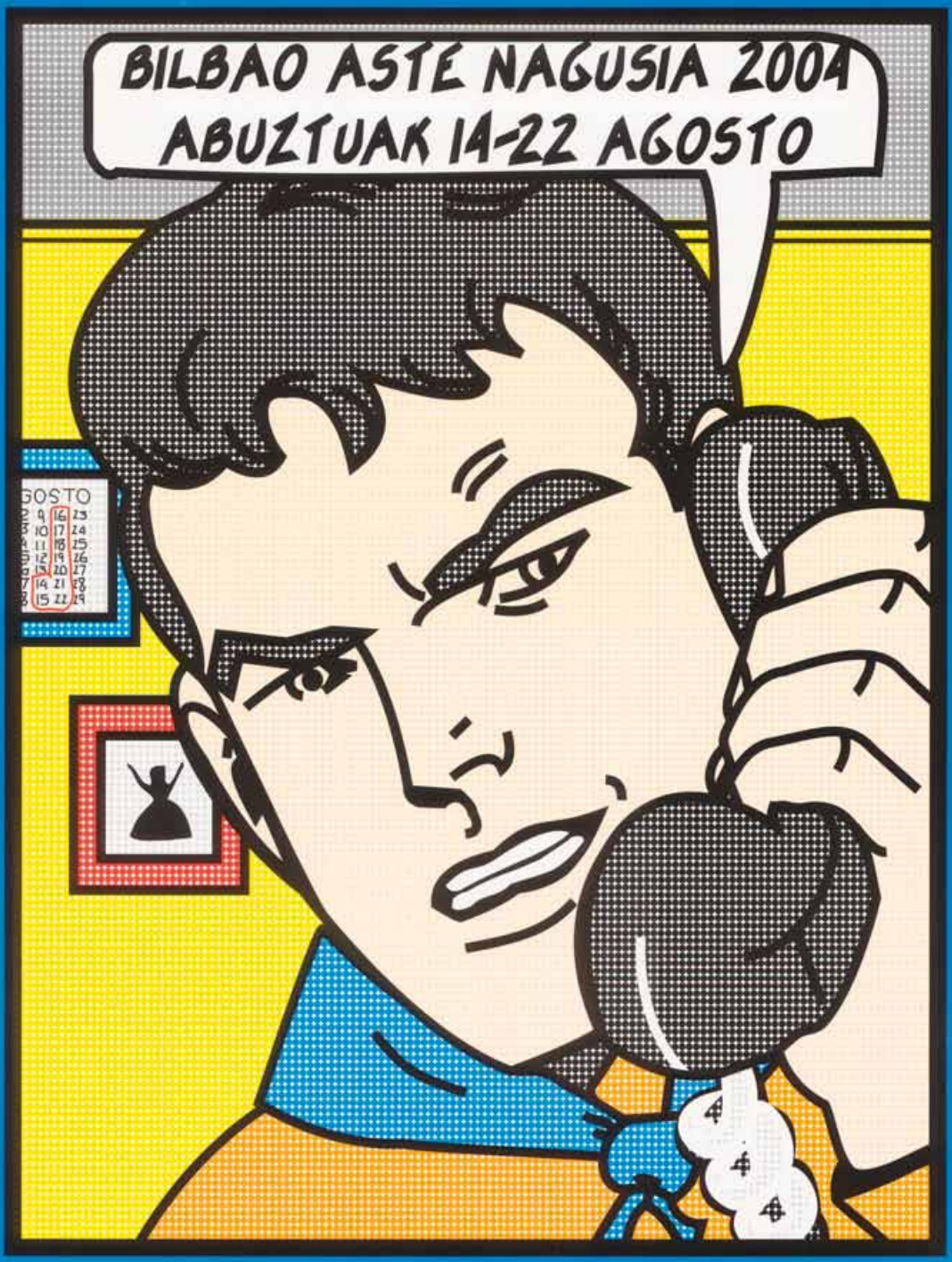
de efluvio matador, una nube tóxica que vagaba por las esquinas inficionando los pulmones de las almas más delicadas.

Esto fue así durante años. Pero no, también esto se ha ido al traste. Si en los hoteles ya no huele a nada, en El Arenal ya no huele a ese denso caldo festivo característico de otros años. Ahora uno cruza el lugar por la mañana, entre los restos de la batalla nocturna, y el asfalto emite un fuerte olor higiénico, clínico, como si las brigadas de la limpieza se hubieran empleado con más fervor que en los quirófanos de Cruces: ahora todo huele a lejía, o a detergente, o vaya uno a saber a qué líquido amoniacal derramado por la brigada municipal. Son líquidos dispuestos a barrer toda clase de bacterias, esas bacterias que otros años prosperaban entre las vomitonas.

Pasear por el recinto festivo exige una nueva mascarilla: los líquidos de limpieza utilizados son efectivos, pero infernales para cualquier organismo vivo. A uno le traen recuerdos de la infancia, cuando la proletaria lejía desteñía las camisas y calcinaba las manos de las *amatxus*. Uno pasea en torno al Arriaga y se marea ante tanto líquido empleado en lucha contra la fiesta, contra la fiesta de la noche anterior.

Desde luego, tampoco se trata de criticar por criticar. Puestos a elegir, uno prefiere aturdirse y perder la regularidad de ciertas constantes vitales a cuenta de inhalar esos amoniacos limpiadores, antes que ir perdiendo la consciencia a cuenta del denso hedor digestivo, bronquial, que emanaba de las *txosnas* en los años más duros. Quizás sólo se trate de sustituir un mareo por el otro, pero en la vida muchas veces hay que elegir: quedémonos con la lejía y su acción benefactora.

Las fiestas de Bilbao han alcanzado tal grado de asepsia olorosa que cualquier guiri puede transitar por nuestras calles sin añoranza de su aburridísimo y limpísimo barrio del extrarradio. Ignoro si esto es fruto de la integración europea, pero algo habrá. Lo cierto es que todo ello va liquidando nuestro olfato, el único sentido que la civilización ha considerado siempre innoble. Olemos cada vez menos, y la verdad es que preferimos no oler. Ni que nos huelan.


BILBAO ASTE NAGUSIA 2004
ABUZTUAK 14-22 AGOSTO

2004

FIESTAS A LA PARRILLA

Ya está otra vez en Bilbao la Aste Nagusia, vuelve otra vez la emulsión de líquidos, sabores y personas. La bronca arranca con el multitudinario fervor que se congrega en torno al chupinazo y al pregón. Del chupinazo hay poco que decir, habida cuenta de su estricta ejecución. Tiene más de símbolo que de otra cosa. Son los fuegos artificiales los que darán auténtico barroquismo a la pólvora. El chupinazo es sólo un campanazo, la delimitación del tiempo festivo, la línea definitiva que marca el antes y el después. La multitud colabora en la ficción con inédito entusiasmo. Parece que a partir del petardo inaugural todo el mundo se reconoce eufórico; rompe a gritar, a saltar y a bailar. La multitud congregada ante el Teatro Arriaga adquiere el aire zoológico, animal, característico de todas las fiestas agosteñas del paisito.

Del pregón se añora una mayor altura, si bien es cierto que las masas que lo escuchan no parecen lo suficientemente serenas como para aguantar lindezas literarias. Este año el privilegio ha correspondido a Julio Ibarra, el periodista de ETB, que durante un tiempo pareció contrarrestar por si sólo, con la sola ayuda de sus cuerdas locales, el masivo ataque de la Brunete mediática. Quizás eximido de tan altas responsabilidades, tras el nuevo aire conciliador que ha traído el presidente ZP,

Julio puede descansar. Bien es cierto que sigue aficionado, en sus crónicas, a la apostilla final, al comentario subjetivo, como en un innecesario estrambote de opinión con el que cierra las informaciones. La verdad es que el periodismo oral suscita estas licencias, unas licencias que no toleraría el papel escrito: una vez el bueno de Julio se permitió colocar a un cargo público, en *prime time,* "al borde del abismo". Lo cierto es que a tal abismo nunca pudieron empujar al interesado en cuestión, pero nadie se lo recordó al agorero.

El pregonero se adorna, de unos años a este parte, con un curioso uniforme, vagamente dieciochesco, de un color banana. Contrasta con el atavío popular de la chupinera, que utiliza una txapela que en este país nunca utilizaron las mujeres. En este caso, la chupinera se pasó la ceremonia puño en alto (Julio también imitó el gesto, brevísimamente, a modo de estrambote opinativo), pero nada de esto suscita ya sorpresa: sólo una especie de vasta resignación.

La fiesta saltó de pronto, con todo su ímpetu tonal, con el masivo desconcierto de otras veces. Los termómetros marcaban poco menos de cuarenta grados, con lo cual El Arenal se había convertido en una gigantesca parrilla. La metáfora podría ir más lejos, ya que todos los cuerpos congregados llevaban su correspondiente rebozado de harina. De haber subido un poco la temperatura, podríamos haber asistido a una auténtica fritanga. Mucho calor para estas fiestas, y sólo cabe esperar que por la noche refresque, una ley cantábrica que siempre ha hecho de nuestro agosto algo más llevadero.

De otro modo, al recalentamiento general del planeta se le añadirá un punto de hervor especial: el de una Aste Nagusia pasada por agua de Bilbao, con sesos subidos de tono y de temperatura. Que ustedes lo pasen bien.

CAMPO CUÁNTICO

El artista japonés Hiro Yamagata ha puesto su granito de arena tecnológica a la Aste Nagusia del año 2004. El montaje "Campo Cuántico X3" se ha apostado en Abandoibarra, justo entre el Guggenheim y la pasarela Pedro Arrupe, y muy cerca de esos nuevos columpios, inaugurados el mes pasado, que tienen también algo de galáctico.

El Campo de Yamagata son dos cubos que proyectan rayos láser y luces de alta potencia, no sabemos si creando auténticos efectos o sólo premeditados efectismos: todo va en gustos. Yamagata ha explicado en varias ocasiones el profundo significado de su obra, aludiendo tanto a las increíbles extensiones espaciales como a las mínimas partículas de la materia. En fin, que leer las declaraciones de Yamagata en el periódico es un poco como rememorar al Pascal de los *Pensées*, sólo que sin cubos y sin electricidad.

La verdad es que los efectos (o efectismos) de la obra de Yamagata tienen mucho de guggenheimiano, en el sentido de adecuarse a esa versión postvanguardista del arte que va incluso más allá del arte (hacia otra cosa aún indefinida) y acaba desencadenando efectos visuales, aventurerismo arquitectónico, exhibiciones tecnológicas, antes que una mínima conmoción en el alma humana. Que conste que uno no lo critica; antes al contrario: el arte moderno desempeña una valiosísima función, la misma que encontramos en la jardinería,

en la artesanía floral o en el acabado que dan a sus obras los ingenieros dotados de buen gusto.

Ignoro las conclusiones metafísicas que extraerá el pueblo llano de la contemplación de la obra de Yamagata, pero lo cierto es que los cubos dan bien en las fotos y propician efectos visuales que, como en el circo, harán las delicias de grandes y pequeños. Así y todo, confieso que me quedo, ante los cubos, mucho más extasiado por un efecto menor: aquel que proporciona la mera luz del sol sobre cada una de sus escamas, proporcionando matices multiformes y explotando la combinatoria de los colores hasta más allá de la imaginación. Sin duda no es este el efecto fundamental que persigue el japonés con su extraña máquina, pero a mí me parece que remeda muy bien al Guggenheim, en cuyas planchas de titanio hemos aprendido a ver la luz del sol de otra manera, e incluso a apreciar el atardecer desde inéditas avalanchas de fulgor anaranjado.

Presiento que las planchas de los cubos de Yamagata son una versión actualizada de las planchas de Gehry, si bien explotando sus efectos hasta el final. Es decir: pasando del efecto al efectismo. Uno, en arte, prefiere el efecto al efectismo, del mismo modo que lo prefiere en la vida. Pero hay que reconocer que Hiro Yamagata y sus cubos nos obsequian con un prodigio de barroquismo colorista y volumétrico. Se trata, en suma, de una oportunidad para el espectáculo, una fiesta para los ojos impresionables, que es como decir para todos nuestros ojos. Aunque, claro, uno no ve razón para abandonar por los cubos una de sus fidelidades más queridas: apostarse al final de la calle Iparragirre, asistir al atardecer que se cierne lentamente sobre la ría, y contemplar cómo el sol agonizante tiñe el titanio de un delicado color mandarina.

VESTIR EN FIESTAS

Si hay algo en que la Aste Nagusia exhibe una gama total de posibilidades es en el guardarropa. Desde la *txosna* hasta el hotel, la zoología de la villa se convierte en el paraíso de la biodiversidad. Al margen del disfraz puro y duro, el asfalto de Bilbao exhibe estos días toda clase de atuendos, y no puede decirse, en ninguno de los casos, que no se haga con militancia, como en una explícita declaración de principios. No puede explicarse, de otro modo, que la plaza de toros se llene de rigurosos trajes de caballero, por más que azote las conciencias un cruel sol de justicia. Hay gente que lleva eso del traje con inquebrantable fe, esa fe de la alta burguesía bilbaína, siempre segura de sus valores, que luce corbata de seda ya encargue chuletón en una aguerrida taberna, ya se arrellane en los mullidos sofás de los consejos de administración. Quizás la esperanza de aparecer también en la sección de sociedad, en esas páginas llenas de letra negrita que pueblan los periódicos estos días, sea otra buena razón para no abandonar el uniforme de bilbaíno-clase-alta, ese uniforme que identifica a los mejores apellidos de la villa o que lleva a otros peores a mejorar notablemente.

Frente a la corbata italiana, frente al terno inglés, las *txosnas* son la exhibición de la comodidad, la proliferación de la camiseta, del pantalón flojo y arrugado. No se busquen tacones de aguja o camisas de raya fina junto al mecanotubo:

ahí alterna el uniforme *borroka* con el folclórico vestido de *arrantzale*, ese que tan popular se hizo entre las chicas (y que aún sobrevive), importado de la costa, pero que acabó tiñendo de azul todas las fiestas del interior de Bizkaia. A esas chicas con olor a salitre les acompaña el desaliño masculino y, en especial, esa espantosa camiseta que deja al aire los sobacos (y su correspondiente pelambrera) en un ejercicio que mis ojos (y mi nariz) nunca toleran. Ignoro el efecto que esa versión de camiseta con flancos desguarnecidos puede suscitar en la tropa femenina de las *txosnas*, pero no parece al colmo de la elegancia. Uno cree en la elegancia, incluso en la elegancia con pantalones vaqueros o con botas de monte. La exposición sobaquil no resulta, sin embargo, capaz de amoldarse a ningún canon de estilo.

Dijo Balenciaga que la elegancia que más admiraba era la elegancia moral, y quizás, en este campo, los lujosos hoteles de la villa salgan perdiendo con relación al tumultuoso Arenal. Cuando uno no sabe nada acerca de cómo se hace dinero, siempre es conveniente pensar en lo peor. Quizás en tanto traje azul que puebla la fiesta no anide excesiva elegancia interior, pero contra eso nada puede hacerse, y mucho menos en fiestas, un tiempo en que hasta el Código Penal permanece en suspenso.

Consolémonos pensando lo siguiente: que a lo mejor también en esto hay un punto medio, y que siempre se puede habitar una razonable medianía, un lugar donde se acomoda, más allá de la sobaquera al aire o el dogal de seda italiana, la mayoría de la gente, y con ella la verdadera elegancia que reclamaba el modisto de Getaria: la que se alienta desde dentro, la que sólo se manifiesta en virtud de modelos de conducta.

FIESTAS ROJIBLANCAS

Las fiestas de este año vienen recorridas por una tensión añadida, una tensión que, dado su carácter electoral, se manifiesta en plena calle y se expande entre el gentío. Sí, sufrido peatón de la Aste Nagusia: estamos hablando de las elecciones a presidente del Athletic.

Las diferentes candidaturas colonizan los periódicos, instalan céntricas oficinas informativas, contratan camiones y altavoces, y plantan a pie de calle, por último, a agentes de agitación electoral.

Anteayer, en la calle, me asaltó una muchacha.

–¿Usted es socio del Athletic? –preguntó.

Y yo puse la mejor de mis sonrisas, dije que no de forma muy amable y me escabullí sin requerir más datos.

Ignoro si iban a pedirme la firma para respaldar una candidatura, o a informarme sobre un programa electoral. Descarto que fueran a ofrecerme el puesto de tesorero en alguna parrilla. Lo cierto es que salí de la experiencia francamente mejorado. En efecto, lector: este plumilla tiene aspecto de socio del Athletic, lo cual dice mucho de mí, y no lo dice en sentido negativo, al menos si nos circunscribimos a las pequeñas fronteras de Bilbao, ciudad-Estado. Hice un ignaciano examen de conciencia. ¿Cómo esa señorita me confundió con un miembro de la legendaria entidad? ¿Sería por mi edad, que irreparablemente encara la década de los cuarenta? ¿Sería por mi estómago, que

apunta a inexistentes aficiones cerveceras? ¿Sería por mi aspecto de próspero burgués, un aspecto que pide –casi reclama– el carnet rojiblanco en la cartera? ¿Sería por esa mirada vaga, como de tonto, que me sale a veces y que sin duda comparten muchos de los que acuden a los estadios de fútbol?

Lo ignoro por completo. Pero ahí me vi, cumpliendo con naturalidad, y sin intención por mi parte, el requisito antropológico que define a los mejores de la villa: ser socio del Athletic. Reconozco que mi corazón es rojiblanco, pero eso del corazón nunca dice mucho del estatus personal. Que una chica me confundiera con un socio del club se me hizo más honroso que si me hubiera reconocido por mi obra literaria, cosa que no suele pasarme con ella ni con nadie, sin duda porque tal obra desmerece.

Claro que después, mientras seguía caminando por Indautxu (Indautxu: ciudad-Estado) sentí que mis sentimientos se alteraban. Consideré la anécdota desde otra perspectiva: lo invasivo que resulta (en terminología médica) el sentimiento atlético en Bilbao. Alteran el ritmo ciudadano con sus inminentes elecciones e incluso se toman la libertad de inquirir a los peatones sobre sus preferencias. Lamenté entonces no haber hecho, ante la chica, una constitucional defensa de mis derechos. Como se sabe, nadie puede ser obligado a declarar acerca de sus creencias religiosas o políticas, o sobre su orientación sexual. Del mismo modo, nadie debería verse obligado a declarar sobre sus inclinaciones futbolísticas, aspecto que aquí resulta mucho más relevante que cualquiera de los otros.

En contra de lo que opinan algunos columnistas de la Hispania Ulterior, en este paisito no es tabú hablar de sexo o de política: en este país lo que es tabú es hablar de fútbol, al menos si uno no habla de fútbol como exige el totémico club de mis amores.

VIAJE DE VUELTA

La Aste Nagusia nos emplaza en El Botxo con aire militante, pero hay que reconocer que antes y después de la castiza celebración el mundo también se mueve. La gente de Bilbao viaja en todas direcciones y ello sólo tiene un pequeño inconveniente: que vayas donde vayas siempre hay alguien de Bilbao.

Claro que a la hora de valorar debidamente la capacidad de la vizcainía para extenderse por el mundo nada como visitar esa sección de algunos periódicos en que los ciudadanos y las ciudadanas, los niños y las niñas, los empleados de la BBK y los prejubilados de Altos Hornos, se fotografían en los lugares más variopintos, en un remedo del principio de Andy Warhol, que proclamaba cómo en esta sociedad todo ser humano tendrá sus quince minutos de gloria televisiva.

En nuestro país eso aún no es del todo cierto, pero la gloria sí que alcanza a quince centímetros cuadrados de estraza periodística. La Aste Nagusia sigue siendo un evento multitudinario, pero eso no nos impide viajar y dejar luego constancia del periplo: certificamos nuestras incursiones por el mundo con fotos publicadas en la prensa local. Los bilbaínos se muestran en toda su apoteosis vacacional. Han estado en La Rioja o en Mongolia Exterior, han estado en Medina de Pomar o en el Kilimanjaro. Ya sean las fiestas de Algorta o los ritos funerarios del Ganges, ya sea el campeonato de rana de Bakio o los lanzamientos de *boomerang* de los aborígenes de

Australia, la prensa certifica nuestra voluntad viajera, nuestra intensa inclinación por colonizar las playas de Laredo, de Cádiz o de la Patagonia. Sí, Terranova o Benidorm, los Andes o Santoña, el lago Baikal o la Laguna Negra, nada queda fuera de nuestro alcance.

Esta insólita capacidad da lugar a curiosas anécdotas que todos hemos experimentado alguna vez: circular por un mercadillo de Teherán y encontrarnos con un conocido de Santutxu; pedir socorro atrapados en el manglar indonesio y que acuda en nuestra ayuda un tipo de Basauri. Definitivamente, el planeta ya no es lo que era. Mi primo elorriano se quejaba de que no podía salir de casa sin encontrarse en cualquier lugar del mundo con un vecino de su pueblo. Me lo dijo hace muchos años, mientras caminábamos, en un tórrido atardecer, por los alrededores de la majestuosa catedral de Sevilla. Pero entonces calló, recompuso el gesto y se preparó para un saludo.

–*Agur...*

–*Agur...*

–¿Lo ves? –proclamó, cariacontecido– Ese que he saludado era de Elorrio.

La Aste Nagusia nos reintegra a la ciudad, pero los álbumes fotográficos demuestran que somos insaciables, que nos vemos de punta a punta del planeta. Esta vocación viene de lejos. Constantinopla, Rascafría, Samarkanda, Casalarreina. Lugares para recordar. Valentín de Berrio Otxoa salió del pueblo de mis antepasados y acabó muriendo en Vietnam. Unamuno vino al mundo en la calle Ronda y enseñó durante largos años en, digamos, Salamanca. Pero nuestras singladuras planetarias ya no son demasiado excitantes: allá al fondo, en el horizonte de las fotos más exóticas, siempre asoma un paisano de Zorroza, un profesor de euskera, una funcionaria de la Diputación.

LA METRÓPOLI

En una entrevista concedida a este periódico en plena Aste Nagusia, el alcalde Azkuna se permitía un rasgo de sinceridad: "Bilbao ha cambiado, pero ha sufrido mucho". No ha sido muy habitual, a lo largo de este último período democrático, oír hablar a los políticos sobre los padecimientos de Bilbao. De hecho, creo que el alcalde ha sido el primero que se ha permitido utilizar ese concepto. Es cierto que su reflexión no quiere ir más allá: describe algunos elementos de ese "sufrimiento" (la pérdida de industria, el problema de la violencia) pero éstos, en buena parte, corresponden al País Vasco en su conjunto y no a la específica historia de Bilbao. Lo que sin duda el alcalde sabe es que en ese padecimiento, especialmente notable en las décadas de los años 70 y 80 del pasado siglo, Bilbao tuvo que sufrir dificultades añadidas, entre ellas, una pérdida de centralidad social, política y cultural de la que la capitalidad oficial vitoriana no era más que una circunstancia simbólica.

No sólo perdió Bilbao esa presunta capitalidad, que hoy todos aceptamos en Vitoria sin mayores aspavientos; Bilbao perdió (y padeció) mucho más. Al amparo del hecho autonómico, y movido por tendencias contradictorias, se alzó una especie de difuso antibilbainismo que supuso, a la postre, la subordinación de Bilbao como proyecto colectivo a cualquier otro que surgiera dentro del proceso de construcción autonómica.

Con acierto señaló hace tiempo el historiador Manuel Montero que el grueso de nuestra nueva clase política, incluso dentro del ámbito restringido de Bizkaia, no procedía de Bilbao. A pesar de alguna honrosa excepción, el nacionalismo reclutaba sus cuadros en la Bizkaia euskaldún, del mismo modo que el socialismo lo hacía en los pueblos de la Margen Izquierda. Eran dos tradiciones que nos remitían, generalizando mucho, al ámbito rural y al obrerismo, respectivamente, pero que no parecían surgir del alma de una ciudad grande y moderna como quería ser Bilbao.

Bilbao tardó mucho en ser un proyecto digno de atención dentro de la autonomía vasca, y creo que eso es lo que Azkuna, de forma discreta (muy discreta, discretísima) ha querido recordar. El nacionalismo tardó mucho en sacudirse cierta impronta antiurbana, absolutamente injusta, por otra parte, habida cuenta de que el nacionalismo tuvo su germen en Bilbao, de manos de un bilbaíno, y ha mantenido en la villa su mayor granero de votos.

El Bilbao que gobierna Azkuna es fruto de una reparación histórica que, por incomprensibles razones, tardó tiempo en asumirse. Y hoy Bilbao puede y debe tener el orgullo de seguir siendo la mayor metrópoli vasca, que concita en su entorno a casi la mitad de la población de la comunidad autónoma.

No está mal recordarlo, sobre todo cuando uno aún se encuentra con ciertos predicadores del antibilbainismo que no se sabe muy bien de dónde salen, y no está mal recordarlo precisamente ahora, en los estertores de unas fiestas que terminan. Pronto volverá el trabajo, la excitación general de una ciudad en movimiento, y con ello la certidumbre de que Euskadi sin duda es mucho más que Bilbao, pero que sin Bilbao tampoco existe Euskadi.

Bilbao Aste Nagusia
2005
Abuztuak 20 - 28 Agosto

2005

VUELTA A LA TRADICIÓN

Ya está aquí de nuevo la Aste Nagusia, y con ella el rosario de conciertos de toros y corridas de música, el batiburrillo de panzadas a cargo de las cuadrillas, y el tradicional conflicto de intereses entre los negocios hosteleros, que pagan impuestos a mansalva, y las *txosnas*, altamente competitivas a cuenta de su carácter contingente y de su no menos contingente régimen legal. Vuelve también la perspectiva, siempre temida, de los desórdenes a cargo de las folclóricas brigadas de la izquierda *abertzale* (que ya actuaron en Donostia, con gran éxito mediático, pero escaso de crítica y de público), ahora que revive su anacrónico modelo festivo en otras autonomías, como recientemente han demostrado, en el barrio de Gràcia de Barcelona, ciertas brigadas de anarcos.

Vuelven, pues, las viejas tradiciones de la Aste Nagusia, como vuelven las oscuras golondrinas, o la guerra de las banderas, o los grupos animalistas que denunciarán la celebración de las corridas, o las corridas de otro orden que inspirarán algunas pijas que asistan a la fiesta desde una exclusiva barrera. Vuelven, en fin, los hoteles internacionales, donde lucirse con camisa a rayas (las mangas a medio subir), pelo engominado e intenso bronceado ganado en los arenales de Canarias, de Ibiza, o en la cala de Costa Brava donde fondeaba el yate de

nuestro amigo, el constructor. Porque esa es otra de las paradojas de la Aste Nagusia: que a pesar de nuestra afección por el cantábrico Rh, daríamos en estas fechas lo que fuera por lucir un bronce meridional, por ostentar un mestizo perfil mediterráneo. Ciertamente, nada en estas fechas como pasar por latifundista del *mezzoggiorno* europeo, tan millonario como ineficaz, antes que por natural del paisito, por mucho que durante el resto del año aquí se presuma de poseer reconocimientos ISO, Qs de Plata o premios a proyectos de I+D.

Vuelve la Aste Nagusia con todo lo que tiene de encanto, incluso con todo lo que tiene de agravio frente a otras fiestas del paisito. ¿Se han fijado? Ahora, en Donostia, mantienen la insolencia de no acabar su fiesta cuando nosotros empezamos la nuestra. La capital guipuzcoana siempre ha tenido más *glamour* que la vizcaína, cosa que se proyecta incluso en el ámbito de la simbología. En Sanse han hecho arrancar sus fiestas con el atronador rugido de un cañón, un cañón que después humeaba entre compactas compañías de granaderos. Nunca se vio manera más rotunda de arrancar el jolgorio. Mientras tanto, la Aste Nagusia de Bilbao sigue apuntándose al chupinazo verbenero, a ese remedo de fiestas de pueblo que representa el petardo inaugural.

Eso es lo que siempre nos ha dolido de Donostia: que en el fondo ellos son más glamurosos, más sofisticados, eso que, en tiempos felices, se llamaba más *chics*. ¿Cómo no iba eso a tener también su reflejo en la fiesta? Deberíamos haberlo sospechado desde aquel lejano día de la Transición en que a algún tarado del consistorio bilbaíno se le ocurrió tocar a nuestros municipales con una boina roja. Mientras tanto, los guardias donostiarras no renunciaban a la internacional gorra de plato.

Pero hay que sobreponerse y olvidarse de nuestros cercanos parientes. Al fin y al cabo, la fiesta ya ha empezado y muy pronto será sólo nuestra.

HUEVOS FRESCOS

Confieso que lo políticamente correcto (esa filosofía barata, ese escuálido corpus ideológico que gobierna nuestro tiempo) consigue fascinarme, y que sus intentos de gobernar nuestras conciencias desde presupuestos tan endebles acaban por confundirlo todo en una ciénaga moral, en un verdadero lío.

El chupinazo de la Aste Nagusia de 2005 se convirtió en un nuevo ejemplo de magma indistinguible, que incluso proyectó sus tentáculos contra el balcón del Arriaga desde donde se daba inicio oficial a la fiesta. Al pregón de Juanjo San Sebastián y al chupín de Aitziber Adell, se unió esta vez la presencia de una traductora de lenguaje de signos. La traslación gestual del pregón era una loable iniciativa, si bien hay que dudar de su verdadera eficacia, habida cuenta del feroz ametrallamiento de huevos frescos a que se vio sometido el balcón presidencial.

En efecto, allí se encontraban el concejal Jon Sánchez, el pregonero, la chupinera, y a la izquierda de éstos un tipo muy alegre que fumaba sin parar. Concejal y fumador ejercieron con sus palmas de pantalla ante el constante ataque de ovales proyectiles sobre pregonero y chupinera. De hecho, hubo algún momento en que la traductora de signos se me apareció como una improvisada karateka, que con sus movimientos manuales también intentaba detener los disparos de huevo fresco. De hecho, tal era el caos de brazos y de manos que

acaso la trascripción del pregón al lenguaje de signos resultó de sintaxis algo confusa.

Pero volvamos al lío de lo políticamente correcto, o políticamente incorrecto, o incorrectamente político, o como se quiera llamar. Si es correcta la traducción al lenguaje de los signos, ¿qué tal ese aluvión de mierda proyectado sobre el teatro Arriaga? El tipo que fumaba sin descanso en el balcón, ¿no podía habérselo evitado? Y si esto no era correcto, ¿qué pensar de lo que ocurría más abajo? Ignoro si las reflexiones son pertinentes (incluso si son leales a la mera realidad), porque sigo el arranque de las fiestas en versión televisiva, por aquello de no acabar perdido. La verdad es que los materiales con que se amasa (o se amalgama) la multitud que acude al chupinazo resultan cada vez más molestos y untuosos: a la harina, al vino y al champán se les han unido últimamente los huevos frescos, el ketchup y la mostaza.

Parece que las comparsas se mantienen en este acto en un discreto segundo plano, con el fin de preservar su integridad. Sin duda saben que la guarrería general espanta a mucha gente de las fiestas, pero la tradición está consolidada y no parece que vaya a remitir. La única novedad podría ser la aportación a la harinada general de nuevos y más engorrosos compuestos, si bien, tras la aparición del ketchup y la mostaza, resulta todo un desafío encontrar algo más guarro. Yo propondría salsa de patas de cerdo, botes de fabada asturiana, inyecciones de silicona líquida, ácidos y sulfuros diversos. No me den las gracias: cualquiera habría hecho lo mismo.

BILBAO CALIENTE

Esto del Bilbao Tropical es lo que tiene: que uno no se lo puede tomar del todo en serio. Y mira que nos esforzamos por calentarnos la sangre, siquiera sea mediante una transfusión musical.

Ayer en Botica Vieja hubo multitudinario concierto de Reggaetón, con la panameña Lorna (la de "Papi Chulo"), como estrella más conocida, y aún perduran los ecos de la caravana musical de Carlinhos Brown, que surcó la Gran Vía en un multitudinario maratón carioca, y que también regresa en estas fiestas. Y eso que a los pocos días del arranque de la Aste Nagusia se cayó del cartel William Omar Landrón, "Don Omar", al parecer por problemas con la ley en Puerto Rico. El bueno de Omar es un acabado ejemplar de eso que se llama, de forma muy inconcreta, "lo latino". La verdad es que a mí, en las fotos, me ha parecido siempre uno de esos horteras que entran de lleno en el terreno macarra: gafas, peinados y joyas extravagantes; problemas con la policía (marihuana, pistolas ilegales…); y esa paradójica facilidad para combinar la fe en Dios con una ausencia absoluta de condicionantes morales. El propio Omar, al margen de un dudoso historial ciudadano, ha sido también pastor en la Iglesia de la Restauración en Cristo. "Confío mucho en Dios y en mis abogados", ha declarado ante la prensa, con la misma naturalidad con la que podría haber

dicho que confía en la Virgen María y en su asesor fiscal, o en San Pedro y en el cuerpo de bomberos.

Con Lorna y con Carlinhos, la Aste Nagusia se ha garantizado su ración de ritmos calientes, ardientes y apasionados. Hasta ahora los vascos hemos sido sosísimos, pero parece que ha llegado el momento de mover el esqueleto. Se acabó nuestra irremediable tendencia a las costumbres calvinistas (tanta devoción por el trabajo, tanto control social de las conductas, tanta policía moral). Ahora apóstoles mestizos de esa latinidad espúrea que nos llega desde América intenta modificar nuestro modo de ser.

Aguardo con cierta esperanza que, a ritmo de samba, de tango, de *reggaetón* o de merengue, los vascos empecemos a vivir de forma menos acomplejada. Como hace poco me recordaba una amiga, no puede decirse de los vascos varones que seamos un paradigma de la masculinidad fascinante y seductora. Y tenía toda la razón, como ha retratado sin tapujos ese monumento a la ironía que representa el programa Vaya Semanita, de Euskal Telebista. Claro que, puestos a recordar, tampoco puede decirse que la mujer vasca haya destacado a lo largo de la historia por su sensualidad. En este asunto la responsabilidad no va por géneros: se trata de una carencia colectiva, nacional.

Nada, que tenemos lo que tenemos: el Rh más frío del Ártico para acá. A ver si los ritmos calientes son capaces de templarnos un poco: partimos de una temperatura tan gélida que sólo es posible mejorar. Ignoro cuál será la verdad demográfica, pero a veces da la sensación de que, con tanta política, tanto fútbol y tanta gastronomía, los vascos ya ni se reproducen.

LA FIESTA ESTÁ EN OTRA PARTE

Una de las cosas inquietantes del verano es la sensación de que son los demás los que lo viven de verdad, mientras que tú apenas lo vislumbras a través de una mirilla y sientes que tienes de él una experiencia incompleta. Es ese sentimiento de arrinconamiento, de desasosiego, que te invade, por ejemplo, indagando en las crónicas informativas y viéndote lejos de ese verano trepidante que parece transcurrir muy lejos. Presientes que, estés donde estés (en una playa canaria, en una terraza bilbaína, en un pueblo mesetario salpicado de bodegas o incluso en algún borbónico recodo de Mallorca), el verano sigue estando en otra parte; en concreto, en cualquier parte que no sea precisamente esa en la que te encuentras tú, lo cual se acaba convirtiendo en una sensación aprensiva, ya que este verano, como todos los veranos, se va escapando sin remedio.

Y se te escapa, claro, mientras Pocholo Martínez Bordiú dicta cursos de verano en El Escorial o Rajoy frecuenta con disfraz metrosexual las fiestas ibicencas. Los medios notifican que David Beckham se ha perdido en un atolón sin nombre, que en Soria se celebran jornadas internacionales de teatro, en Briviesca un encuentro internacional de ceramistas, y en algún poblachón de Extremadura unos talleres de relato breve; Carlos Latre firma libros en Girona, Buenafuente confiesa que practica el parapente, y una revista de papel couché revela que el hombre del siglo XXI (o, seamos más modestos, el hombre

de la próxima temporada) ya ha sido bautizado como *alterosexual.* Todo lo cual te confirma en la idea de que esa gente vive el mes de agosto a cien por hora, mientras que tú pareces atravesarlo a lomos de una burra.

Pues algo parecido pasa con la Aste Nagusia. La fiesta se desenvuelve a ritmo frenético y siempre parece, estemos donde estemos, que lo mejor de ella transcurre en otra parte. La ciudad asoma permanentemente encendida, se expande en todas direcciones y abre la oferta simultánea de muy distintos proyectos y aventuras, pero nunca nos sentimos seguros de estar en el lugar adecuado.

El infierno son los otros, es la máxima (maximalista, por lo demás) de aquel filósofo francés. Sin embargo hay una formulación más modesta pero mucho más certera: *la fiesta son los otros.* Nadie ha explicado nunca por qué al cruzarse dos trenes siempre se nos hacen secretamente envidiables los que viajan en dirección contraria a la nuestra. Algo así pasa con las fiestas. Cuando uno reserva mesa se pregunta si habría algún restaurante mejor. También la diversión impone una hilera interminable de decisiones, y las decisiones humanas, como es público y notorio, generan siempre dudas. Hasta en los planes que tengamos para la Aste Nagusia cunde una sospecha: ¿no había para hoy un plan mejor? Y la respuesta es tan cruel como esta: sí, claro que había un plan mejor, pero fueron otros los que los eligieron. Qué le vamos a hacer.

EL BILBAO JACOBEO

Al filo de la Aste Nagusia de 2005, el Ayuntamiento presentaba su última bilbainada (dentro de la interminable hilera de bilbainadas de los últimos años), dirigida a la promoción turística: marcar la ruta jacobea a su paso por la villa, y hacerlo mediante un minucioso rosario de losetas.

Ciertamente pocos iconos geográfico-culturales existen en Occidente tan poderosos y con tanta solera como el Camino de Santiago. ¿Era posible que quedáramos al margen de ese imaginario? ¿Cómo ha podido pasar tanto tiempo sin que cayéramos en la cuenta de que Bilbao también marcaba un hito en la ruta jacobea? Afortunadamente, hace unos pocos días hemos deshecho el entuerto, y ya podemos añadir a nuestra variada oferta turístico-gastronómico-festiva un nuevo atractivo: el de inventarnos un jalón en el camino que lleva a Compostela.

Y es que nuestra voracidad parece no conocer límites. No se trata de chotearse de esta iniciativa municipal, pero sí de relativizarla un poco. Es cierto que el Camino de Santiago, en su alternativa de la costa cantábrica, es más antiguo que el del interior, y al mismo tiempo mucho menos conocido; y es también cierto que resulta verosímil el tránsito por Bilbao de peregrinos medievales. Pero de eso a detallar el camino con precisión milimétrica, mediante losetas de roca volcánica, por los vericuetos del callejero bilbaíno, parece que la distancia es excesiva.

Al parecer, el camino que se nos propone entraba en la villa bien por Begoña o bien por Atxuri, confluyendo luego en el puente de San Antón y trazando a partir de ese momento una línea recta a través de las campas de la República de Abando, línea sobre la que, con el tiempo, se proyectarían varias de las calles más emblemáticas de Bilbao. Así, la ruta con la imagen de las conchas jacobeas asciende por la calle San Francisco, llega hasta Zabalburu, recorre toda la calle Autonomía y se proyecta luego, por Basurto, hasta llegar al hospital.

Hombre, pues no sé. Se hace difícil caminar por la calle Autonomía y percibir en ella algún resabio jacobeo. ¿Bastarán las decorativas losetas para trasladarnos a la turística ruta? Y digo lo de turística porque la ruta en cuestión tiene mucho más de eso que de espiritual, y la autoridad local espera del camino medieval antes beneficios económicos que beneficios de conciencia.

De otro modo, la publicitación de este nuevo negociete que nos hemos inventado sería mucho más sencilla, casi cae por su propio peso, porque el patrón de Bilbao es precisamente Santiago, dato que, siendo elemento imprescindible de la culturilla general sobre la villa de todo bilbaíno, me temo que desconocerán más del 95% de ellos.

En fin, que a falta de mayores y mejores argumentos, imaginémonos que el célebre camino pasaba efectivamente por encima de la parada de taxis de la plaza de Zabalburu y después por la calle de Autonomía. Ahí están a partir de ahora las conchas del camino, a disposición de nativos y visitantes, para demostrarlo.

Y PAPI CHULO NOS CHULEA

Un periódico bilbaíno desvelaba anteayer el fraude: Lorna, la cantante que se hizo famosa con la murga aquella del Papi Chulo, y contratada para actuar el pasado lunes en la Aste Nagusia, no llegó realmente a hacerlo, a pesar de que todos lo dimos por hecho, entre otros, los miles de personas que asistieron al festival y que sin duda aplaudieron a rabiar. Al parecer, quien ocupó el escenario en medio del entusiasmo general e interpretó el repertorio de la cantante originalmente contratada era otra chica, antigua corista de la primera, que ha asumido su papel desde hace meses.

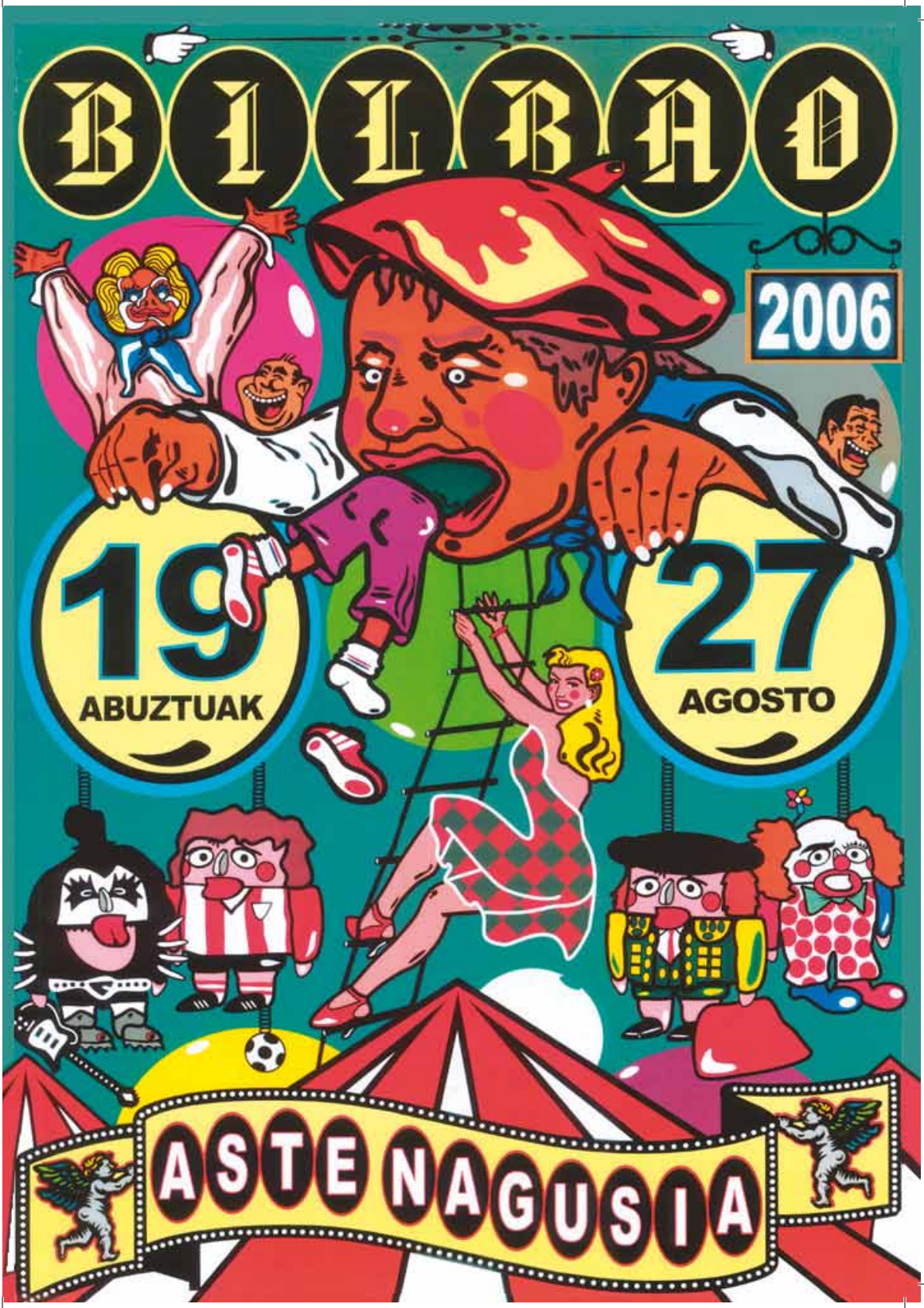
Lo más divertido de la noticia es la ausencia de cualquier turbación por parte de Sensación Latina, la empresa que representa a Lorna, y la interiorización que realiza del fraude en virtud de argumentos estrictamente mercantiles: "Somos los representantes exclusivos de la marca Lorna", han declarado, después de que se hiciera público el escándalo, "Como propietarios de la marca, hemos sacado al mercado otra chica con el mismo nombre. Estamos en nuestro derecho de presentarla como Lorna".

A qué extremo ha llegado el mundo del espectáculo que los representantes ni maquillan ni disimulan la verdad: ahora explotan marcas registradas en vez de promocionar a personas con talento. No sabemos cuántos verdaderos admiradores de la Lorna del Papi Chulo pudo haber el lunes en el escenario de

Botica Vieja, ni siquiera si alguno de ellos tenía la conciencia lo suficientemente despejada como para identificar el rostro y la voz de su heroína, pero lo que está claro es que esto es una estafa para el pueblo de Bilbao, que es el que paga la excusa para el masivo bailoteo.

Quizás debido a las estipulaciones del contrato firmado la empresa Sensación Latina y su colección de Lornas fotocopiadas puedan irse de rositas, y haya que limitar la responsabilidad, por incompetencia, a Cero Producciones, la promotora que trajo por encargo del ayuntamiento a la artista fantasma, pero aunque el asunto pueda tener cobertura legal no la tiene ni política ni artística. Lo triste es que hoy día muchos artistas musicales son inventos de las productoras, marionetas que, en el mejor de los casos, tendrían buena voz para ganarse la vida como cantantes de orquesta: hay un concurso televisivo especializado en lanzar a la fama a esos habilidosos vocales. Lo malo es que después los periódicos y las emisoras de radio juegan a creerse y a hacernos creer que esas estrellas imposibles tienen personalidad definida, con proyectos, objetivos, valores y que, en consecuencia, hasta son entrevistables.

Habrá que esperar que el Ayuntamiento de Bilbao se dé al menos el gustazo de comunicar que en el futuro no entrará jamás en negociaciones con la empresa Sensación Latina ni con ninguno de sus artistas. Incluso que difunda la estafa a los cuatro vientos. Claro que mañana mismo la marca exclusiva "Lorna" puede actuar, en medio del delirio general, en Zaragoza, Almería o Mondoñedo y, bueno, ¿a quién le importa?


BILBAO
2006
19
ABUZTUAK
27
AGOSTO
ASTE NAGUSIA

2006

EL LÍO DE LOS CONCIERTOS

Los hechos son conocidos, pero ello no exime de iniciar el comentario de estas fiestas con una referencia al notorio desbarajuste. Se había previsto como concierto estrella para esta edición de la Aste Nagusia al grupo 'The Prodigy'. A pocos días del chupinazo, Prodigy se cae del cartel. Para cubrir el hueco el ayuntamiento anuncia al día siguiente la presencia de 'Madness' (al precio de 191.000 euros) pero Madness también cae del cartel. Todos los años ocurren cosas parecidas, si no más graves: el año pasado se suspendió la actuación de Don Omar, que tenía en su país problemas con la justicia, y en el concierto de Lorna no apareció la artista original sino una sustituta.

La contratación de estrellas para las fiestas de Bilbao se ha convertido en un dolor de cabeza. Las causas de cada desaguisado son distintas, pero siempre se bordea el mismo desastre. A la hora de dar explicaciones asoma una intrincada madeja de contratos, acuerdos y preacuerdos, faxes, correos y llamadas, que tejen y destejen concejales, representantes, empresas promotoras y agencias internacionales. No se entiende nada, pero lo cierto es que al final los grupos no cumplen sus compromisos con Bilbao.

La Comisión de Fiestas y los responsables municipales deberían reflexionar acerca de aspectos de la Aste Nagusia

que a lo mejor creen consolidados pero que resultan cada vez más cuestionables. A finales de julio, el concejal Jon Sánchez y otros miembros de la Comisión anunciaron ufanamente que el Ayuntamiento iba a invertir 2.500.000 euros en la Aste Nagusia, con más de 350 eventos gratuitos. Se hablaba de "la oferta lúdica y gratuita más importante del norte de la península"; se hablaba de "un modelo que funciona bien desde 1978 y que por tanto no hay que cambiar".

No se entiende la necesidad de unas fiestas totalmente socializadas, donde el dinero público deba correr con gastos de este tipo. No se entiende por qué debe ser la administración municipal la que propicie la llegada a Bilbao de grupos musicales en la cresta de la ola, grupos que se bastan y se sobran para llenar los estadios de otras ciudades a base de taquilla. Contar con 350 eventos gratuitos (De ellos, 90 conciertos) parece una obscenidad y el pago a un solo grupo de casi 200.000 euros por actuar en Botica Vieja es tan sólo una muestra de la misma obscenidad.

Habría que reflexionar muy seriamente acerca de un estilo de utilización del dinero público que parece importado de la Roma antigua, cuando se ofrecía al populacho pan y espectáculos circenses hasta extremos de puro derroche. Es necesario que el ayuntamiento financie actividades que den lustre a las fiestas y es necesario que cubra aquellos ámbitos que la iniciativa privada jamás llegaría a atender; también es necesario que garantice la higiene, el orden y la seguridad; pero navegar en el proceloso océano de las contrataciones de artistas internacionales debería ser tarea de promotores privados, promotores que se juegan su propio dinero y artistas que se bastan también ellos solitos para ganarse la vida con sus giras concertadas.

Quizás algo de esto debería cambiar, aún a costa de hacer frente a todos los demagogos que aparecerán en el camino.

CHUPINAZO TRASGRESOR

El chupinazo de este año en la Aste Nagusia ha sido el más trasgresor en mucho tiempo. Buena culpa de ello la ha tenido el tabaco. Y me explico.

Se había mostrado desde el ayuntamiento la voluntad de promover un arranque de la fiesta más limpio que en otras ocasiones, proscribiendo el huevo, la harina y otros elementos que, en combinación con el uso a modo de aspersor de bebidas alcohólicas, hacían del chupinazo de la Aste Nagusia una cosa grumosa, viscosa, impropia de Bilbao. Los medios de comunicación pusieron de su parte para extender este mensaje. Y, por si fuera poco, se prometía que en las palabras de la pregonera también iba a haber alguna alusión al respecto.

Lo cierto es que la difusión de estos píos deseos no privó a Mariví Bilbao de un huevazo en la manga de su uniforme, si bien el impacto no fue tan terrible como el que ha recibido Alfonso Alonso en plena frente, en las fiestas de Vitoria-Gasteiz. Pero a pesar del huevazo y a pesar de la insistencia de algunos inciviles en hacer del chupinazo un homenaje a la mierda, la cantidad de escoria generada en el evento inaugural ha sido este año muy inferior a otras ediciones. Esta será, sin duda, una de las mayores satisfacciones que dejará la Aste Nagusia de 2006.

Y uno repite lo del arranque trasgresor porque la escandalera de la harina, los huevos y la mierda sí que es una tras-

gresión de pacotilla. Para verdadera trasgresión, para ruidosa explosión de incorrección política, allí tuvimos a chupinera y pregonera, en una obscena celebración tabáquica que habrá escandalizado a los modernos bienpensantes.

La retrasmisión del chupinazo por la televisión autonómica fue incómodo testigo: por el estudio improvisado fueron pasando, como es costumbre, personajes más o menos populares, actores que promocionan sus comedias, y modelos y misses a las que reconocemos como tales, más que por su presunta belleza, por el modo muy profesional con que cruzan las piernas. Pues bien, mientras esto iba pasando, por una esquina de la pantalla se veía a Mariví Bilbao, al fondo, fumando sin parar. Fumaba y fumaba, encadenaba los pitillos sin descanso, sin tregua, como una posesa. Luego, desde el balcón, la chupinera Marta Gerrikabeitia apareció blandiendo un puro entre enormes volutas. Y después, vueltos al estudio, y en entrevista en directo, la pregonera continuó fumando con descaro. Aquello fue una fiesta de la herejía sanitaria. Jamás, desde que arrancara la implacable persecución antitabaco, se ha fumado tanto y tan apasionadamente por televisión. Y gracias, sobre todo, a la pregonera más marchosa que ha tenido nunca la Aste Nagusia.

Ahora en las fiestas populares (y también en otros sitios) se pretende una imposible estética trasgresora, guiada por la dictadura de lo políticamente correcto, como si las borracheras fueran posibles con agua mineral. Pues bien, Mariví Bilbao nos ha devuelto, siquiera sea por unos minutos, el verdadero sentido trasgresor de la fiesta. Allí apareció, ante nuestras narices (e hinchando, seguramente, las de algunos) fumando como un carretero. Pues que Dios le conserve la salud, pero seguro que nadie le quita lo bailado.

BILBAINAZAS

Acabo de hacer un paradójico descubrimiento, que no entiendo cómo no se ha producido hace ya tiempo, habida cuenta los años que uno lleva haciendo estas crónicas. No sé cuándo, ni cómo, pero he descubierto que mi programa de tratamiento de textos, en el ordenador, corrige el término "bilbainadas" cada vez que quiero escribirlo, y lo transfigura en "bilbainazas". En serio, es así.

Como soy poco más que un párvulo en cuestiones informáticas, ignoro si el fenómeno se corresponde con uno u otro programa o con versiones concretas de los mismos; ignoro si la culpa es del *software* o del *hardware*; en fin, que no sé por qué demonios mi ordenador me impide escribir "bilbainadas" a la primera y se obstina en "bilbainazas". Pero invito a algún curioso lector, si es que lectores me quedan, a que haga la prueba en su propia máquina y compruebe lo que ocurre. En serio, es divertido: te pones a escribir "bilbainada" y el ordenador se rebela. Sólo tras una terca corrección el artefacto se resigna y admite tu intención de escribir el término castizo.

Del término bilbainada podríamos entresacar varias acepciones. La primera sería la de canción popular característica de Bilbao y de su entorno, un género que ha dado algunas piezas renombradas, aunque la mayoría permanecen desconocidas para el gran público. También la Aste Nagusia es una buena oportunidad para disfrutar de ellas, o al menos para conocerlas

mejor: la Pérgola está siendo, al mediodía, escenario cotidiano del género.

Claro que bilbainada también alude a otra cosa, algo que yo explicaría, en definición muy libre, como "cualquier majadería que se nos ocurra a los bilbaínos, especialmente si se vincula con la desmesura, económica, volumétrica o tonal". En efecto, un claro sentido de la fanfarronería exige que los bilbaínos relaten gestas más o menos verídicas que tengan que ver con el tamaño de las cosas, con la fuerza de la voz o con el gasto de dinero. Ahí sí que la bilbainada adquiere su verdadero sentido y nos señala como individuos torpemente orgullosos y bien pagados de nosotros mismos. Es curioso, sin embargo, que la bilbainada, el ejercicio de esa estridente fanfarronería, nunca alcance el temario sexual. Los bilbaínos presumen de dinero, de monumentalidad o de agudeza, pero se ahorran el relato de heroicidades sexuales.

La razón de esta excepción no puede ser otra que nuestro legendario pudor, ahormado por la educación religiosa, pero también por el rigor de las *amatxus*, la castidad de las cuadrillas y la timidez de los eternos *mutilzarras*. Desde luego, mucha bilbainada económica, pero poco machismo celtibérico. Al menos, de tan mustios, eso que nos ahorramos.

Pero por otra parte es una pena que dentro de las bilbainadas no se englobe también la gesta sexual, el do de pecho erótico. Al fin y al cabo, ¿qué nos quiere decir el ordenador rechazando el término "bilbainada"? Como siempre nos corrige, sin duda quiere señalar que más importantes que las "bilbainadas" son las "bilbainazas". Yo creo que es así. Bilbao está lleno de atractivas, sugerentes bilbainazas. Hay bilbainazas como la copa de un pino. Pues es una pena que mientras tanto ellos, los hombres, estén allí, en la pérgola, cantando.

FIESTA NACIONAL, LUCHA DE CLASES

Al lector accidental le puede extrañar el título de esta crónica, pero no tanto a quien conozca las inquietudes del cronista. La Aste Nagusia, como todo fenómeno festivo, es un leal reflejo de la sociedad de la que surge. En sus crónicas, el autor dedica todos los años algún comentario mordaz a las corridas de toros, más por la opereta social que las rodea que por el espectáculo taurino propiamente. El año pasado, un periodista ilustre en su reputación profesional y cercano en su cultura a la condición de polígrafo, me resumió de forma sentenciosa una original percepción de lo taurino: la plaza de toros es uno de los lugares donde se escenifica con mayor fidelidad… ¡la lucha de clases!

Pues algo hay de verdad. En la plaza de toros conviven, con mayor cercanía que en ningún otro emplazamiento, todos los estamentos sociales: desde los humildes empleados del coso, que consiguen un sobresueldo mediante este escuálido trabajo temporal, hasta los más eximios financieros. Se cruzan tasqueros y grandes empresarios, obesas y modelos, plumillas y presidentes de grupos de comunicación, banderilleros y ejecutivas de cuentas.

La plaza, además, agavilla a las distintas promociones de potentados. A las clases emergentes que generan la construcción o el latrocinio se les une la aristocracia industrial que procede del siglo XIX. En algunos medios informativos, inclinados

a los morbosos ecos de sociedad, se publican minuciosas relaciones de los asistentes a las corridas de la feria. Por allí asoman, como venidos desde un túnel del tiempo, esos apellidos indeleblemente unidos a los orígenes de la industrialización vizcaína. Uno lee las crónicas sociales de estos días y parece que está leyendo un libro de historia económica de Vizcaya. En la prensa asoman apellidos de abolengo que a uno le suenan, más que nada, por sus lecturas de historia local: unos son muy largos, otros son muy cortos; unos ostentan rancia ascendencia germánica, otros telúrica raigambre euskaldún, pero cuidada grafía castellana.

Durante la Aste Nagusia, los descendientes de aquellos legendarios industriales regresan a Bilbao, siquiera sea con el abono para Vista Alegre. ¿Qué hacen durante el resto del año? ¿Dónde se ocultan? ¿Siguen ligados a los negocios de sus antepasados o vendieron miles de acciones y ahora disfrutan de las rentas? ¿Suelen ir a Marbella? ¿Se resignan a Plentzia o a Mundaka? ¿Quién puede ser tan famoso, o tan poco famoso, como para aparecer en público, pero una sola vez al año, porque acude a la plaza de toros de Bilbao? ¿Qué extraña fama es esa? ¿Qué dimensión pública o privada justifica que alguien lleve una vida anónima, pero concentre la atención de los focos si pone un pie en la plaza? ¿Se basa todo esto en un pasado ilustre o en nuevas y desconocidas razones patrimoniales? ¿Quién es toda esa gente que merece una negrita en el coso taurino pero nunca una noticia en las páginas de economía o en las de sociedad?

¿Misterios de la prensa? Seguramente no. El cronista divaga acerca de la ciudad y sus habitantes, pero sabe bastante poco de lo que ocurre en su estratosfera. La vida siempre transcurre en otra parte. Y el dinero también.

PARTITOCRACIA

Dicen que uno de los males de la sociedad vasca es la proscripción de la discusión política y que en las cuadrillas jamás se exponen opiniones políticas, con el fin de evitar la polémica, la acritud, entre aquellos que en un tiempo se llamaban amigos.

Personalmente opino que en las cuadrillas la discusión nunca se ha orillado. La idea de que en Euskadi es conveniente no hablar de temas políticos es una realidad, pero en otros ámbitos sociales, no en los grupos de amigos. Por desgracia, en este paisito los amigos nos hemos pasado la vida discutiendo de política, discutiendo como posesos y privándonos, en consecuencia, de conversaciones mucho más sustanciosas. Aquí no se han perdido amistades por esa clase de disensiones. Muy al contrario, hemos hecho de la política motivo fundamental de nuestro temario dialéctico. ¿De dónde surge, entonces, esa idea de lo político como algo que separa a los vascos de modo irreconciliable? Quizás el origen de esa concepción errónea puede encontrarse en la Aste Nagusia.

A las fiestas de Bilbao, como es de ley, concurren también nuestros políticos. Claro que convendría fijarse con cuidado en el modo en que lo hacen. Los políticos reproducen el abanico parlamentario bajo los mismos criterios de disciplina de voto y lealtad grupal con que se mueven en otros ámbitos. La plaza, los hoteles, los restaurantes, son lugares propicios

para localizar a nuestra clase política. Por poner sólo unos ejemplos de esta misma semana: Juan María Aburto, Eusebio Larrazabal, Belén Greaves, Patxi Sierra-Sesumaga y José Luis Bilbao estuvieron juntos en el Hotel Carlton; Antonio Basagoiti, María San Gil, Ascensión Pastor, Marisa, Arrue y Pilar Aresti se dieron cita en Vista Alegre; Begoña Gil, Txema Oleaga, Patxi López, José Antonio Pastor y Rodolfo Ares coincidieron en el Hotel Ercilla.

Al menos eso dicen las crónicas. Y no nos sorprende el criterio de agrupamiento porque tal es la costumbre, aunque contemplada desde fuera debería, más bien, mover a escándalo. Todos los nacionalistas haciendo cuadrilla, en compacta formación ideológica. También los populares, siempre juntos. Y los socialistas: prietas las filas. ¿Por qué nunca encontramos en alegre comandita a Antonio Basagoiti con Belén Greaves y Rodolfo Ares? ¿O a Paulino Luesma con María San Gil e Iñigo Urkullu? ¿No saben nuestros políticos hacer cuadrilla plural?

Se pasan la vida hablando de pluralismo, pero cuando van a hacer vida social adquieren modos sectarios. Claro que esto se me reveló hace ya tiempo. La primera vez que entré en la cafetería de la sede central de cierto partido político (muy importante en el paisito), me fascinó el personal que se arracimaba en la barra: allí había más políticos por centímetro cuadrado que en un parlamento formalmente constituido y, por supuesto, todos del mismo color. ¿Tanto les costaría salir a la cafetería de enfrente y rozarse un poco con sus votantes? Aquello parecía un club privado.

La sociedad vasca es mucho más abierta que lo que refleja nuestra partitocracia. Quizás lo suyo es un defecto de percepción visual, condicionado por la costumbre de hacer siempre piña con sus correligionarios.

UNA VIDA DISTINTA

Algo debe de haber de laborioso en el festejo para que todo el mundo llegue a su final inevitablemente exhausto. Es como si la celebración supusiera tanto gasto de energía como el desempeño de un oficio o el de la milicia (eso por no mencionar labores aún más onerosas, como la educación de unos hijos o el mantenimiento equilibrista de un digno matrimonio), circunstancias que hacen que la vida se componga en buena parte de trabajo, de arduo y duro trabajo. Pues sí, la fiesta debe de tener también su punto de trabajo, porque la gente llega rota al final, como si se hubiera vaciado por dentro, como si le invadiera la necesidad de descansar. Eso es lo paradójico: hasta de las fiestas uno termina con ganas de vacaciones.

En la vida todo es un derroche de energías. Nacemos con cierta capacidad de aguante, de paciencia, con una especie de batería física y mental. A partir del primer berrinche, en manos del ginecólogo, comienza el derroche de energía, el desgaste de los recursos. La edad es el tamaño de esa herida que el tiempo va haciendo en nosotros y por ella va manando el brío, la sangre, desde el primer día de la vida hasta la jornada terminal. Realmente, los seres humanos nunca alcanzamos a descansar. No es extraño, en consecuencia, que el descanso, el eterno descanso, llegue a ser verdaderamente eterno; bien que nos lo merecimos: aquí no hicimos más que agotarnos a fondo.

En el planeta no existe la verdadera holganza. Para nuestra desgracia, jamás descansamos del todo. Descansamos parcial, relativa, condicionadamente. Descansamos del trabajo en las vacaciones y de las vacaciones en el trabajo. Descansamos de nuestra pareja en los amigos y de nuestros amigos en la pareja. Descansamos de la playa en el monte y del monte en la playa. Descansamos de la ciudad en el campo y del campo en la ciudad. Por eso, en las fiestas de Bilbao también descansamos del resto del verano. Acaso hemos pasado de unos días apacibles en alguna cala de la costa a la turbamulta bilbaína; o acaso algún paisaje exótico de África o de América haya dejado paso a las calles de siempre en nuestra vida. Por eso mismo, si nos quedan días libres por delante, podremos descansar ahora de las fiestas. Por decirlo de otro modo, tanto nos lo hemos currado, tanto ha sido el sudor de vivir la Semana Grande, que bien nos merecemos una hamaca donde haraganear.

De modo que no existe el descanso absoluto, sino el descanso "de algo" que hemos dejado de hacer. Es una forma de huida o de sustitución permanente. La vida como sucedáneo de lo que está en otra parte. Ello explica, incluso, ese agotamiento que suelen dejar las fiestas: la necesidad de recuperar fuerzas, el apremio por reponerse, incluso el escondido anhelo de volver a una vida tranquila y ordenada. A lo mejor hasta el regreso al trabajo, y con él la entrada en el invierno, las noches cortas y la ropa de abrigo tengan algo de purificador y de catártico: volvemos a las costumbres de siempre y en ellas descansamos de esa travesía en la que hemos llevado una vida distinta. Vamos, por ponerlo en palabras más prosaicas: el que no se consuela es porque no quiere. Filosóficamente hablando.

BILBAO
ASTE NAGUSIA
2007
abuztuak 18-26 agosto

2007

LA TOSCA PRINCESA

¿Hacia dónde alza los brazos Marijaia? La verdad es que el personaje que concibió hace casi treinta años Mari Puri Herrero se ha hecho con la fiesta, del mismo modo en que la fiesta lo ha hecho definitivamente suyo. Pero, vamos a ver ¿adónde van esos brazos de eufórica *etxekoandre?* ¿qué buscan más allá de su desmelenada alegría? *Batek daki,* hubiera dicho (dice, de hecho), el cronista local. Dentro de algunos años se contará como si fuera una leyenda, si no se cuenta ya de esa manera, la circunstancia apremiante, urgente, casi desesperada, en que la artista tuvo que concebir su personaje. La Aste Nagusia daba sus primeros pasos y la Comisión de Fiestas endosaba a Mari Puri uno de los encargos más atroces que puede recibir cualquier autor: la creación de una obra (cualquiera que esta sea) en cuestión de pocas horas.

Al parecer no fueron horas: fueron al menos cinco días, pero el encargo quedó cumplido, y con él la representación icónica de la Aste Nagusia. Los amantes del cine, o al menos del cine en su versión legendaria, recordamos el atropellado cierre argumental del guión de Casablanca, inevitable porque llegaba el final del rodaje. Pues bien, con la concepción (inmaculada, al parecer) de Marijaia, la Aste Nagusia culminó una obra no menos genial. No parece mala relación estética: Marijaia, una obra accidental, tan accidental como el guión cinematográfico más célebre de la historia.

A mí me gusta el muñeco, que tiene alguna inspiración en los gigantes de las fiestas populares, pero con un singular añadido: el dinamismo de unos brazos que buscan las nubes y reflejan, en una imagen estática, todo el dinamismo de las fiestas. La verdad es que la majestad icónica de Marijaia cuenta con pocos precedentes (quizás sólo Celedón, que tiene además más solera) y se ha configurado ya como un elemento que no sólo identifica la fiesta, sino que además la resume.

A mí me parece que antes de que cumpliera su primer cuarto de siglo Marijaia ya se había convertido en un personaje de leyenda, y que a su alrededor todo es mitológico, legendario y seductor. La modernidad tiene dificultades para generar representaciones que traspasen las urgencias de la mera actualidad y sobrevivan al paso de los años. No digamos ya para insertarse en el inconsciente colectivo. Pues bien, para pasmo de descreídos, Marijaia, como Celedón, han nacido hace poco pero lucen como un vino gran reserva. Marijaia tiene algo de advocación mariana, de virgen de pueblo cuyas fiestas agosteñas coinciden con la cosecha de algo o con la recolección de no sé qué (En fin, esos ciclos agrícolas de los que los villanos nada sabemos), pero que proporciona también a la tosca princesa de nuestras fiestas un atávico regusto a devoción mariana, a estampa de toda la vida.

Lo que resulta más divertido es que Marijaia, con su perfil sincrético, donde se juntan el imaginario virginal, el fetichismo precristiano, la celebración civil y, lisa y llanamente, el llamamiento a la juerga, cautiva a los naturales del paisito, a los inmigrantes que han venido a hacerse vascos y a los guiris que han venido a hacerse fotos. En fin, que la princesa de pueblo que hemos inventado (o que inventó Mari Puri y que hemos adoptado) se ha convertido en uno de los iconos de la cultura vizcaína.

Lo cual dice mucho en su favor, y quizás también en el nuestro: uno le tiene estima a la Virgen de Begoña (advocación que promociona, para honra suya, nuestro alcalde) pero acaso ya padece, en el plano más laico, una gran competidora. Habida cuenta lo mal que soplan los vientos en nuestro fútbol, yo no le haría ascos a ceder a Marijaia, en el martirologio, el lugar de San Mamés.

MÁS GENTE Y MENOS BASURA

Todo Bilbao se había juramentado para tener un arranque de fiestas limpio y a decir verdad el proyecto se ha saldado con un éxito casi absoluto. Acaso los que estuvieron el sábado a las puertas del Teatro Arriaga tengan una opinión distinta pero a distancia el juicio está muy claro: allí había más gente que nunca y al mismo tiempo menos mierda que nunca. No sé cuál va a ser la imagen final que nos dejen las fiestas, pero ya hay firme candidata: una multitudinaria asistencia al chupinazo inaugural y una milagrosa ausencia de huevos y de harina.

Pablo Martínez Zarracina, que observa el devenir de la fiesta desde el filosófico burladero de su inteligencia, lo expresaba muy bien el otro día: ¿qué es eso de que toda persona tiene un niño en su interior? Lo que tiene en su interior es un chiflado. Buena parte de la chifladura se exteriorizaba en esa inexplicable devoción por la mierda que les solía entrar a los asistentes al acto de apertura de la Aste Nagusia.

Durante años ha venido creciendo, en tamaño, en espesor y en ingredientes, el caldo nutricio con que arrancaba el jolgorio. Y aquello acababa como el rosario de la aurora. Sus víctimas principales eran los integrantes del servicio de limpieza, que en cuestión de unos minutos pasaban por allí para levantar la harina, los grumos, las cáscaras de huevo, los vómitos, y no seguimos el recuento por un rapto de urbanidad.

Pero este ha sido el año de la inversión de la tendencia. Alcalde, concejalas, periodistas y chupinera han puesto toda la

carne en el asador, con constantes llamamientos a la higiene, la limpieza y el civismo. Y lo cierto es que las masas ciudadanas, con rigor estalinista, han seguido la consigna: tras el chupinazo algunos payasos insistieron en la harina y en la salsa, pero fueron la excepción. El tono de la fiesta quedó marcado por una torrentera de champán y un confeti fértil e inmaculado. Lo cual demuestra, por una parte, que el asunto de la limpieza es algo relativo, pero que incluso a la hora de ensuciar es posible hacerlo con estilo. Siempre lamento no recordar el título de una película, bastante extravagante, que vi en mi primera juventud. Unos beduinos habían maniatado al aristócrata y lo habían abandonado en medio del desierto. El aristócrata estaba sediento, agotado, prácticamente exhausto, mientras los buitres comenzaban a trazar círculos sobre él. "Champán... champán...", musitaba entonces, vencido por la sed.

Bien, pienso que el chupinazo de las fiestas de Bilbao podría albergar una metáfora parecida: puesto a regarnos con algo, que sea con champán, antes que con un amasijo de harina y huevo frescos. En ese sentido, el arranque de la Aste Nagusia 2007 ha sido toda una lección y ojalá nuevas ediciones no hagan más que confirmarla.

Y no sólo la limpieza: como si ya hubiera una fe ciega en que el acto iba a ser distinto al de otros años, el paisanaje reunido en torno al Arriaga fue más variopinto que nunca. Y no sólo, como ya es habitual en los últimos años, en el plano racial y cultural, sino también en el de las edades. Este año había por allí desde niños hasta ancianos, lo cual es otro modo de subrayar la diversidad. El pregonero, Kepa Junkera, resaltó bien alto la diversidad de Bilbao, pero creo que la diversidad que más destacó esta vez fue la de las edades.

Acaso la expectativa de que este año iba a haber menos mierda que otras veces animara a todo el mundo a acudir a El Arenal. Pero eso también es buena noticia. La plaza quedó cuajada de banderas de *konparsas*, que ondeaban al viento en una exposición multicolor. Todo esto despierta buenas vibraciones... y mejor no decir más, para que no vengan los de siempre a aguar la Aste Nagusia.

MOTIVOS PERSONALES

Todos los años nos espera el mismo calvario en la Aste Nagusia a cuenta de la contratación de grupos o cantantes. Y es que no aprendemos. Ya nos es igual que se caigan del cartel (este año la ausencia sonada ha sido la de Chayanne); es igual que se aluda a motivos personales, epidemias, cataclismos, abducciones o secuestros; es igual que las ausencias se hagan públicas quince días antes o quince minutos antes del concierto; es igual que, como pasó hace dos años con Lorna, al final suba al escenario una individua distinta a la Lorna original.

¿Por qué todos nos toman por el pito de un sereno? El alcalde lleva este asunto con resignación (sus respuestas a la prensa cuando debe contestar a estas cuestiones son cada vez más displicentes) y pienso que es comprensible su profundo desapego del caos contractual. Porque los políticos, a esos efectos, nunca han hecho otra cosa que no sea continuar el modelo festivo demagógico, desordenado e irresponsable que nos hemos montado entre todos, y mal le iría a aquel alcalde o concejal que hiciera amago de cambiarlo.

La costumbre de traer cantantes a 150.000 ó 200.000 euros por noche, a cuenta del erario público, se ha convertido en uno de los vicios execrables de la Aste Nagusia. De todos modos, hay que admitir que semejante dispendio también se ha convertido en norma del presupuesto público de muchas otras poblaciones, así que al menos no somos una triste excepción. Pero lo más divertido en nuestro caso es que en ocasiones, en muchas ocasiones, los contratados de lujo ni siquiera son ar-

tistas en la cresta de la ola o con una notable trayectoria o con una abrumadora corte de seguidores en Bilbao, sino fantasmas del pasado, histriones de los años setenta (o momias, como 'Iggy Pop', que asomó una noche de 2005 por la villa) que suben al escenario y no dejan nada memorable a sus espaldas. Nada que no sea una factura de 200.000 euros.

En el ámbito de los conciertos musicales se ha instalado un modelo de fiestas un tanto perverso, cuyo influjo se deja sentir en muchos de los municipios de Euskadi: la socialización del costo de las fiestas. Ignoro si la "Euskadi Sozialista", a la que se lanzaban goras durante la Transición, en *txosnas* pero también desde los escenarios donde se orquestaban las verbenas, tiene que ver con esto, pero lo que está claro es que entre nosotros se presume que toda celebración, evento, concurso, contrato, concierto, carrera, festejo, homenaje, encuentro, recital, recreo o francachela que vaya a organizarse debe correr a cargo del presupuesto público. Y no hay iniciativa privada, empresa, asociación o individuo particular que pueda, quiera o deba aflojar un solo euro propio durante los nueve días de fiesta, salvo para financiarse el tósigo de *txosna* o el combinado de hotel.

Los artistas contratan grandes actuaciones con nuestro ayuntamiento pero luego aluden a "motivos personales" para dar la espantada. ¿Qué es lo que ocurre? ¿Por qué no se persiguen estos incumplimientos con la misma saña con que se persigue a los conductores que aparcan en doble fila o a los que tienen la mala fortuna de tropezar en su camino con un mastodonte de Bilbobus? Si el Ayuntamiento no tiene respuestas, nadie en su sano juicio puede tenerlas, pero a lo mejor convendría plantearse si merece la pena invertir anualmente 200.000 euros de los bilbaínos en que venga al escenario de Botica Vieja alguna vieja (valga la redundancia) gloria del rock.

Claro que los desencuentros municipales con el gremio de los cantantes vienen de lejos. En los tiempos del legendario Gorordo, se anunció a bombo y platillo que Joan Baez iba a editar un disco con la grabación del concierto que próximamente ofrecería en Bilbao. Lo primero que hizo la artista fue desmentir la noticia. Nunca hemos tenido suerte y parece que nunca vamos a tenerla.

ZOZOBRA LITERARIA

A merced de los elementos, así estuvimos en Bizkaia durante el mes de julio, y la deriva que ha tomado agosto no ha sido más que a peor: si en la primera quincena hubo días nublados, ahora, en plena Semana Grande, la lluvia se muestra sin tapujos, dispuesta a empapar al personal. La lucha contra los elementos es constante en la Aste Nagusia. Aunque parezca extraño, basta con hacer hemeroteca. A despecho del calentamiento global (del que se deja de hablar, sospechosamente, cada vez que hace frío en agosto) las fiestas de Bilbao cuentan con su día de tormenta, su chaparrón inesperado o, como este año, un notorio tono invernal.

La lluvia molesta cuando uno está en la calle, y más aún si se encuentra de farra. Sólo hay una circunstancia que proporciona a la lluvia un halo de misericordia: si cae cuando se trabaja. En efecto, la lluvia en días de trabajo se vuelve cálida y gentil. Claro que este argumento, en Semana Grande, no es de recibo. Ahora sólo cabe soportar deportivamente el mal tiempo y hacer como si nada: caerán chuzos de punta, pero haremos como si nada. "Hacer como si nada" es una encantadora expresión del castellano, que dicen mucho más de lo que parece.

El tiempo juega malas pasadas, y recuerdo una de sus bromas cuando Edorta Jiménez nos invitó a un puñado de literatos bilbaínos a visitar Mundaka, su pueblo. Edorta, además de uno de los escritores más notables en euskera, es autor de la letra de esa melodía, compuesta por Kepa Junkera, que se ha constituido

en himno oficial y extraoficial de nuestras fiestas. Pues bien, una nutrida agrupación de escritores nos dirigimos a Mundaka, y empezamos visitando alguno de los arenales de la ría de Urdaibai. Era un tórrido día de verano. La playa estaba cuajada de bañistas que lucían encarnadura de bronce mientras que nosotros, recién llegados del asfalto y enfundados en pantalón y manga larga, parecíamos un grupo de seminaristas en su tarde de paseo.

Más tarde, ya en Mundaka, Edorta Jiménez nos recibió en camiseta (esas camisetas que luce también en fiestas, según le he visto yo en El Arenal) y de forma inopinada dirigió la *troupe* de seminaristas a una barca (bote, según las gentes de mar) que conducía su hermano, dispuestos ambos a llevarnos hasta la isla de Izaro.

Nunca la cultura vasca se encontró en trance más comprometido. Jamás estuvo nuestra literatura en la dramática encrucijada de padecer tan masiva e irreparable pérdida. Allí estábamos, completamente atemorizados, poetas y novelistas, agudos columnistas y ensayistas promisorios, en un tris de perecer bajo las procelosas aguas del Cantábrico, mientras la voz de Edorta, irresponsablemente alzado a popa, discurseaba sobre frailes extravagantes que vivieron en la isla, vikingos que saqueaban la costa y otras cuestiones antropológicas, cuestiones a las que los demás habríamos atendido con algo más de cortesía de no creernos a un paso de servir de alimento a los pulpos.

Y es que a los de Bilbao (al menos a la subespecie atolondrada que formamos los originarios del Ensanche) nos pasan estas cosas: en la Gran Vía mantenemos la gallarda apostura, pero frente a los peligros de la indómita naturaleza (¿qué más peligroso, en fin, que subir a un bote?) lamentamos emprender tal aventura sin haber culminado nuestras obras completas.

A Edorta Jiménez le cabe el honor, junto a Kepa Junkera, de haber puesto acordes hímnicos a la Aste Nagusia, pero también el raro privilegio de haber tenido la literatura vasca, al menos la vizcaína, abocada a formar una nueva Generación Perdida, con tanto sonetista y tanto narrador aferrados a la barca de su hermano. Mientras él cuajaba historia de frailes y vikingos, los demás soñábamos despiertos con la tragedia del Titanic.

AL AIRE LIBRE

Las divagaciones a que da lugar un fenómeno festivo tan prolongado como la Aste Nagusia tienen derivaciones sorprendentes. Y una de ellas es la constatación de cómo la fiesta popular (al contrario que otros modelos de festejo) se libra a pie de calle o como dijo Blas de Otero: al aire, al aire libre, al aire. Eso ha hecho tan dramática y penosa la lluvia de estos días, porque llover no sólo era llover: llover era dinamitar la fiesta, sabotearla. Pero a esta obviedad la siguen curiosas simetrías, porque siendo una exigencia de las fiestas populares su disfrute en la calle, cada versión de ocio tradicional ha inventado su versión traslaticia, su adecuación particular a la Semana Grande. Vamos a explicar esta ingeniería de las costumbres.

La taberna da lugar a la *txosna*. El restaurante da lugar a la terraza. El *txoko* da lugar al certamen gastronómico. En cierto modo, cada alternativa hostelera cuenta en Semana Grande con un desarrollo singular, una adaptación concreta a las necesidades festivas de la clientela. Porque los locales se transforman, pero mantienen la lealtad de su paisanaje habitual.

La *txosna* tiene mucho de tabernario, de bareto pródigo en vino y en cerveza, o en el combinado fabricado a toda prisa, bajo la urgencia del trajín y de la multitud. Lo reivindicativo luce en la *txosna* con la misma certeza doctrinaria que caracteriza a la taberna radical. Incluso la música, en su versión más contundente, consigue envolver la *txosna*, ocupar el espacio público y percutir en las conciencias.

La terraza veraniega, esa laboriosa urdimbre de carpas y tarimas, emula el ambiente de los restaurantes escogidos. A despecho de su emplazamiento callejero, la terraza lucha por mantener las comodidades del comedor interior. El pijoterío responde a la propuesta, y por eso en las terrazas lucen las camisas de rayas, las sienes engominadas y el fulgor del oro y del diamante.

El *txoko*, por último, tiene su trasunto festivo en los concursos gastronómicos. Allí se reúne otro contingente de la fauna local: se trata de cincuentones regordetes, cuyo paraíso es trasegar entre fogones, o señoras maduras y obstinadas, que atesoran recetas decimonónicas para guisos de porte y dulces perfilados sobre hojaldre o milhojas. En el concurso gastronómico asoman los veteranos practicantes del rabo de buey, la tortilla de patata o los chipirones en su tinta, y el aire severo con que emprenden sus guisos les lleva a disfrutar relativamente de las fiestas: cuando ellos se ponen el delantal estamos ante algo serio.

La Aste Nagusia impone vivir al aire libre, y por eso no me resisto a mencionar los bancos que hace más de un año instaló el ayuntamiento en la calle Zugastinovia, muy cerca de la plaza de La Casilla. Allí los asientos se adornan con una plataforma superior que da continuidad a la madera, y que parece expresamente preparada para que los poteadores que consumen en la calle puedan apoyar el codo y colocar también el vaso. Ignoro si cuando se eligió el diseño de estos bancos alguien pensó en las necesidades del poteo, pero aseguro que el servicio que aquellos ofrecen es perfecto.

Y como uno se ha pasado esta serie de artículos haciendo a nuestro ayuntamiento toda clase de sugerencias y de recomendaciones, no estaría mal acabar también con esta: cuando sea posible, instalen bancos como los de Zugastinovia en las calles de poteo de Bilbao. Se facilitará la tarea a los que viven y beben al aire libre, sin perjuicio de que el mobiliario público siga cumpliendo otras y muy nobles funciones. Porque el poteo, como diría un observador tecnificado, constituye una actividad dinámica, interactiva. Y facilitar una infraestructura adecuada sería una obligación para los poderes públicos sensibles a estas cosas.

LO MEJOR ESTÁ POR VENIR

Aquí siempre nos queda un artículo de fiestas de tono epilogal, que nace desvalido, desamparado, casi agónico, sin fuerzas para otra cosa que no sea lamentar el cambio de tercio y la inminente llegada de septiembre. Porque está al caer septiembre, con su carga de realismo sucio, dispuesto a borrar de nuestra conciencia la pátina de irrealidad que impuso la Aste Nagusia.

Septiembre es el mes más pesimista, una especie de bofetada mental que nos sitúa en las servidumbres de la vida cotidiana, en los grilletes del calendario anual. No hay mes como septiembre para depreciar las esperanzas y ponerlas en su lugar, ese lugar modesto que merecen las esperanzas, y que tanto más modesto resulta cuanto más descabelladas sean aquellas. A partir de hoy, agosto boquea como pez fuera del agua y este agosto de 2007 quizás con mayor melancolía que otros años: al fin y al cabo, la obstinación con que la lluvia nos visita ha condicionado seriamente algunas actividades. Porque si ha habido en la Aste Nagusia de 2007 un invitado inesperado ese ha sido la lluvia. El agua ha tomado un innecesario protagonismo a lo largo de las fiestas y oscurecido muchos de sus días.

Pero el artículo avanza hacia el cierre de esta sección, y avanza unas horas después de que la fiesta, en efecto, haya cerrado. Supone prolongar la memoria del festejo y ello despierta la melancolía colectiva. Al final, a medida que los años van pasando, y a medida que lo hacen también los hitos anuales, la memoria lo va confundiendo todo. ¿Cómo no sentir una enorme

compasión por los mayores? A uno se le confunden en el caletre las distintas "aste nagusiak" que ya ha vivido. Desde las más movidas (aquellas lejanas, tan lejanas) hasta otras más serenas (y más dispendiosas) y algunas otras frías, desafectas, que uno ha observado desde lejos, como un displicente robinsón.

Pasa el tiempo y en la memoria se superponen los cenorrios, los baretos, algunas corridas taurinas e investigaciones antropológicas por los recodos pintorescos de la fiesta. El cronista reconoce que no ha estado en todos los ajos, pero sí que ha husmeado, con fervor, en casi todos. Son muchos años de bilbainía (condición identitaria) y bilbainismo (profesión de fe) como para saber cumplidamente de qué estamos hablando.

Presiento, de todos modos, que la milagrosa resurrección que experimentó Bilbao al filo del cambio de siglo no ha extinguido aún su vigoroso impulso fundacional. Algo de eso se detecta en las últimas ediciones de la Semana Grande. Así, la fiesta no decae sino que parece que se revitaliza año tras año; al mismo tiempo, crece el número de visitantes o crece al menos el número de lenguas y costumbres que buscan su espacio en estas calles. En Bilbao se está gestando cierta vocación de epicentro, benéfico epicentro de algo que aún está por remover la tierra. Quizás sea esta una visión optimista de la villa, pero el optimismo con relación a sí mismo es una de las características fundamentales de Bilbao, al que tantas veces se lo ha dado por muerto (a mí se me ocurren al menos dos o tres momentos en su historia) pero que siempre ha sabido dar un paso adelante, reinventarse a sí mismo y marcarse un nuevo objetivo por el que luchar.

Uno se confiesa pesimista por naturaleza (¿qué cosa que vaya medianamente mal no puede llevarnos a la catástrofe?) pero uno confiesa al mismo tiempo una importante salvedad a esa inclinación de su talante: la suerte de Bilbao ante la historia. No sé si unos u otros seremos partícipes del feliz acontecimiento, pero con relación a Bilbao no tengo la menor duda ni la menor vacilación. En serio, háganme caso: lo mejor aún está por venir.

ÍNDICE

Prólogo 7
1998. 9
La suma de las fiestas 11
Pregón y chupín 13
La carne expuesta 15
El ambiente 17
Txikiteo 19
El respetable 21
1999. 23
Oficina de turismo. 25
Chupinazo bilingüe 27
No estar allí para contarlo 29
Una cuestión de principios 31
Peatones al poder 33
Con la música a otra parte. 35
2000. 37
La *txosna* de la discordia 39
Chupinazo *(revisited)* 41
También vimos a... 43
El sonómetro. 45
Versión matinal de la fiesta 47
Cómo se queda el cuerpo 49
2001. 51
La *jet* local. 53
Preliminares de la fiesta. 55
Hasta que el cuerpo aguante 57
Hoteles 59
La traca final 61
Urinarios de campaña 63
2002. 65
Gautxori 67
Aventura en la sabana 69
El teléfono en fiestas 71
Elogio de la tortilla 73

Nubarrones 75
Final de fiesta 77
2003. 79
El caldo inaugural 81
Melting pot 83
La ballena 85
La *jet* discreta 87
La línea verde 89
Olor de fiestas 91
2004. 93
Fiestas a la parrilla 95
Campo cuántico 97
Vestir en fiestas 99
Fiestas rojiblancas 101
Viaje de vuelta. 103
La metrópoli 105
2005. 107
Vuelta a la tradición. 109
Huevos frescos 111
Bilbao caliente. 113
La fiesta está en otra parte 115
El Bilbao jacobeo 117
Y papi chulo nos chulea 119
2006. 121
El lío de los conciertos 123
Chupinazo trasgresor 125
Bilbainazas 127
Fiesta nacional, lucha de clases 129
Partitocracia. 131
Una vida distinta 133
2007. 135
La tosca princesa 137
Más gente y menos basura 139
Motivos personales 141
Zozobra literaria 143
Al aire libre 145
Lo mejor está por venir 147